

Alfredo Iriarte

MUERTES LEGENDARIAS

Lope de Aguirre
Blas de Lezo
Francisca Josefa del Castillo
Luis Vargas Tejada
Antonio José de Sucre
Candelario Obeso
Tomás Cipriano de Mosquera
Francisco Javier Zaldúa
Rafael Núñez
José Asunción Silva
Manuel Antonio Sanclemente
José Eustasio Rivera
Ricardo Rendón
Gabriel Turbay
Carlos Lozano y Lozano

Lectulandia

«[...] el repertorio de los nombres que encabezan los capítulos de este libro es de una tal heterogeneidad que sólo consigue distanciarlos. Sin embargo, hay un común denominador que los acerca. Solamente uno. El fascinante halo de misterio, de leyenda, de imprecisión de contorno impresionista que rodea la muerte de cada uno de ellos en mayor o menor grado. En consecuencia, este libro no es, no puede ser un pomposo tratado histórico. Es un acercamiento, mucho más literario que investigativo, a los días finales de una serie de personajes de nuestro pasado remoto y cercano, cuyas muertes no encajan dentro de la uniformidad que impone el ritual de partir de este mundo dejando nada más que una triste sucesión de actos protocolarios».

Lectulandia

Alfredo Iriarte

Muertes legendarias

ePub r1.0

Titivillus 17.07.17

Título original: *Muertes legendarias*
Alfredo Iriarte, 1996
Diseño de cubierta: Diego Martínez Celis

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CONTENIDO

PROLOGUILLO INEXCUSABLE

CAPÍTULO I. MACBETH DESCIEENDE POR EL AMAZONAS. El mítico usurpador del trono de Escoda revive, siglos más tarde, en la magra carnadura del vascongado Lope de Aguirre. Acosado por los espectros de sus víctimas, llega a su destino final donde, igual que Macbeth en el castillo de Dunsinane, los pocos fieles que le quedan van desertando hasta dejarlo solo. Finalmente es muerto, y su cabeza, como la del tirano de Escocia, se convierte en el trofeo de los vengadores. Pasan cuatro siglos más, y al conjuro de don Ramón del Valle Inclán, el espíritu de Aguirre posee al desesperado y asediado Santos Banderas quien, siguiendo los pasos de Aguirre, da muerte cruel a su hija antes de ser inmolado y hecho cuartos por sus enemigos

CAPÍTULO II. EL INJUSTO DESTINO DE DON BLAS DE LEZO. Sobrecogedora historia del heroico marino vasco que, luego de haber dejado trozos de sí mismo en todos los mares del mundo, llega, parcialmente desmembrado pero más animoso que nunca, a defender a Cartagena de Indias contra las fuerzas muy superiores del «invencible» almirante Edward Vernon. Execrable ingratitud de la Corona española con el héroe. Su muerte, causada por las lesiones recibidas en la más gloriosa de sus batallas

CAPÍTULO III. LA MISTERIOSA MONJA DEL CASTILLO. Nacimiento y muerte de la monja enigmática en la yerta ciudad de Tunja, después de una vida de disciplinas penitenciarias, en que las arremetidas del Demonio y sus huestes infernales probaron ser, frente a la religiosa inerme, mucho más devastadoras que las de las naves adversarias con don Blas de Lezo. Realidad y misterio de su cadáver incorrupto

CAPÍTULO IV. ADVERSIDADES DE UN POETA FUGITIVO. Extraña pero evidente afinidad entre Marco Bruto y Luis Vargas Tejada. El espectro de César persigue al primero hasta darle muerte en los campos filípicos. El de Bolívar, vivo, acosa sin tregua al segundo, hasta hundirlo para siempre en el torrente de un río selvático

CAPÍTULO V. EL MARISCAL AVANZA TRANQUILO HACIA LA MUERTE. Como Cayo Julio César en los *idus* de marzo; como Juan de Vivero, el hidalgo de Olmedo en la tragedia de Lope; como Emiliano Zapata en el sur de México; como Ignacio Sánchez Mejías ante los pitones de Granadino; como Federico García Lorca, en 1936 y en su nativa Granada, en la que ya acechaban por doquier los matarifes fascistas; como el «Benefactor» Trujillo en el malecón de Santo Domingo; y como tantos otros, en fin, que le antecedieron y sucedieron en la búsqueda de estas misteriosas citas con la muerte, Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho, emprende en 1830 su

marcha desde Bogotá hacia Quico, eligiendo para el efecto el camino más peligroso, en el que finalmente cumplirá su cica inexorable con los asesinos

CAPÍTULO VI. UN POETA CON MALA PUNTERÍA. La típica «mosca en leche»: un negro en la Bogotá decimonónica. Su condición de poeta le granjea a Candelario Obeso la simpatía y la hospitalidad de los intelectuales, mas no llega a franquearle las puertas de la alta sociedad. Quimérico intento de reeditar la pasión de Otelo y Desdémona. Trágico final. Bella lección sobre el arte de mamarle gallo a la muerte

CAPÍTULO VII. EL GRAN GENERAL GANA EN COCONUCO SUS ÚLTIMAS BATALLAS. Como los toros heridos, el general Tomás Cipriano de Mosquera busca su querencia, pese a que, aunque ya octogenario, da pruebas de sus vigorosos impulsos genitores. Como don Quijote ante los escuadrones de carneros, gana ardorosas batallas contra innumerables huestes de fantasmas. «Con tal de que se muera, aunque se salve»

CAPÍTULO VIII. EL INDOMABLE PRESIDENTE ZALDÚA. Dignidad y heroísmo en el final de una vida nobilísima. De cómo un anciano inerme y enfermo se agiganta frente a los embates de la más villana adversidad y muere en su puesto ante el estupor, la ira y la impotencia de quien quiso darse el gusto morboso de verlo fugitivo

CAPÍTULO IX. MUERTE FRENTE AL MAR. El gran vencido; el leño sin gobierno ni albedrío que las aguas impelen y arrastran, aguarda la muerte frente al mar Caribe mientras los godos usurpan su pensamiento y aplican gozosamente una carta constitucional que él no quiso refrendar con su firma. Cómo sucumbe con las valijas listas para regresar a Bogotá a reasumir el mando impulsado por motivos que sólo Dios llegó a conocer. Doña Soledad Román de Núñez, acatando ciegamente la última voluntad de su esposo, arroja al mar todo el archivo de don Rafael Núñez, borrando así los testimonios directos de uno de los pasajes fundamentales de la historia colombiana

CAPÍTULO X. LOS ACREEDORES TAMBIÉN COBRAN VIDAS. Años venturosos y postrimerías aciagas en la corta existencia de José Asunción Silva. Impotencia de las manos que forjaron algunos de los más grandes poemas de la lengua castellana para componer balances, redactar libranzas y escribir manifiestos aduaneros, Rastrera y mezquina hostilidad de los bogotanos, con muy contadas excepciones, contra el inmenso poeta. La irreparable muerte de su hermana. Acoso implacable de los acreedores. Primera impresión del «Nocturno» en *La Lectura*, de Cartagena. Retorno de Venezuela y derrumbe final

CAPÍTULO XI. EL SEGUNDO PRESIDENTE MÁRTIR. El doctor Manuel Antonio Sanclemente, con sus casi noventa años auestas, remonta las alturas andinas para satisfacer los turbios designios de Caro, asumiendo la presidencia de la República. Su

frágil organismo no resiste los dos mil seiscientos metros de la capital y se ve obligado a buscar climas propicios. En Villeta lo sorprende la aleve asechanza. Su inicuo cautiverio. Destino ignorado de sus huesos bajo el suelo de la iglesia parroquial de esa población

CAPÍTULO XII. «SE LO TRAGÓ LA SELVA». «Un creador que escribe con sangre». José Eustasio Rivera no recrea con mano maestra el misterio y la tragedia de la selva amazónica con aséptica distancia, sino después de haber vivido todos sus elementos con viril intensidad. A manera de venganza, la selva se lo traga, pero no en medio de sus bosques y tremedales, como a los personajes de *La Vorágine*, sino en otra manigua muy distante: la de hierro y cemento de Nueva York

CAPÍTULO XIII. EL SILENCIO DE LOS ARTISTAS ES LA MUERTE. El más genial de los caricaturistas políticos de todos los tiempos y países. Su histórico protagonismo en uno de los grandes momentos de la historia colombiana. El ocaso: presionado para trocar el lápiz de combate por el incensario, Ricardo Rendón opta por la pistola suicida

CAPÍTULO XIV. MUERTE DE UN SOLITARIO ACONGOJADO. De un hogar de honrados emigrantes libaneses a los primeros planos de la República liberal. Pronto se destaca como uno de sus más insignes exponentes. Derrota de Gabriel Turbay en las elecciones presidenciales de 1946 y colapso del poder liberal. Abominables factores que generaron este resultado. Su destierro voluntario. Sus últimas efusiones emocionales y oratorias durante las largas veladas venecianas en compañía de Jorge Zalamea y frente al majestuoso *condottiero* de Verrocchio. Su vencimiento final a manos de la frustración y la melancolía y su partida definitiva en la soledad de un hotel parisiense

CAPÍTULO XV. CUANDO TODOS LOS CAMINOS SE TRANSFORMAN EN ABISMOS. Otro grande de la República liberal que afronta con entereza el derrumbamiento de 1946 pero no puede sobreponerse al salvajismo de la dictadura fascista implantada en 1949. Total incapacidad de Carlos Lozano y Lozano para vivir en una nación destrozada y pisoteada por «pájaros» y «chulavitas». El trágico desenlace

PROLOGUILLO INEXCUSABLE

Es muy posible que la sola lectura del índice de esta obra suscite en los lectores interrogantes como estos: «¿Qué relación puede haber entre el demoníaco tirano Aguirre y la santa monja Francisca Josefa del Castillo y Guevara? ¿O entre el aguerrido capitán Blas de Lezo y el apacible poeta José Asunción Silva? ¿Qué vínculos puede haber entre el general Tomás Cipriano de Mosquera y el caricaturista Ricardo Rendón? ¿O entre el mariscal Sucre y Gabriel Turbay?». Ciertamente, el repertorio de los nombres que encabezan los capítulos de este libro es de una tal heterogeneidad que sólo consigue distanciarlos. Sin embargo, hay un común denominador que los acerca. Solamente uno. El fascinante halo de misterio, de leyenda, de imprecisión de contorno impresionista que rodea la muerte de cada uno de ellos en mayor o menor grado. En consecuencia, este libro no es, no puede ser un pomposo tratado histórico. Es un acercamiento, mucho más literario que investigativo, a los días finales de una serie de personajes de nuestro pasado remoto y cercano, cuyas muertes no encajan dentro de la uniformidad que impone el ritual de partir de este mundo dejando nada más que una triste sucesión de actos protocolarios. Cuando la muerte penetra en el territorio de la leyenda, o apenas se te aproxima, ya adquiere misteriosos matices de belleza. El fin de los personajes de nuestra historia que viven y mueren en estas páginas, así parece demostrarlo.

EL AUTOR



MACBETH DESCIEENDE POR EL AMAZONAS

Mal haríamos en declararnos sorprendidos ante las alucinantes invenciones y metamorfosis que desde hace milenios se vienen gestando (y seguirán haciéndolo sin término) en los laboratorios de la alquimia literaria. Fue en los comienzos del siglo XVII cuando los escenarios ingleses conocieron, con la inevitable mezcla de admiración y espanto, la obra, bien definida siglos después por Jorge Luis Borges como «la más intensa que la literatura puede ofrecernos». E igual que los lectores y espectadores de hoy, seguramente los del teatro El Globo fueron llevados en vilo por las peripecias atroces de la tragedia de Macbeth desde la primera hasta la última escena de este relato tétrico en el que, además, como también lo apuntó Borges, todo acaece de noche, en medio de tormentas, de presagios de brujas agoreras, de lúgubres hechos de sangre, de graznidos de negros pajarracos. Y a propósito de las ya mencionadas y siempre inexplicables metamorfosis, es pertinente recordar la bien conocida costumbre de William Shakespeare de recurrir a las viejas crónicas medievales, a los relatos biográficos de Plutarco y a los hechos y personajes de la propia historia inglesa para extraer la materia prima de sus dramas. Según la *Crónica anglosajona*, que data del undécimo siglo de nuestra era, Macbeth, lejos de ser un déspota cruel, fue un monarca piadoso, caritativo y justiciero que finalmente fue derrocado por Siward, conde de Nortumbria, quien había invadido el reino de Escocia a la cabeza de una poderosa hueste. Según esta misma crónica, sí fue Macbeth el matador de Duncan, pero no en forma cobarde y alevosa, sino en buena lid, en una batalla y dentro de todas las normas de la equidad caballeresca. De todas maneras, el legendario rey escocés quedó confinado más al mundo de las conjeturas que al de las precisiones históricas. Y como cada creador literario es el sumo hacedor de su semana genésica, Shakespeare pudo haberse tomado más de una libertad con su personaje y las circunstancias que lo rodearon, lo cual, por supuesto, debe tenernos sin el mínimo cuidado. No ignoramos que, si bien la historia es una de las grandes vertientes que nutren la literatura, el narrador literario que llega a ella para investigarla y conocer sus secretos, no adquiere el compromiso de respetar escrupulosamente sus dogmas y revelaciones. Si a diario somos testigos de las profundas divergencias que separan y enfrentan a los historiadores, grande sería nuestra torpeza si osáramos censurar a ese soberano inventor y recreador de realidades que es el poeta y es el narrador porque toma en sus manos la realidad —o la supuesta realidad— y construye con ellas sobre el blanco territorio del papel esas arquitecturas verbales que nos deslumbran y seriamente contribuyen a corroborar la

semejanza divina del hombre. En consecuencia, en este, como en tantos incontables casos, los personajes a la postre más auténticos y entrañables, *nuestros* personajes son Macbeth, el rey usurpador y asesino, y su diabólica esposa, quien en rigor de verdad guía y conduce su mano homicida. Discernir si Macbeth fue de veras el rey pío y justo de la crónica primitiva o si, por el contrario, fue el traidor que dio muerte a su soberano para alzarse con el trono, y luego se entregó con frenesí vesánico a la inicua tarea de exterminar sin misericordia a todos sus imaginarios o reales enemigos, incluyendo dentro de ellos a niños y mujeres inermes, es faena de eruditos que puede y debe interesarnos, pero de ninguna manera apasionarnos ni exaltarnos, efecto que logran plenamente en nosotros los episodios de la gran literatura.



Curioso ha sido a través de los siglos el destino de ciertos personajes, algunos legendarios y otros abrumadoramente reales, frente a la literatura. Uno de ellos, sin duda notorio entre los más fascinantes de la historia universal, es el guipuzcoano Lope de Aguirre quien, como nacido en 1514 y muerto en 1561 —tres años antes del nacimiento de Shakespeare— bien hubiera podido ser uno de sus personajes capitales debido a que, siendo extremadamente afín a Macbeth, holgadamente se le equipara, y acaso con ventaja, en los rasgos infernales de su personalidad y de sus actos. Ahí sigue Lope de Aguirre, cuatro siglos largos después de su trágica muerte —que es el motivo de nuestra evocación— esperando al creador genial que lo someta a todos los procedimientos de la alquimia literaria que sean precisos para conducirlo al sitio vacío que aún lo aguarda entre los personajes estelares de la literatura universal.



Desde el momento en que Lope de Aguirre se embarca en la expedición al mando del capitán Pedro de Ursúa y emprende el descenso del Río Grande de las Amazonas en pos del reino de El Dorado, comienza la trágica pesadilla que no conocerá un instante de reposo ni de alivio. Por una de aquellas indescifrables paradojas, no infrecuentes en los hombres más crueles de la especie, en el áspero corazón de Aguirre vibra y alienta una extraña isla de afecto y de ternura. Ella es su hija, la divina mestiza Elvira de Aguirre, engendrada por Lope en uno de aquellos encuentros venusinos que tanto proliferaron en los años de la Conquista entre los rijosos guerreros ibéricos y las indias que con más mansedumbre que salacidad, se les entregaban en la premura de los vivaques y al abrigo de los arbustos y los barrancos en las marchas extenuantes. Contra lo que solía ocurrir, la pequeña Elvira no creció al lado de su madre sino que,

siempre mimada y protegida por su amorosa nodriza Juana Torralba, vivió la niñez y primeros años de juventud siguiendo a su padre como inseparable animalejo doméstico en todas y cada una de las aventuras delirantes y azarosas que Aguirre emprendía sin tregua. Regla casi infalible era que los lascivos paladines de la Conquista saciaran su lubricidad con las complacientes nativas, a menudo sin despojarse siquiera de sus pesados indumentos bélicos, las dejaran preñadas en el acto y jamás conociesen los frutos de estos efímeros asaltos venéreos. Es increíble, pero no fue este el caso de Lope de Aguirre, quien siempre anduvo acompañado de su bella hija mestiza y que, en vísperas de zarpar la expedición, llevaría con él a Elvira y a la Torralba. Por un temor muy comprensible a la lujuria desaforada de sus compañeros, otros expedicionarios que también eran padres de jóvenes hijas que andaban con ellos, las dejaron al cuidado de personas de confianza y adecuadamente aviadas de todo lo necesario con el fin de precaverlas contra los peligros de estos viajes infernales. No fue este el caso de Aguirre. El feroz vascongado tenía una confianza ciega en que su sola mirada luciferina sería bastante para poner en fuga a cualquier baladrón que osara mirar con lascivia a la hermosa Elvira, sin tener que llegar al extremo de poner fin a sus deseos con la punta de la espada o la boca del arcabuz. Y tanto lo comprendieron así los integrantes de la expedición, que la bella mestiza, a la sazón en la flor de sus dieciséis años, hizo todo el viaje sin que varón alguno osara fijar en ella sus ojos de bestia acuciada por los rigores de una brama inextinguible.



Era el día 26 de septiembre de 1560 cuando partió la expedición. Fue una especie de siniestra coincidencia premonitória que sobre Lope de Aguirre cayese el nombramiento de «teniente de difuntos», que era, según las instrucciones de Ursúa, el oficial que se encargaría de administrar los bienes de quienes muriesen al servicio de Su Majestad en esta empresa, bien considerada por historiadores y cronistas como una de las más arriesgadas y azarosas entre las muchas a que se lanzaron los conquistadores españoles en América. El cargo era segundón pero eso a Aguirre no le importó. Jamás creyó en la existencia de El Dorado pero, una vez unido a la expedición, su mente satánica comenzó a urdir planes terribles para cuya consumación no se requería recibir desde el principio los honores correspondientes a las más altas designaciones jerárquicas. Y en este momento comienza a hacerse patente de manera progresiva la impresionante analogía entre Macbeth, el escocés, y Aguirre, el vascongado, con la clara diferencia de que mientras el primero de ellos fraguó el asesinato de su rey y todos los que siguieron estimulado, alentado y virtualmente «chantajeado» por su pérfida mujer, Aguirre no requirió acicates externos para perpetrar su horrenda cadena de crímenes.



Por lo pronto, el primer paso era deshacerse del gobernador Pedro de Ursúa, que, henchido de confianza y optimismo, navegaba en el mejor bergantín de la expedición regodeándose en la concupiscencia de su recién iniciado concubinato con la espléndida mestiza Inés de Atienza. Y como el señor gobernador, enloquecido de cachondez, poco o nada salía de su aposento en el bergantín, requerido sin tregua por la insaciable mestiza, Aguirre comenzó a difundir entre los expedicionarios la especie de que Ursúa, hechizado por la mala bruja, era el único que creía en el embeleco de El Dorado, y que los estaba conduciendo a todos, como bestias sin albedrío, en pos de una añagaza falaz, tras la cual se ocultaban y acechaban Dios sabría cuántos peligros mortales. La gestación de la conjura fue lenta y admirablemente calculada como una perfecta ofensiva de ajedrez. Y entonces brillaron como pocas veces la astucia y el talento diabólico de Lope de Aguirre. No persiguió en ese momento el mando supremo del contingente, sino que proclamó como el más idóneo para su desempeño al alférez mayor Fernando de Guzmán quien, cegado por la ambición, aceptó traicionar a su jefe. Fue así cómo, amaneciendo el fatídico año de 1561, cuando la tropa descansaba en un improvisado campamento a orillas del Amazonas, también llamado Marañón, don Pedro de Ursúa hacía lo propio en un chinchorro, aprestándose para cenar antes de ir a ayuntarse frenéticamente con doña Inés en su bohío. Allí lo asaltaron los conspiradores en estado de absoluta indefensión y antes de que pudiera erguirse, Alonso de Montoya lo pasó de parte a parte con su espada. No obstante, el gobernador tuvo aún alientos para levantarse y vino entonces el instante sobrecogedor en que la trágica escena de los *idus* de marzo en el Capitolio Romano se repitió con toda su carga desgarradora de dramatismo, diecisiete siglos más tarde y en las tórridas riberas del Río Grande de las Amazonas. Al levantarse del chinchorro, el caudillo agonizante alcanzó a reconocer entre sus matadores a Martín Pérez, su amigo fraterno de toda la vida. Las palabras inmortales de Julio César volvieron a resonar en las entrañas de la selva amazónica: «¿Vos también contra mí, hermano Martín Pérez?». Y la respuesta fue la misma que siglos antes obtuvo César ante Marco Bruto: una certera puñalada en la mitad del torso, a la cual siguieron muchas más. Desplomado sobre las ollas del condumio, que recibieron buena parte de sus entresijos, el gobernador aún tenía fuerzas para pedir a gritos la merced suprema de la confesión, lo cual sólo groseras risotadas provocó entre la horda de asesinos. Porque mal podríamos seguir adelante sin destacar uno de los más espeluznantes rasgos de la crueldad de Aguirre. Bien sabemos cómo para un español de aquellos tiempos era preferible la más atroz de todas las muertes imaginables con un confesor a su lado, que una tranquila y apacible sin la franquicia de una confesión cabal. Por lo tanto, resulta así fácil imaginar hasta qué extremos de perverso deleite llegaba el tirano

percatándose de las angustias aterradoras que acompañaban la agonía de sus víctimas a las que sin excepción negaba este consuelo y esta garantía de bienaventuranza eterna. Bailando de gozo a pesar de su cojera, no tardó en llegar Aguirre al teatro de los acontecimientos, a la vez que celebraba la muerte de Ursúa como la del «tirano que los traía esclavizados». Entre tanto, enterada de la muerte de su amado, Inés de Atienza, enajenada por el dolor, se abrazó al cadáver destripado y tasajeado, mientras el canalla asesino la escarnecía llamándola puta y hechicera.



En su condición de cerebro y sumo manipulador de la conjura, Aguirre siguió moviendo sus trebejos. En consecuencia, convocó sin demora a todos los hombres de la hueste para comunicarles que don Fernando de Guzmán era el nuevo capitán general y él, Aguirre, su maestre de campo, vale decir, el segundo en la jerarquía del grupo.



A partir de ese momento, Guzmán no fue más que un deplorable monicaco. Y continúan en este punto las impresionantes analogías macbethianas. Igual que en los inmundos chacales y otras bestias carniceras, el sabor de la sangre fue despertando en este desalmado una voraz y creciente apetencia de más y más sangre derramada. Con relativa prontitud, el capitán Lorenzo de Zalduendo, también vasco como Lope, había llenado el vacío de Ursúa en el rústico lecho de Inés de Atienza, a quien se dio a consolar con voluptuosidad febril sin curarse de los peligros que ya lo acechaban. Así que los más cercanos allegados de Aguirre se dieron a la no difícil tarea de envenenar al tirano con toda guisa de consejos, según las cuales Zalduendo y la Atienza conspiraban contra el general Guzmán y su maestre de campo. La sentencia del tirano no se hizo esperar. Apercebido con cuarenta arcabuceros, penetró violentamente en la tienda donde conversaban don Fernando de Guzmán y Zalduendo y cosieron a este a cuchilladas ante el pasmo y la perplejidad del general, cuya autoridad de nada valió para impedir la consumación del alevoso homicidio. Lorenzo de Zalduendo expiró pidiendo en vano confesión mientras Aguirre tranquilizaba a Guzmán asegurándole que lo había librado de un traidor. Luego le llegó el fatídico turno a Juan Alonso de la Bandera y en seguida a la bella mestiza. El encargado de ultimarla, o «exorcizarla», como dijo con su habitual humor macabro el tirano, fue su fiel secuaz Antón Llamoso, quien reclutó media docena de sayones para la comisión del horrendo asesinato. Llamoso y sus sicarios llegaron al bohío de doña Inés donde, sin darle

siquiera tiempo para implorar confesión, le asestaron tantas puñaladas que todos salieron con las barbas ensopadas en sangre. Al tirano sólo le faltaba un peldaño para el ascenso al poder supremo. Pero la eliminación de Guzmán ofrecía problemas, pues el general aún inspiraba respeto entre la tropa. Pero como su imaginación truculenta seguía siendo fértil en toda laya de expedientes infames, esta vez le funcionó a la maravilla. Y como, igual que el rey usurpador de Escocia, a medida que avanzaba en su carrera homicida, proliferaban en su derredor los espectros de imaginarios felones y traidores, fingió un zafarrancho para perseguir y castigar a algunos de ellos, de modo que, en medio de la batahola y de la grita, un par de certeros arcabuzazos acabaron «accidentalmente» con la vida del general don Fernando de Guzmán. El camino hacia la cumbre quedaba expedito.



Ya con el mando absoluto bien seguro en sus garras de ave rapaz, Lope de Aguirre se desembozó. Reunió a sus hombres, a quienes de ese momento en adelante bautizó «marañones», por el río Marañón que los conducía hacia la gloria, e hizo en su presencia el más desmesurado alarde de megalomanía que conocen la leyenda y la historia sumadas. Los esbirros del vascongado feroz no eran ya los trescientos que habían iniciado el viaje. Algunos habían padecido muerte violenta; otros habían finado por picaduras de serpientes letales o devorados por pirañas y caimanes al tratar de huir de este espantable infierno itinerante. Pero eso no importaba al tirano. Con los que le restaban saldría al Atlántico, voltearía hacia el norte, haría un trayecto por tierra firme, tornaría a embarcarse y llegaría al Perú, donde fundaría un imperio del cual él sería el amo absoluto y que, por supuesto, se emanciparía de la Corona española. En su arenga prometió a los marañones que ellos serían los nuevos godos que gobernarían al Perú como sus antecesores lo habían hecho en España en siglos anteriores. Esta campaña sin precedentes en la historia sería acometida y llevada a feliz término por menos de trescientos hombres. Una campaña ante la cual habrían huido, poseídos por el culillo, Hércules y Jasón con todos sus argonautas reunidos. Sin embargo, a este loco sin parangón le parecían sus marañones suficientes y de sobra para lo que él se proponía, vale decir, arrancar de la Corona del rey Felipe su joya más valiosa en un abrir y cerrar de ojos. Además, a este demente vesánico no le parecía esencial el ahorro de vidas humanas para su proyecto. Les advirtió a sus hombres que se las respetaría con tal de que no le armaran motines. Pero como las traiciones y las conjuras no sólo ocurrían en la realidad, sino que también tenían lugar en su fantasía calenturienta, era claro que ninguno de sus secuaces podía sentir segura la testa sobre el pescuezo. Esto se confirmó con una de las primeras medidas tomadas por el tirano, que ciertamente raya en la comicidad. Les advirtió que quedaba prohibido a todos, con la sola salvedad de los de su guardia personal, pasar de noche

del mástil del bergantín hacia la popa «bajo pena de la vida». Y complementó la advertencia diciéndoles que, como comprendía que a altas horas de la noche suele presentarse la urgencia de toda laya de evacuaciones corporales —que siempre se hacían asomando las partes interesadas por la popa— los marañones quedaban obligados a publicar a gritos la índole de su necesidad antes de efectuarla, pues de lo contrario recibirían un certero arcabuzazo.



Como era de esperarse, bien pronto, antes de llegar a la desembocadura del Amazonas, estalló un complot para deshacerse de Aguirre, el cual fue descubierto y liquidado a tiempo. Dos de los conspiradores fueron ahorcados con el mismo lazo a fin de que formasen un racimo grotesco para solaz y diversión de Aguirre. A un tercero le dieron de cuchilladas mientras pedía en vano confesión. En seguida le echaron un garfio por el gollete y lo arrojaron al agua, donde fue rápidamente almorzado por las bestias carnívoras que lo aguardaban con impaciencia.



Hasta el propio tirano, que siempre alardeó de su desafiante inmunidad ante los embates del miedo, sintió que se le arrugaban los compañeros cuando, ya muy próximos a los brazos más anchos del gigantesco delta amazónico, los bergantines comenzaron a bambolearse como juguetes indefensos frente a la proximidad de la temible *pororoca*. Era y es aún este el nombre que los nativos de la región dieron a los momentos espantables y majestuosos en que las aguas del río más grande del mundo chocan con las mareas altas formando verdaderas catedrales de agua. Sólo pilotos muy avezados pueden calcular con precisión el momento en que el nivel bajo de las mareas permite surcar las aguas sin mayor peligro hasta ganar el océano, poniéndose así a salvo de este fenómeno aterrador. Por suerte para esta siniestra cáfila de asesinos, los pilotos mostraron toda la destreza necesaria para sortear la *pororoca* sin perecer en ella.



La primera escala de los abominables marañones fue la isla Margarita. Mucho es lo que hay que escudriñar en los anales de la bestialidad humana para toparse con una

orgía de sangre tan salvaje como la que protagonizaron Aguirre y sus sicarios durante los cuarenta días con sus noches que permanecieron en ella. Lo primero que dispuso fue meter en prisión al gobernador Juan de Villadrando y a todos sus colaboradores en la administración de la isla. A continuación, como de costumbre, circularon los rumores de un alzamiento, por lo cual Aguirre se dio el infinito gusto de ordenar que a todos, sin exceptuar al gobernador, les diesen garrote sin tardanza y, por supuesto, sin confesión. En medio de los gritos desgarradores de los reos que imploraban el último sacramento, los verdugos fueron estrangulándolos con toda la lentitud posible. A la mañana siguiente, los vecinos de Margarita experimentaron la espeluznante sensación de haber descendido a un infierno sin escape. Sabían que todos estaban condenados a una muerte atroz. Lo único que desconocían eran la hora y el sitio de la ejecución. Por ello, y sabiendo que el mayor placer morboso del crudelísimo tirano era negar la confesión a sus víctimas, todos se pusieron a paz y salvo con la justicia ultraterrena y aguardaron, en medio de angustias y sobresaltos indecibles, la consumación de su destino aciago.



Lógicamente, Aguirre tenía sus delatores; sus «familiares», para usar el lenguaje de la Santa Inquisición. Todavía enseñaban la lengua afuera los agarrotados de la prisión, cuando uno de ellos llevó a su caudillo la noticia de otro complot, esta vez dirigido por Martín Pérez, el asesino de Ursúa. En presencia de Aguirre, varios de sus soldados le dieron muerte a puñaladas y tiros de arcabuz. Pero como antes de morir, Pérez había acusado a Antón Llamoso, el hombre de mayor confianza de Aguirre, de estarlo traicionando, la paranoia del tirano se encendió como una llamarada. Hizo comparecer a Llamoso para acusarlo. Pero ocurría que este monstruo, además de asesino, era un histrión magistral, de modo que al escuchar los cargos de su general, empezó a apostrofar el cadáver de Pérez y a jurar que le bebería la sangre en castigo a su iniquidad. Y ante el estupor de todos, sin exceptuar a Aguirre, se lanzó con los ojos desorbitados sobre el difunto y empezó a libar ávidamente la sangre que aún le manaba por las heridas. Y no contento con este horror, tomó el cráneo perforado y devoró con repulsiva fruición buena parte de la sesera sanguinolenta que brotaba por las heridas. Fue esta la única vez en su demoníaca trayectoria criminal, en que Aguirre indultó a un sospechoso de traición. No es extraño. Las pruebas de su inocencia que le aportó Llamoso resultaron ser las más convincentes para él.



Desesperados, los moradores de Margarita tramaron un plan para envenenar al tirano. Todo se supo, y la primera víctima en caer fue la distinguida matrona margariteña Ana de Rojas, en cuya casa se organizó el malogrado golpe. La bella Ana fue izada con la mayor crueldad, y mientras aún se estremecía en los últimos estertores, los marañones quedaron autorizados para jugar a la puntería contra el cuerpo de la desdichada, que fue así acribillado sin piedad.



El 31 de agosto de 1561 fue un día de resurrección para los desventurados habitantes de Margarita. No había habido uno solo de los cuarenta días transcurridos hasta esa fecha en que los pávidos vecinos no hubieran tenido que afrontar, reprimiendo las náuseas, el espectáculo indescriptible de los agarrotados, de los ahorcados, de los arcabuceados, de los pasados a espada y a cuchillo. En sus ya apacibles vigiliass no podían creer que el monstruo hubiera partido hacia otros rumbos y a celebrar sus horrendas hecatombes lejos de ellos.



Pocos días más tarde las naves de Aguirre fondeaban frente a las playas de la Burburata. Era la tierra firme y la vía hacia el Perú. El tirano ya sentía sobre su testa la corona de emperador de los Andes, sus marañones mil veces centuplicados por la inercia irresistible de su paso, y Felipe II dándose cabezadas de furia contra los pétreos muros de El Escorial ante el que amenazaba con ser el derrumbe definitivo de su imperio americano. Ya estaba en camino y experimentaba la certeza de que nadie lo atajaría. Y pese a que no eran tiempos de teléfonos celulares, de satélites, de fax ni de aeromensajerías, como si todos estos portentos se hubieran dado marcha atrás en el tiempo, la noticia del desembarco en tierra firme del satánico personaje corrió por los reinos propincuos al mar Caribe con una celeridad de asombro. Llegó la nueva a la Audiencia de Santo Domingo, que reunió hombres y aprestos y envió refuerzos poderosos. En su despacho escurialense, Felipe se enteró de todo y exigió mayor efectividad en la caza del rebelde. Y hasta la Audiencia de Santa Fe, suprema cabeza de este territorio, se dio sin demora a la organización de un potentísimo ejército que marcharía bajo el mando del mariscal Gonzalo Jiménez de Quesada.



Imposible omitir un episodio que no habría sido desdeñado, si lo hubieran conocido, por ninguno de los grandes maestros de la picaresca española. En la Burburata, los marañones de Aguirre habían capturado una gran provisión de toneles de buen vino que, al emprender el camino hacia el interior, fue preciso abandonar por incapacidad de las cabalgaduras para transportarlas. Cuitados casi hasta el llanto por la pérdida de este tesoro, los malandrines desfondaron las pipas y bebieron su contenido hasta caer abatidos por la beodez. Y otros, más ávidos aún, se despojaron de sus mugrientas vestiduras y se zambulleron en cueros dentro de los barriles, libando como posesos, mientras empleaban el que no alcanzaban a beber para enjuagarse sus fétidos sobacos y las no más asépticas zonas genitales.



La demencia criminal de Aguirre no se detenía. Llegado con sus matasietes a Valencia, simplemente sospechó que uno de sus oficiales, Diego de Alarcón, lo había traicionado pasándose al bando del rey Felipe II. De inmediato dispuso que Alarcón fuese paseado por las calles en un mulo, precedido de un pregonero que daba cuenta de su felonía y del terrible castigo que le esperaba. Una vez que la fúnebre procesión llegó a la plaza, don Diego fue descabezado y hecho cuartos. La cabeza quedó expuesta en el rollo y los miembros en las entradas de las calles principales.



Y fue precisamente en Valencia donde el tirano dio la prueba máxima de su megalomanía y avilantez, con su célebre carta a Felipe II, tan desmesurada y absurda, que cabría dudar de su autenticidad si esta no estuviera plenamente comprobada. Años antes Gonzalo Pizarro se había sublevado en el Perú contra el invictísimo César Carlos V. Fracasó en su empresa y terminó decapitado, pero las probabilidades de éxito cuando la emprendió no eran tan remotas, puesto que contaba con un poderoso ejército, a la cabeza del cual había vencido en una gran batalla campal al virrey Blasco Núñez Vela y le había dado muerte. Pero en 1561 este orate sanguinario no dudaba en enfrentarse, con menos de trescientos forajidos cochambrosos, al monarca más poderoso de la Tierra, cuyo imperio jamás ha sido hasta ahora superado en extensión ni por el romano antes ni por el británico después. Felipe II era el dueño de todo el Hemisferio Occidental desde la Patagonia hasta muy cerca del Canadá y había hecho del océano Pacífico un mar español. Pero eso no arredraba a este loco asesino. Con los marañones que le quedaran llegaría hasta el Perú y allí le arrebatría media América del Sur a Felipe. En ello no veía la misma dificultad. Esta carta, sin

parangón en la historia de la demencia humana, y que llegó a manos del monarca, dice así, luego de su encabezamiento, dirigido al «Rey Felipe, natural español, hijo de Carlos el Invencible»:

Yo, Lope de Aguirre, tu antiguo vasallo, cristiano viejo, de medianos padres y en mi prosperidad hidalgo, natural vascongado, en el reino de España, de la villa de Oñate vecino.

En mi mocedad pasé el océano a estas partes de Indias por valer más con la lanza en la mano y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien, y asimismo y por esa razón te he hecho muchos servicios en el Perú en conquistas de indios y en poblar pueblos en tu servicio, especialmente en batallas y encuentros que ha habido en tu nombre, siempre conforme a mis fuerzas y posibilidades sin importunar a tus oficiales por paga ni socorro, como parecerá por tus reales libros.

Creo bien (excelentísimo), rey y señor, que para mí y mis compañeros no has sido tal, sino cruel e ingrato, y también creo que te deben engañar los que te escriben desta tierra, que está lejos para averiguar la verdad. Y tú no te precias mucho a buscarla.

Acúsote rey que cumple haya toda justicia y rectitud para tan buenos vasallos como en esta tierra tienes, aunque yo, por no poder sufrir más las crueldades que usan estos tus oidores, visorrey y gobernadores, he salido de hecho con mis compañeros, cuyos nombres diré después, de tu obediencia y, desnaturalizándome con ellos de nuestra tierra, que es España, voy a hacerte la más cruel guerra que nuestras fuerzas pueden sustentar y sufrir, y esto cree, rey y señor, nos obliga a hacer el no poder sufrir los grandes pechos, apremios y castigos injustos que nos dan tus ministros, que por remediar a sus hijos y criados han usurpado y robado nuestra fama, honra y vida, que es lástima, rey, el mal tratamiento que nos han dado.

Cojo estoy de una pierna derecha de dos arcabuzazos que me dieron en el valle de Chuquina con el mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo tu voz y apellido contra Francisco Hernández Girón, rebelde a tu servicio como yo y mis compañeros al presente somos y seremos hasta la muerte, porque ya de hecho habemos alcanzado en este reino cuán cruel eres y quebrantador de fe y palabra, y así tenemos en esta tierra tus promesas por de menos crédito que los libros de Martín Lutero, pues tu visorrey marqués de Cañete ahorcó a Martín de Robles, hombre señalado en tu servicio, y al bravo Tomás Vázquez, conquistador del Perú, y al triste Alonso Díaz, que trabajó más en el descubrimiento deste reino que los exploradores de Moisés en el desierto, y a Piedrahita, buen capitán que rompió muchas batallas en tu servicio, y aun en Pucará ellos te dieron la victoria, porque si no se pasaran a tu bandera hoy fuera Francisco Hernández rey del Perú. Y no tengas en mucho el servicio que éstos tus oidores escriben haberte hecho, porque es muy gran fábula si llaman servicio haberte gastado ochocientos mil pesos de tu real caja para sus vicios y maldades. Castígalos como a malos, que cierto lo son.

Mira, mira, rey español, que no seas cruel a tus vasallos ni ingrato, pues estando tu padre y tú en los reinos de España sin ninguna zozobra te han dado tus vasallos a costa de su sangre y hacienda tantos reinos y señoríos como en estas partes tienes, y mira, rey y señor, que no puedes llevar con título de rey justo ningún interés destas partes donde no aventuraste nada sin que primero los que en ello han trabajado y sudado sean gratificados. Y esto justicia es y te puede ser demandada.

Por cierto tengo que van muy pocos reyes al infierno porque son pocos, que si muchos fuérades ninguno podría ir a él, porque aun allá seríades peor que Lucifer, según tenéis ambición y hambre de hartaros de sangre humana; mas no me maravillo ni hago caso de vosotros, pues os llamáis siempre menores de edad y todo hombre irresponsable e inocente es como loco. Ciertamente, a Dios hago solemne voto con mis doscientos arcabuceros, marañones, conquistadores, hijosdalgo, de no tederar ministro tuyo a vida, porque ya sé hasta dónde alcanza tu clemencia; y el día de hoy nos hallamos los más bienaventurados de los nacidos por estar en estas partes de Indias teniendo la fe y mandamientos de Dios y sin corrupción, como cristianos, manteniendo todo lo que predica la santa madre Iglesia de Roma, y pretendemos, aunque pecadores en la vida, rescibir martirio por los mandamientos de Dios si necesario fuese.

A la salida que hicimos del río Amazonas, que se llama el Marañón, en una isla poblada de cristianos que tiene por nombre Margarita, vi unas relaciones que venían de España sobre la gran cisma de luteranos que hay en ella que nos pusieron espanto y terror, y en nuestra armada hubo semanas antes un alemán llamado

Monteverde y lo hice hacer pedazos, que nunca lo vi bien en nuestra compañía. Los hados darán la paga a los cuerpos buena o mala y aun peor, pero donde nosotros estuviéramos, cree (excelente) príncipe que cumple que todos vivan muy perfectamente en la fe de Cristo.

La disolución de los frailes es tan grande en estas partes que yo entiendo que conviene que venga sobre ellos tu ira y castigo, porque no hay ninguno que presuma de menos que de gobernador. Mira, mira, rey, que no creas lo que te dijeren, pues las lágrimas que allá echan ante tu real persona son para venir a reír aquí y a mandar. Si quieres saber la vida que por aquí tienen es entender en mercaderías, procurar y adquirir bienes temporales, vender los sacramentos de la iglesia por precio, y son todos los curas que yo he visto enemigos de los pobres, incaritativos, ambiciosos, glotones y soberbios, de manera que por mínimo que sea un fraile pretende mandar y gobernar todas estas tierras. Pon remedio, rey y señor, porque a causa destas cosas y malos ejemplos no está imprimida ni fijada la fe en los naturales, y más te digo que si esta disolución de los frailes no se quita de aquí, no faltarán escándalos. Y cada día la gente se apartará más de la iglesia de Cristo.

Si yo y mis compañeros, por la razón que tenemos, nos habemos determinado a morir desto, cierto, y de otras cosas pasadas, singular rey, tú has tenido la culpa, por no te doler el trabajo de tus vasallos y no mirar lo mucho que fes debes, porque si tú no miras por ellos y te descuidas con éstos tus oidores, nunca se acertará con el gobierno. Por cierto que no hay para qué presentar testigos, que es bastante de avisarte cómo estos oidores tienen cada uno cuatro mil pesos de salario y gastan ocho mil, y al cabo de tres años tiene cada uno sesenta mil pesos ahorrados y heredamientos y posesiones, y con todo esto, si se contentasen con ser servidos como a hombres, menos mal, aunque trabajo sería el nuestro. Pero por nuestros pecados quieren que doquiera que los topemos nos hincemos de rodillas (y los adoremos) como a Nabucodonosor, cosa, cierto, insufrible. Y no piense nadie que como hombre lastimado y manco de mis miembros, en tu servicio y mis compañeros viejos y cansados en lo mismo, te he de dejar de avisar que nunca fíes destes letrados tu real conciencia, que no cumple a tu real servicio descuidarte con éstos, que se les va todo el tiempo en casar hijos e hijas y no entienden en otra cosa y su refrán entre ellos es *a tuerto y a derecho, nuestra casa hasta el techo*.

Pues los frailes, en lo que a ellos toca, a ningún indio pobre quieren enterrar y están aposentados en los mejores repartimientos del Perú. La vida que llevan es áspera y trabajosa, porque cada uno dellos tiene por penitencia en su cocina una docena de mozas, y no muy viejas, y otros tantos muchachos que les van a pescar, a matar perdices y a traer frutas; todo repartimiento se tiene que hacer con ellos. En fe de cristianos te juro, señor y rey, que si no pones remedio en las maldades desta tierra que te ha de venir castigo del cielo. Y esto dígolo por avisarte de la verdad, aunque yo y mis compañeros no esperamos ni queremos tu misericordia, y aunque la ofrecieras escupiríamos en ella por deshonrosa.

¡Ay, qué lástima tan grande que César y emperador tu padre conquistase con las fuerzas de España la superba Germania y gastase tanta moneda llevada destas Indias descubiertas por nosotros, que no te duelas de nuestra vejez y cansancio siquiera para matarnos la hambre un día! Sabes que sabemos en estas partes (excelente), rey y señor, que conquistaste a Alemania con armas y Alemania ha conquistado España con vicios, por lo que, ciertamente, nos hallamos aquí más contentos con maíz y agua, sólo por estar apartados de tan mala erronía, que los que en ella han quedado pueden estarse con sus regalos. Anden las guerras por donde anduvieren, que para los hombres se hicieron; mas en ningún tiempo ni por adversidad que nos venga no dejaremos de ser sujetos a los preceptos de la santa madre Iglesia de Roma. Más que tú y por mejores caminos que tú.

No podemos creer (excelente), rey y señor, que tú seas cruel para tan buenos vasallos como en estas partes tienes, sino que éstos tus buenos oidores y ministros lo deben de hacer sin tu consentimiento. Dígolo (excelente), rey, porque en la ciudad de Los Reyes, dos leguas della, se descubrió una laguna junto a la mar donde había algún pescado, que Dios lo permitió que fuese así, y éstos tus malos oidores y oficiales de tu real persona, por aprovecharse del pescado, como lo hacen para su regalo y sus vicios, lo arriendan en tu nombre, dándonos a entender, como si fuésemos inhábiles, que es por tu voluntad. Si ello es así, déjanos, señor, pescar algún pescado siquiera porque trabajamos en descubrimiento y conquistado, y el rey de Castilla no tiene necesidad de cuatrocientos pesos, que es la cantidad en que se arrienda. Y pues esclarecido rey no te pedimos mercedes en Córdoba ni en Valladolid ni en toda España, que es tu patrimonio, duélete, señor, de alimentar los pobres cansados con los frutos y réditos desta tierra y mira, señor y rey, que hay Dios para todos e igual justicia, premio, paraíso e infierno. Y que no os escaparéis de ello.

En el año de 1559 dio el marqués de Cañete la jornada del río de las Amazonas a Pedro de Ursúa, navarro, por mejor decir, francés, y tardó en hacer navíos hasta el año de sesenta en la provincia de los Motilones, que es en el Perú, y porque los indios andan rapados a navaja los llaman desa manera. Aunque estos navíos, por ser la tierra donde se hicieron lluviosa y con mucha hormiga y hongos destructores, al tiempo de echarlos al agua se nos quebraron los más dellos; hicimos balsas y dejamos los caballos y las haciendas en tierras y nos echamos río abajo pobres como las ratas.

Luego topamos los más poderosísimos ríos del Perú de manera que un día nos vimos en el golfo dulce. Caminamos de prima faz trescientas leguas del embarcadero donde nos embarcamos la primera vez. No es mala jornada trescientas leguas sin parar en la línea equinoccial.

Fue aquel gobernador tan perverso e vicioso y miserable que no lo pudimos sufrir, y así, por ser imposible aguantar sus maldades y por tenerme como parte en la causa como me tendrán (excelente), señor y rey, no diré más sino que lo matamos. Muerte, cierto bien breve y sin crueldad. Y luego a un mancebo caballero de Sevilla llamado don Hernando de Guzmán le alzamos por nuestro rey y le juramos por tal, como tu real persona verá por las firmas de todos los que en ellos nos encontramos, que quedan en la isla Margarita destas Indias, y a mí me nombraron su maese de campo, y porque no consentí en sus insultos y maldades me quisieron matar y yo maté al nuevo rey, y al capitán de su guardia, y al teniente general, y a cuatro capitanes, y a su mayordomo, y a su capellán clérigo de misa, y a una mujer de la liga contra mí, y a un comendador de Rodas, y a un almirante, y a dos alféreces, y otros seis aliados suyos, y con la intención de seguir la guerra adelante y morir en ella por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros, nombré de nuevo capitanes y sargento mayor y quisiéronme macar y yo los ahorqué a todos.

Caminamos nuestro rumbo pasando todas esas muertes y malas venturas en el río Marañón y tardamos hasta la boca que entra en el mar más de diez meses y medio. Anduvimos mil y quinientas leguas sin contar las revueltas ni las exploraciones de otros ríos afluentes y restingas y brazos de mar.

Es río grande y temeroso, tiene la boca ochenta leguas de agua dulce, tiene grandes bajos y ochocientas leguas de desierto sin género de poblado, como su majestad lo verá por una relación que hemos hecho bien verdadera. En la derrota que seguimos tiene más de seis mil islas. ¡Sabe Dios cómo escapamos de lago tan temeroso, que es como una mar revuelta, con orillas llenas de alimañas ponzoñosas! Avísote, rey y señor; no proveas ni consientas que se haga alguna armada para este río tan mal afortunado porque en fe de cristiano te juro, rey y señor, que si vienen cien mil hombres ninguno escapará, porque la relación que te hagan será falsa y no hay en el río otra cosa que desesperar, especialmente para los chapetones de Castilla, que vienen a cosa hecha.

Los capitanes y oficiales que al presente llevo y prometen de morir en esta demanda como hombres lastimados son: Juan Jerónimo de Espinola, genovés, almirante; Juan Gómez, Cristóbal García, capitanes de infantería, los dos andaluces; capitán de a caballo Diego Tirado, andaluz, que tus oidores, rey y señor, le quitaron con grande agravio indios que había ganado con su lanza. Capitán de mi guardia Roberto de Zozaya y su alférez Nuño Hernández, valencianos, Juan López de Ayula, de Cuenca, nuestro pagador. Alférez general Blas Gutiérrez, conquistador, de veintisiete años. Juan Ponce, alférez, natural de Sevilla. Custodio Hernández, alférez, de Portugal, Diego de Torres, alférez, navarro; sargentos Pedro Gutiérrez Viso y Diego de Figueroa y también Cristóbal de Rivas y Pedro Rojas. Juan de Saucedo, alférez de a caballo, Bartolomé Sánchez Paniagua, nuestro borrachel. Diego Sánchez Bilbao, proveedor. García Navarro, veedor general. Y otros muchos hijosdalgo ruegan a Dios nuestro Señor te aumente siempre y ensalce en prosperidad contra el turco y el francés, y todos los demás que en esas partes quisieran hacerte guerra, y en éstas Dios nos dé gracia que podamos alcanzar con nuestras armas el precio que se nos debe, pues nos has negado lo que de derecho se nos debía y pagarlo hasta de un modo u otro.

Hijo de fieles vasallos tuyos vascongados, y yo, rebelde hasta la muerte por tu ingratitud. Lope de Aguirre *el Peregrino*.



Para colmo de malos presagios, el contingente del futuro emperador del Perú seguía disminuyendo. Antes de salir de Valencia tuvo la precaución de ahorcar a cuatro sospechosos. Y continuó la marcha hacia el destino ineluctable. A partir de ese momento su estrategia con los marañones que le quedaban fue la de tratar de convencerlos de que caminaban por un callejón sin salida, puesto que los innumerables crímenes perpetrados los haría reos de muerte bajo cualquier potestad que no fuera la suya. En el viaje hacia Barquisimeto, y en un «consejo de gobierno» con sus más allegados malandrines, tuvo la idea de ahorcar a más de veinte que le parecían sospechosos de felonía, agregando que los árboles de esos contornos le parecían en extremo apropiados para colgar «hasta tres docenas de traidores». Por suerte para él, sus compinches lograron disuadirlo de practicar la magna degollina con el argumento de que a ese paso sólo quedarían él y de cinco a diez íntimos suyos para llevar a cabo la nueva Conquista del Perú, con lo cual la empresa se dificultaría hasta extremos impensables.



Y llegaron Aguirre y sus marañones a Barquisimeto. Y allí se hicieron fuertes en una casa rodeada de muros almenados, ideal para una recia defensa. A su vez, los leales al rey, con el capitán García de Paredes a la cabeza, dieron comienzo a una ofensiva mucho más política que militar, en lo que radicó su buen suceso. Con las lógicas variantes, comenzó a repetirse allí la historia de Gonzalo Pizarro, cuando sus huestes se deshicieron ante el genio político del clérigo Pedro de la Gasca. Lo que Aguirre, como antaño Pizarro, ignoró estúpidamente, fue que la Monarquía española era a la sazón tan poderosa que con su sola imagen ganaba batallas sin esgrimir espadas ni disparar bombardas, falconetes y arcabuces. Eso sí lo entendía a cabalidad García de Paredes quien, aunque bien apercebido de soldados, armas y municiones, dio comienzo sin tardanza a un juego magistral de ajedrez político consistente en provocar la mayor cantidad posible de desertiones entre los malsines de Aguirre. ¿Cómo? Pues con el mismo expediente utilizado por La Gasca contra Gonzalo Pizarro: mediante la publicación y difusión de cédulas de indulgencia para todos aquellos que, pese a haber cometido los crímenes más execrables, se pasaran a las filas de Su Majestad abandonando las del tirano. Sabedor Aguirre de la peligrosa divulgación de estas cédulas, y fiel a sus inveterados métodos de terror, hizo saber a sus matones que el que fuese sorprendido con una cédula de perdón en su poder podía darse por difunto en el acto. La respuesta de los marañones fue hacerle un solemne juramento de fidelidad, bajarse los calzones y limpiarse el culo con las cédulas en medio de la más horripilante gritería de vituperios y blasfemias. El aparatoso despliegue limpiaculativo tuvo la virtud de sosegar, al menos temporalmente, el ánimo de Lope.



Lógicamente, una cosa es practicar la higiene del sieso con un documento y otra descreer de su contenido. Aunque el obsceno espectáculo tranquilizó al tirano, los marañones no dejaron de contemplar la posibilidad y las conveniencias de desertar. Y más cuando dos de los primeros que lo hicieron informaron —sin mentir— a los leales que en el fuerte de Aguirre ya la hambruna había llevado a sus moradores a comerse los muleros y caballos, que era como si hoy, en una situación igualmente desesperada, fuera posible devorar motocicletas y automóviles. Y sobrevino el principio del fin. Aguirre había declarado a voces que mientras no le fallara la lealtad de su lugarteniente Diego Tirado, tendría el mundo por suyo. Pues acaeció que en la primera escaramuza habida con los soldados del bando realista, Tirado picó los ijares de su yegua, y a galope tendido llegó a las filas de Su Majestad dando estruendosos vivas al rey y haciendo pública su deserción de las huestes del tirano. Y entonces fue el derrumbe. Los marañones, desmoralizados con la defección de Tirado, comenzaron a pasarse en masa a las filas del rey. Ya Aguirre no se engañaba. Sabía que estaba perdido sin remedio. A su orden de hacer fuego sobre los soldados del rey, sus hombres obedecían, pero apuntando los arcabuces hacia arriba, de modo que los disparos no hiriesen a nadie. «¿A las estrellas tiráis, marañones?», clamaba desesperado Aguirre, mientras pensaba en escarmentarlos, colgando o agarrotando a unos cuantos burlones. Pero ahora ni eso podía hacer. El Infinito placer de matar ya no le era permitido, puesto que no había quién ejecutara sus designios homicidas. También Macbeth, ya acorralado sin remedio en el castillo de Dunsinane, había ordenado ahorcar a todo el que hablara de pánico, pero tampoco había hallado quién lo hiciera. Entre tanto, comenzaba a tener lugar el episodio entre tétrico e imponente del bosque de Birnam en pleno movimiento; de la espantable legión de árboles avanzando hacia Dunsinane cual multicéfalo monstruo vegetal. De igual manera, el tirano Aguirre, ya convencido del desastre, veía, impotente, cómo por entre las troneras de los muros y saltando sobre las almenas, los últimos marañones volaban a acogerse a los beneficios de las reales cédulas con que muy poco antes se habían limpiado el culo. Llegó entonces el momento culminante de esta tragedia sin par; la catástrofe, en el más estricto sentido del vocablo. La fiera pensó en su hija amada que seguramente en ese instante oraba en su aposento, acompañada por la Torralba. Y lógicamente, sus diabólicas entendederas no podían dar cabida a pensamientos distintos de los vejámenes y atropellos de toda índole que habría de sufrir la bella y virginal Elvira a manos de sus vencedores. Entonces entró en su alcoba provisto de daga y arcabuz y arrojando llamaradas por los ojos. «Encomiéndate a Dios, hija mía, porque vengo a matarte». Juana Torralba, que ya había adivinado las negras intenciones del asesino, se le lanzó como una fiera y alcanzó a arrebatarse el arcabuz,

pero el tirano la repelió a patadas, dejándola tundida en el piso. Entre tanto, el bárbaro sin entrañas asió a la criatura indefensa por los cabellos y le espetó la explicación de su sentencia mortal:

—Yo voy a morir y no permitiré que seas puta de mis enemigos y colchón de rufianes.

Y mientras la infeliz doncella se abrazaba en vano a sus piernas implorándole la gracia de la vida, el crudelísimo tirano le dio de puñaladas en el cuello bufando y rugiendo como la más aterradora de las bestias. Los impetuosos manantiales de la sangre de Elvira saltaron hasta las barbas del ogro que, una vez muerta y exangüe su desventurada hija, se las mesó con sus inmundas manos de las que aún goteaba el líquido vital de la inocente. Minutos después penetró en la estancia un nutrido batallón de soldados del rey, entre los que se contaban no pocos desertores de la turba marañona. Todos quedaron petrificados de horror ante la escena que sus curtidos ojos de inveterados matadores no creyeron llegar a ver jamás. Pero no tardaron en reaccionar y algunos de ellos exigieron al tirano que entregara las armas y se rindiera sin condiciones. Sin embargo, otros pensaron que sería más práctico y expedito ahorrarse todo el proceso de un juicio, durante el cual Aguirre podría escapar valiéndose de algún artificio inverosímil, armar otra horda de malsines y llevar sus satánicos designios hasta extremos inimaginables. Hasta tal punto habían llegado las dimensiones de su leyenda. En consecuencia Custodio Hernández, uno de sus más fieles marañones de ayer, le disparó el primer arcabuzazo, que le rompió un hombro. Tambaleándose, pero aún con energías, Aguirre se encaró con sus enemigos gritando:

—¡Con este no acertasteis, cabrones!

En seguida, Cristóbal Galindo, otro de sus marañones, apuntó mejor, hizo fuego y le dio en la mitad del pecho. Herido de muerte, Lope se fue de bruces, pero antes alcanzó a vociferar:

—¡Este sí estuvo bueno, hijos de puta!

Y a continuación, Custodio Hernández quiso compensar su mala puntería haciendo gala de su pericia como destazador de animales y de hombres. Así que, llegándose hasta donde el tirano echaba fuera el alma en medio de juramentos y blasfemias, lo agarró vigorosamente de las greñas y de un tajo impecable le rebanó la cabeza. En circunstancias análogas, y en los parlamentos acezantes de Shakespeare, hemos asistido con el alma en vilo a los momentos finales de Macbeth, que habiendo presenciado impotente la desertión de sus últimos leales, y rodeado ya en la tétrica soledad de Dunsinane por los escuadrones del bosque caminante, el rey usurpador se enfrenta en duelo singular con Macduff, el hombre no nacido de mujer, el iracundo

vengador de su familia, quien da muerte a Macbeth, le corta la cabeza y la enseña ufano a sus conmitones victoriosos. De igual manera, Custodio Hernández mostró a toda la tropa de guerreros del rey la testa sangrante del tirano Aguirre, cuyos ojos eran dos coágulos que hacían guiños burlones a la muerte. De inmediato, los alborozados debeladores del monstruo descuartizaron el fiambre e hicieron el reparto justiciero: la cabeza fue expuesta en el rollo de Tocuyo, la mano derecha fue exhibida en Mérida y la izquierda en Valencia. Las piernas fueron puestas en dos muy transitados cruces de caminos y allí permanecieron hasta que la voracidad de los zamuros dejó los huesos mondos. Luego, tuvieron que pasar siglos para que los campesinos de la región dejaran de toparse en las noches sin luna con el ánima en pena del tirano Aguirre, que asumía la forma múltiple de candelas errabundas, navegantes infatigables de la oscuridad. Y se decía que los fuegos viajeros hablaban con la voz del ogro y que lanzaban, con fragor de truenos, insultos y blasfemias que paralizaban de terror a los viandantes de la noche.



Fue Francisco Vázquez el único que, habiendo estado cerca de Aguirre, dejó una semblanza escrita del siniestro personaje. Conozcámosla:

Era este tirano Lope de Aguirre hombre de casi cincuenta años, muy pequeño de cuerpo y poca persona; mal agestado, la cara pequeña y chupada; los ojos que, si miraba de hito, le estaban bullendo en el casco, especial cuando estaba enojado. Era de agudo y vivo ingenio, para ser hombre sin letras. Fue vizcaíno y, según él decía, natural de Oñate, en la provincia de Guipúzcoa. No he podido saber quién fuesen sus padres, más de lo que él decía en una carta que escribió al rey don Felipe, en que dice que es hijodalgo; mas juzgándolo por sus obras, fue tan cruel y perverso, que no se halla ni puede notar en él cosa buena ni de virtud. Era bullicioso y determinado y fue gran sufridor de trabajos, especialmente del sueño, que en todo el tiempo de su tiranía pocas veces le vieron dormir, si no era algún rato de día, que siempre le hallaban velando. Caminaba mucho a pie y cargado con mucho peso. Sufría continuamente muchas armas a cuestas; muchas veces andaba con dos cotas bien pesadas, y espada, y daga, y celada de acero, y un arcabuz o lanza en la mano; otras veces un peto. Era naturalmente enemigo de los buenos y virtuosos, y ansí, le parecían mal todas las obras santas y de virtud. Era amigo y compañero de los bajos e infames hombres, y mientras uno era más ladrón, malo, cruel, era más su amigo. Fue siempre cauteloso, vario y fementido engañador; pocas veces se halló que dijese verdad, y nunca, o por maravilla, guardó palabra que diese. Era vicioso, lujurioso, glotón. Era mal cristiano y aún hereje luterano, o peor, pues hacía y decía las cosas que hemos dicho atrás, que era matar clérigos, frailes, mujeres y hombres inocentes y sin culpa, y sin dejarles confesar, aunque ellos lo pidiesen y tuviesen aparejo. Tuvo por vicio ordinario encomendar al demonio su alma y cuerpo y persona. No hablaba palabra sin blasfemar y renegar de Dios y de sus santos. Nunca supo decir ni dijo bien de nadie, ni aún de sus amigos: era infamador de todos; y finalmente, no hay un vicio que en su persona no se hallase...



Nos lamentábamos al comienzo de este capítulo de que hasta ahora no hubiese

aparecido el gigante de la creación literaria capaz de tomar en sus manos de dios genésico la figura luciferina de Lope de Aguirre y sus hechos tremebundos para forjar con una y otros la tragedia sin par de los tiempos modernos. Por suerte para la literatura, uno de esos colosos recreó con soberana maestría las horas agónicas de Aguirre en la más grande y perfecta de sus obras, y precisamente en sus páginas finales. Me refiero, claro está, a don Ramón del Valle Inclán y a su asombrosa novela *Tirano Banderas*, justamente reputada como una de las máximas narraciones del siglo XX. Esta inmortal «novela de tierra caliente», es, como bien lo recordamos, la primera y una de las más admirables caricaturas esperpénticas del clásico dictador hispanoamericano. Tal es el general Santos Banderas, amo absoluto de la republiqueta caribeña de Santa Fe de Tierra Firme, donde no se conoce otra ley que su arbitrio sanguinario y rapaz. Pero al final de la historia, una impetuosa revolución libertadora cobra fuerza irresistible y va cercando al déspota en su madriguera. Y sobreviene el terrible desenlace que el novelista, haciendo uso legítimo de la libertad irrenunciable propia del creador artístico, trasladó de la historia de Aguirre a las postrimerías de su ficción, en las que el caudillo de los marañones y Santos Banderas se funden en una sola criatura terrorífica para producir uno de los más sobrecogedores finales que conoce la literatura universal. Veámoslo directamente en el prodigio verbal de Valle Inclán para que apreciemos y valoremos el portento de esta sin par aleación literaria:

En la primera acometida se desertaron los soldados de una avanzada, y desde la torre fue visto del Tirano:

—¡Putra madre! ¡Bien sabía yo que al tiempo de mayor necesidad habíais de rajaros! ¡Don Cruz, tú vas a salir profeta!

Eran tales dichos porque el fámulo rapabarbas le soplabla frecuentemente en la oreja cuentos de traiciones. A todo esto no dejaban de tirotearse las vanguardias, atentos los insurgentes a estrechar el cerco para estorbar cualquier intento de salida por parte de los sitiados. Habían dispuesto cañones en batería, pero antes de abrir el fuego, salió de las filas, sobre un buen caballo, el coronelito de la Gándara. Y corriendo el campo a riesgo de su vida, daba voces intimando la rendición. [Recordemos en este punto la desertión de Diego Tirado de las filas de Aguirre]. Injuriábale desde la torre el Tirano:

—¡Bucanero cabrón: he de hacerte fusilar por la espalda!

Sacando la cabeza sobre los soldados alineados al pie de la torre, les dio orden de hacer fuego. Obedecieron, pero apuntando tan alto que se veía la intención de no causar bajas.

—¡A las estrellas tiráis, hijos de la chingada!

[Recordemos en este punto a los marañones disparando hacia las alturas para no herir a los soldados del rey y escuchando similares palabras del tirano Aguirre].

En esto, dando una arremetida más larga de lo que cuadraba a la defensa, se pasó al campo enemigo el mayor del Valle. Gritó el Tirano:

—¡Sólo cuervos he criado!

Y dictando órdenes para que todas las tropas se encerrasen en el convento, dejó la torre. Pidió al rapabarbas la lista de los sospechosos y mandó colgar a quince, intentando con aquel escarmiento contener las desertiones.

—¡Piensa Dios que cuatro pendejos van a ponerme la ceniza en la frente! ¡Pues engañado está conmigo!

Hacía cuenta de resistir todo el día y al amparo de la noche intentar una salida.

Mediada la mañana habían iniciado el fuego de cañón las partidas rebeldes, y en poco tiempo abrieron brecha para el asalto. Tirano Banderas intentó cubrir el portillo, pero las tropas se le desertaban, y tuvo que volver a encerrarse en sus cuarteles. Entonces, juzgándose perdido, mirándose sin otra compañía que la del fámulo rapabarbas, se quitó el cinto de las pistolas, y salivando venenosos verdes, se lo entregó.

—¡El licenciadito concertista será oportuno que nos acompañe en el viaje a los infiernos!

Sin alterar su paso de rata fisgona subió a la recámara donde se recluía la hija. Al abrir la puerta, oyó las voces adementadas:

—¡Hija mía: no habés vos servido para casada y gran señora, como pensaba este pecador que horita se ve en el trance de quitarte la vida que te dio hace veinte años! ¡No es justo que quedes en el mundo para que te gocen los enemigos de tu padre y te baldonen llamándote hija del chingado Banderas!

Oyendo tal, suplicaban despavoridas las mucamas que tenían a la loca en custodia. Tirano Banderas las golpeó en la cara:

—¡So chingadas! ¡Si os dejo con vida es porque habéis de amortajármela como un ángel!

Sacó del pecho un puñal, tomó a la hija de los cabellos para asegurarla y cerró los ojos. Un memorial de los rebeldes dice que la cosió con quince puñaladas.

Tirano Banderas salió a la ventana blandiendo el puñal y cayó acribillado. Su cabeza, befada por sentencia, estuvo tres días puesta sobre un cadalso con hopas amarillas en la Plaza de Armas. El mismo auto mandaba hacer cuartos el tronco y repartirlos de frontera a frontera; de mar a mar. Zamalpoa y Nueva Cartagena, Puerto Colorado y Santa Rosa del Titipay, fueron las ciudades agraciadas.



Después de errar durante siglos por las comarcas rurales de Barquisimeto, Valencia y Tocuyo, el alma en pena de Lope de Aguirre emprendió la fuga, a impulso de inescrutables designios infernales y llegó, con su vuelo de quiróptero agorero, a posarse sobre los escombros de Berlín cuando amanecía el mes de mayo de 1945. Todos los colaboradores de Hitler habían huido o desertado y los cadáveres calcinados del Führer y Eva Braun aún yacían en los jardines de la cancillería. El fidelísimo ministro de la propaganda nazi, Joseph Goebbels, quiso ser leal a su jefe hasta más allá de la muerte. Entonces decidió seguir el ejemplo suicida de Hitler. Pero seguro de que los bolcheviques, cuyos obuses ya tronaban en las vecindades, harían de su amada esposa «colchón de rufianes» y venderían a los tiernos hijos como esclavos en Siberia, convocó a los ocho niños para darles a beber una sabrosa poción que no era cosa distinta de un veneno implacable. La alegre horda infantil entró rápidamente en el sueño eterno. A continuación, Goebbels llamó a su esposa, y sin darle tiempo para enterarse de la atroz realidad, le metió en la cabeza un tiro que la dejó muerta en el acto. En seguida, se introdujo la pistola en las fauces y apretó el

gatillo. Su secretario incineró los diez cadáveres, pero con tan mala fortuna que todos quedaron reconocibles. Los oficiales y soldados rusos que descubrieron esta escena pavorosa, no pudieron disimular un espeluzno de terror...



EL INJUSTO DESTINO DE DON BLAS DE LEZO

Cuando el aguerrido marino guipuzcoano don Blas de Lezo y Olavarrieta llegó a Cartagena de Indias en 1737 para hacerse cargo de «la Comandancia y el Apostadero de la Plaza», tenía cuarenta y ocho años de edad y era ya una leyenda viviente. Oriundo de la misma provincia que vio nacer a Lope de Aguirre, fue su exacta antítesis por nobleza, generosidad y gallardía. Y la razón por la cual su prestigio ya alcanzaba a la sazón niveles legendarios era que, además de ser un estratega admirable y un auténtico maestro de la guerra en el mar, desde su más temprana mocedad había ido dejando fragmentos de sí mismo en muchas de las batallas en que iba tomando parte. Escasamente había llegado a la altura de sus quince años cuando, en calidad de guardia marina de la Armada francesa, se alistó en la escuadra que, al mando del conde de Tolosa, se lanzó a la reconquista de Gibraltar en 1704. Sin embargo, la Armada anglo-holandesa resistió la arremetida con buen suceso y esta tentativa para expulsar a los ingleses de su enclave español fue un rotundo fracaso. Allí recibió su bautizo de sangre el jovencito Blas de Lezo, quien peleando como un valiente, recibió una herida causada por la artillería enemiga en la pierna izquierda. Examinado el mozo por el médico de navío, el dictamen fue inapelable: el único remedio contra la gangrena que avanzaba a toda máquina era la inmediata amputación de la pierna a la altura de la rodilla. Bien lo sabemos: no eran aquellos tiempos de anestésicos ni de otros atenuantes que después fueron haciendo su aparición para mitigar los padecimientos de los hombres en trances como este. El sistema era simple y expedito dentro de su inevitable brutalidad. Al paciente se le administraba alguna bebida alcohólica fuerte, tratando de llevarlo hasta los últimos extremos de la embriaguez. En seguida, cuatro jayanes escogidos entre los más esforzados lo sujetaban, y el cirujano procedía a cercenar el miembro gangrenado con un instrumento desinfectado al fuego. Mientras el infeliz exhalaba bramidos de dolor, el médico trataba de aserrar con la mayor celeridad posible para abreviar los padecimientos del desdichado. Luego, el siguiente paso era esperar la total cicatrización del muñón con el fin de adaptarle la tosca prótesis de madera que entró para siempre en las historias y leyendas de navegantes y bucaneros. El joven Lezo fue ascendido a alférez, luego a teniente de navío y ni por un momento dejó de participar con su nunca desmentida intrepidez en diversas acciones bélicas, siempre teniendo el mar como escenario. Poco después de su último ascenso, Blas de Lezo fue destinado a Tolón, plaza entonces sitiada por el duque de Saboya, que luchaba a órdenes de la Corona británica. El duque mercenario fue repelido, pero Lezo perdió un ojo en la acción. Su heroísmo le valió entonces el ascenso a capitán de navío cuando apenas

pasaba de los veinte años de su edad. Era evidente que la pérdida de una pierna y un ojo ya hacían merecedor al héroe de un descanso, al menos temporal. Pero la molición lo hubiera matado. Arrastrando su pata de palo y con un ojo de menos, este guerrero sin par se alistó en las fuerzas que habrían de rescatar a Barcelona de manos de los ingleses, que la habían asaltado y tomado. Esta acción fue un triunfo rotundo y la Ciudad Condal tornó al dominio de la Corona española, pero don Blas de Lezo siguió allí conquistando la gloria al elevado precio de su propia anatomía. En efecto, luchando por la recuperación de Barcelona, el capitán Lezo recibió un impacto de bala en el brazo derecho que, aunque no hubo de ser amputado, sí quedó sensiblemente disminuido en sus funciones. Corría el año de 1714 y don Blas de Lezo, con escasos veinticinco años de edad, ya era tuerto, cojo y manco. Y siguió luchando como si cada una de sus pérdidas corporales, lejos de amilanarlo, fueran poderosos acicates para su espíritu batallador. Continuó tomando parte en arriesgadas operaciones navales y cuando en 1715 estuvo presente y en primera línea en la reconquista de Mallorca, ya en su soberbia trayectoria de guerrero naval figuraban veintitrés batallas de la mayor importancia.

Conscientes los altos jefes de la Marina española de los insólitos atributos de este héroe que, impertérrito, venía dejando trozos de su cuerpo por doquier, lo enviaron a las inmensidades del Pacífico al mando de una escuadra cuya misión era combatir a los piratas de diversas nacionalidades que venían afectando gravemente con sus asaltos y depredaciones el comercio de España y las Indias en el archipiélago filipino y otras islas españolas del inabarcable mar de Balboa. El valiente capitán guipuzcoano acudió sin vacilar a esta cita con su destino, y en numerosas y sorprendentes acciones liquidó a buena parte de los filibusteros que merodeaban a lo ancho y largo del Pacífico. Nueve años duró Lezo entregado a la tarea de acosar y exterminar forajidos del océano, hasta que finalmente recaló en Lima, donde gozó del primer descanso en más de veinte años de guerrear sin reposo. Allí contrajo nupcias con doña Josefa Pacheco, quien aceptó como esposo al valeroso marino, sin duda alguna consciente de que en adelante serían muy contados y breves los períodos de tranquilidad y solaz de que podría disfrutar a su lado. Y así fue. En 1730 regresó con su familia a España, donde recibió el encargo de otras misiones altamente peligrosas, de las cuales milagrosamente salió indemne y que le valieron el nombramiento de teniente general de la armada.



Analizando el inmenso mapa de las posesiones ultramarinas de la Corona española, los altos jefes militares de la misma, no tardaron en comprender que hombres como Blas de Lezo eran los que había que situar en el más valioso puerto y antemural

estratégico de España en las Indias. De ahí su traslado a la Cartagena americana, que probó en corto tiempo haber sido un acierto notabilísimo.



No es la finalidad de este capítulo narrar con pormenores la heroica y victoriosa defensa de Cartagena contra los invasores ingleses del almirante Sir Edward Vernon en 1741. Pero en beneficio de nuestro personaje y como un justo tributo al heroísmo sobrehumano que caracterizó sus postrimerías, hay algunos hechos de este episodio capital que no pueden omitirse.



El primero de ellos es que el ataque de Vernon a Cartagena no fue, como todos los anteriores que sufrió esa ciudad, un asalto de filibusteros. La expedición contra Cartagena era, en pocas pero muy concretas palabras, el acto central y capital de un gigantesco plan preparado en Inglaterra para aniquilar el Imperio español en América, expulsar a España de este continente e incorporarlo en su totalidad a la Corona británica. El proyecto, pues, como salta a la vista, era tan ambicioso que sin asomo de exageración bien puede calificarse como un plan de dominio universal. De ahí las dimensiones colosales, en hombres, navíos y armamento, de la expedición que Londres armó y organizó para herir a España en el centro vital más importante de su vasto organismo imperial. Y de ahí que los historiadores estén de acuerdo en que la armada del almirante Vernon fue la fuerza militar más poderosa que ha cruzado el Atlántico hasta los tiempos modernos. Esta sí fue la auténtica «Armada Invencible», si se tiene en cuenta que al aproximarse las naves inglesas a Cartagena, la proporción era de 180 barcos británicos y 23.600 hombres contra 6 navíos españoles y poco más de 6.000 combatientes.



Si no estuvieran a la vista de los visitantes cotidianos en el Museo Nacional de Bogotá, cualquiera podría dudar de la autenticidad de las casi legendarias medallas que Vernon hizo acuñar en conmemoración de una victoria que aún no había obtenido, pero que daba por segura, dada la superioridad aplastante de sus fuerzas sobre las de los defensores de Cartagena. Pero vamos al hecho curioso. Estas

medallas que, como es sabido, luego sólo sirvieron para cubrir de oprobio y de vergüenza al jactancioso almirante inglés, muestran diversas figuras, en todas las cuales aparecen Vernon y sus potentes navíos. Y entre todas se destaca una en que el almirante británico, en actitud arrogante y despectiva, recibe las llaves simbólicas de Cartagena de Indias que *de rodillas* le entrega don Blas de Lezo. ¡Incomparable homenaje el que de manera involuntaria tributó Vernon en su megalomanía al prestigio mundial de don Blas de Lezo! En buena lógica, quien debería haber aparecido de hinojos ante el inglés en la rendición de la ciudad, habría sido el virrey Eslava. Pero el almirante sabía que la humillación irrogada a España era peor y más afrentosa representando en esa postura al más famoso y conocido de los marinos militares españoles de la época.



Bien conocemos las asombrosas ejecutorias de don Blas de Lezo en la victoriosa defensa de Cartagena contra el Goliath inglés. Pero desgraciadamente para él, en algunos momentos críticos de la magna batalla, se vio obligado a expresar sus discrepancias con los planteamientos del virrey Sebastián de Eslava que, como tal, era la máxima autoridad en la plaza. Eslava fue un magnífico estratega, cuyos merecimientos nadie osará desconocer. Pero frente a Lezo fue inferior en nobleza y magnanimidad. El intrépido vascongado siguió luchando como el héroe que siempre fue hasta que unas esquirlas lo hirieron de gravedad en el brazo y la pierna que le quedaban buenos y en otras zonas de su maltrecho y cercenado cuerpo. En esas condiciones tuvo que ser trasladado a uno de tantos hospitales que fue preciso improvisar al socaire de las murallas, en templos, monasterios y casonas para cuidar de los valientes lesionados en la lucha contra los invasores. Entre tanto, el malagradecido virrey, mientras Vernon y sus combatientes se retiraban vencidos y humillados, en buena parte gracias a la genialidad estratégica del mutilado glorioso, enviaba a toda prisa a la Corte de Madrid un oficio en que solicitaba su destitución como castigo a lo que Eslava veía como un desacato imperdonable y que no había sido cosa distinta de una franca y honrada divergencia de opiniones. La Corte recibió el inicuo documento y depositó toda su fe en Eslava como suprema autoridad del Nuevo Reino de Granada después de Su Católica Majestad. En consecuencia, procedió a la destitución. Pero en este caso, la injusticia cojeó y no llegó. O mejor, sí llegó, pero cuando el héroe ya fue incapaz de seguir andando por la existencia con más heridas y mutilaciones auestas. En efecto, don Blas de Lezo entregó su alma y halló la paz en un anónimo hospital castrense de la heroica Cartagena en tanto que nadie hallaba tiempo para ocuparse del valeroso moribundo, pues la música solemne, las canturrias del *Te Deum Laudamus* y los redobles jubilosos de las campanas festejaban esa victoria sin precedentes y convocaban a las gentes a las plazas y a las

calles para dar gracias a Dios por este triunfo inverosímil, que ni las imaginaciones más delirantes se hubieran atrevido a predecir y que en tan alta proporción se debió a este héroe que al fin anclaba en las aguas de la Estigia, después de ganar su última batalla, ya entortado y desmembrado, en las cálidas de nuestra Cartagena.



Cuando de algún galeón real descendió cualquier oscuro golilla, portando consigo la infame orden de destitución, esta se quedó en el aire porque la piadosa muerte había acudido a interponerse entre la iniquidad y el héroe. Y aquí volvió a cumplirse un extraño y persistente destino español. Los despojos de don Blas de Lezo fueron depositados de urgencia bajo alguna losa funeraria en algún templo o convento de Cartagena. Nadie sabe dónde. Como muy pronto se perdió en la Península el rastro de los huesos de Miguel de Cervantes y Saavedra, de Francisco de Quevedo y Villegas, de Diego de Velázquez y Silva y de tantos otros gigantes de similares dimensiones. Para los de Blas de Lezo cabe el consuelo inútil de estar aún —quizás— en algún lugar del suelo cartagenero que él defendió con su genio y finalmente con su sangre.

Cartagena de Indias es, para la armazón corporal de Blas de Lezo, un inmenso cenotafio; y para la memoria de sus hazañas un albergue contra el cual jamás podrán prevalecer las oscuras fuerzas del olvido, de la humana mezquindad y de la ingratitud.



LA MISTERIOSA MONJA DEL CASTILLO

Al año siguiente de aquel en que don Blas de Lezo hallaba finalmente el largo reposo que depara la muerte en algún camastro de un hospital de Cartagena, muy lejos de la villa heroica, allá en la gélida Tunja, en el corazón frío y ventoso del Nuevo Reino de Granada, entregaba el alma en su austera celda del Convento de Santa Clara, la abadesa de aquella morada de oración y penitencia, madre Francisca Josefa del Castillo y Guevara. Tanto el indomable marino vascongado como la clarisa septuagenaria entraban en la eternidad sin haber conocido en esta vida terrenal un solo instante de solaz ni de auténtico descanso. Blas de Lezo (El Teso), a los cincuenta y dos años, luego de guerrear con los enemigos de España en las aguas del Mare Nostrum, en el Pacífico infinito y finalmente en la pétreo Cartagena, cubriendo su recia humanidad con las gloriosas condecoraciones que las carencias y muñones habidos en combate imprimen, que no cuelgan, en los cuerpos de los valientes. La monja, a los setenta y uno, después de una vida intensa y tormentosa, a lo largo de la cual no conocieron el alivio de la tregua, ni su péndola estampando sobre el papel las peripecias interiores de su vida y sus alucinantes experiencias místicas, ni las disciplinas y cilicios en la cruda tarea de mortificar su carne en la guerra encarnizada contra los insidiosos embates del Maligno. Cada uno de estos dos personajes tuvo a todo lo largo de su vida un enemigo que no dio cuartel. El de don Blas fue el multicéfalo de los marinos, soldados y bucaneros ingleses que tan incompleto y mermado lo dejaron en su humanidad precedera. El de Francisca Josefa fue el Demonio, que desde la infancia nunca dejó de atormentarla y acecharla. Y cabe suponer, que así como fueron sus últimas heridas las que al fin abatieron la recia complexión de Blas de Lezo, es posible que las laceraciones y desgarramientos que año tras año fueron dejando en su cuerpo los garfios y púas de los cilicios y las correas y puntas aceradas de los látigos, hayan acelerado el fin de la madre Francisca Josefa.



La vida de nuestra monja transcurrió de la cuna a la sepultura dentro de los estrechos límites de la ciudad de Tunja. Una ciudad bien curiosa, por cierto. Densamente poblada por acaudalados encomenderos que en el siglo XVI habían levantado sus amplias casas por mano de veteranos alarifes y canteros; por burócratas que habían

alcanzado altos niveles de prosperidad que, como los antedichos, poseían severas mansiones en cuyos portales campeaban los signos heraldos de estirpes, venidas unas pocas de España y en su mayoría forjadas en estos reinos a golpes de temeridad y de codicia. Y también por clérigos opulentos, usufructuarios de gordos beneficios, censos y capellanías, cuyas vidas discurrían en el regodeo de la molicie, con excepciones tan ilustres y notables como la de don Hernando Domínguez Camargo, autor del culterano *Poema heroico de San Ignacio*, o el increíble don Juan de Castellanos, de cuya pluma infatigable salió el poema más extenso de la literatura universal (150.000 versos), mejor conocido como *Elegías de varones ilustres de Indias*. Una ciudad extraña por cuanto algunos de sus moradores eminentes como el propio Castellanos, su fundador Suárez Rendón y el rico escribano Juan de Vargas y Matajudíos, hicieron decorar los muros y artesonados de sus casas con deslumbrantes pinturas en las que, dentro de un insólito sincretismo, se dan cita los símbolos cristianos con personajes de la mitología helénica, frutos de la flora vernacular y bestias de faunas exóticas. Tunja, la Tunja de todos estos personajes y la que enmarcó la vida de la monja Del Castillo, fue una ciudad que, como su hermana Santafé, vivió entonces dos vidas a la vez paralelas y antagónicas. Nadie entiende a derechas por qué el adelantado Suárez Rendón eligió como asiento para su ciudad uno de los parajes más yermos y desolados de toda esa región. Cuenta la leyenda muisca que, expulsado de sus tierras el príncipe Unzahú por su propia madre, como castigo por los frenéticos amores incestuosos que mantenía con su hermana, maldijo su patria y le presagió aridez y sequedad por todos los siglos venideros. Aparte de ello, incesantes vientos helados que aún no han dejado de soplar, barrían sus calles lóbregas y solitarias y se colaban por patios y zaguanes desafiando y aun doblegando la tibia protección de mantas y braseros. Y como Santafé, era una ciudad teocrática donde sólo en la noche, después del toque de ánimas, se experimentaba el reposo de las campanas. Desde las colinas circundantes se distinguían en la pequeña ciudad las torres de la Catedral, de San Agustín, de San Francisco, San Ignacio, Santo Domingo, Santa Bárbara, el Topo, San Laureano... y Santa Clara la Real, donde por tantos años ejerció su gobierno abacial la monja escritora, la monja alucinada, la monja guerrera de las arduas batallas contra Satanás y sus pérfidas tentaciones. Y para cada torre, un templo; y para cada templo un convento; un albergue severo de frailes o de monjas.



Pero no se piense que estos lugares sagrados fueron concebidos, diseñados y ejecutados dentro de esquemas de adustez y economía. Basta visitar la Tunja de hoy para verificarlo. En esta ciudad, como en Santafé, México, Quito, Lima, Potosí y un número infinito de pequeñas urbes y aun aldeas, estalló en una formidable erupción dorada el barroco mestizo de la América española, como poderoso coadyuvante para

la titánica misión evangelizadora que emprendieron millares de frailes en todo el continente como compensación a la rapacidad y las depredaciones de los conquistadores. De modo que en Tunja, igual que en todos los admirables santuarios barrocos del arte iberoamericano, prelados, curas, frailes, monjas y feligreses se movieron en sus quehaceres religiosos dentro de un espléndido marco artístico que confería un majestuoso aire de dignidad a la liturgia. Entonces, mientras nuestra monja solitaria luchaba con sus alucinaciones diabólicas, y aun más de un siglo antes de su nacimiento, anónimos pintores mezclaban sus esencias vegetales para imprimir en los muros de claustros, coros, techumbres, naves y presbiterios, escenas ejemplares de las vidas de los santos patronos de cada templo o monasterio. E igualmente desconocidos imagineros, muchos de ellos indios y mestizos, tallaban, estofaban y doraban las maderas de púlpitos y retablos, en que las figuras del Dios hecho hombre, la Virgen y los santos caminan y se mueven entre blandas espesuras de frutos tropicales. Y a la vez, orfebres de imaginación torrencial forjaban las custodias y sagrarios donde el fulgor de oros, platas, diamantes, amatistas y esmeraldas daban fe a los catecúmenos de la presencia divina en la blanca especie de la Eucaristía.



Y en el subsuelo de esta vida cotidiana en que sólo incienso aspiraban las narices y sólo dobles de campanas escuchaban los oídos, el sórdido ejercicio del pecado; el silencioso regodeo de la concupiscencia; las frondosas cornamentas de maridos burlados y los ardidés inverosímiles de sabias alcahuetas capaces de emular al mismo Satanás en los recursos más perniciosos de la imaginación; doña Inés de Hinojosa cargando la conciencia con maridos asesinados y adulterios impúdicos, y descargándola en las misas a las que concurría piadosamente cubierta de mantillas negras. Con razón afirmó un sacerdote de la Orden de Predicadores haber visto con sus ojos pecadores al Judío Errante a su paso por Tunja, donde otros aseguraban que había permanecido varios días congelado por vientos inmisericordes mientras las puertas se iban cerrando ante su proximidad al impulso de la inexorable maldición que pesaba sobre él desde el día en que negó asilo al Señor en su ascenso hacia el Calvario.



A lo largo de toda su vida, la venerable madre Francisca Josefa nunca bajó la guardia en la lucha contra Lucifer y sus demonios. Y la verdad es que había comenzado

temprano. Cuenta en el capítulo IV del libro de su vida que ya a los catorce años,

... parecíame que todo lo más era lo exterior, y así dejé todas las galas y vestí una pobre saya. Hacía muchas disciplinas con varios instrumentos hasta derramar mucha sangre. Andaba cargada de cilicios y cadenas de hierro, hasta que sobre algunas crecía la carne. Dormía sobre tablas. Tenía muchas horas de oración y procuraba mortificarme en todo.

Es indudable que la vida de la monja Del Castillo, que ella escribió con detalles por orden de su confesor, daría un material succulento para las conjeturas y especulaciones de los modernos sicoanalistas y para elaborar, sobre la base de sus datos, una interesante obra del género «pato-biográfico» en que fue maestro insuperable el profesor Gregorio Marañón. Haciendo memorias de su infancia, y mucho antes de la época del pasaje anterior, siendo una chiquilla de apenas cinco o seis años, relata que un párvulo vecino suyo le habló a solas y le pidió que se casaran dentro de la mayor inocencia imaginable, ya que mal podría creerse que en estos dos tiernos interlocutores pudieran cruzarse pensamientos relacionados ni de lejos con la lubricidad. La prueba de que el diálogo fue tan casto y puro como el de dos niños cualesquiera, es que la pequeñuela respondió a su vecinito con un sí categórico. Sin embargo, no bien había retornado a su casa la niña Francisca cuando comenzó a sentir la mordedura de un arrepentimiento que no la dejó en paz de día ni de noche, hasta que en una oportunidad, «hallándose sola en un cuarto donde habían pesado trigo», vio una soga pendiente y tomó la decisión irrevocable de ahorcarse para escapar del pecado atroz que creía haber cometido. Dice a continuación que fue el Santo Ángel de la Guarda quien la libró del crimen de quitarse la vida, lo cual la hubiera conducido sin remedio posible a los infiernos. En este momento, la futura monja apenas llegaba a los siete años. Pero no por haberse salvado del suicidio cesaron los tormentos de la infantita. Conozcamos por su propio testimonio escrito los pormenores de una de las muchas pesadillas que a tan temprana edad no la dejaban reposar por las noches en paz:

En una ocasión me pareció andar sobre un entresuelo hecho de ladrillos, puestos punta con punta, como en el aire, y con gran peligro, y mirando hacia abajo, vía un río de fuego negro y horrible, y que entre él andaban tantas serpientes, sapos y culebras, con caras y brazos de hombres que se vían sumidos en aquel pozo o río; yo desperté con gran llanto, y por la mañana vi que en las extremidades de los dedos y las uñas tenía señales de fuego, aunque yo esto no pude saber cómo sería.

Y esta otra, no menos aterradora:

Otra vez me hallaba en un valle tan dilatado, tan profundo, de una oscuridad tan penosa, cual no se sabe decir ni ponderar, y al cabo de él estaba un pozo horrible de fuego negro y espeso. A la orilla estaban los espíritus malos haciendo y dando varios modos de tormento a diferentes hombres, conforme a sus vicios. Con estas cosas y otras me avisaba Dios misericordioso, para que no le ofendiera, del castigo y penas de los malos; mas nada de esto bastó para que yo no cometiera muchas culpas, aún en aquella edad.

En buen romance y en sana lógica, lo que de este texto se desprende es que ni Mesalina ni la legendaria envenenadora Locusta hubieran merecido las espantables

puniciones ultraterrenas que esta niñita asustadiza creía haberse ganado por la enormidad de sus ultrajes a la majestad divina.



Acabada de ingresar al convento de las clarisas, hacia sus dieciocho años, la joven profesora seguía convencida de que sólo macerando y desgarrando sus carnes pecadoras podría mantener a raya al Demonio que, a juzgar por sus confesiones, persiguió con codicia su alma desde la primera infancia. En el capítulo VIII de su *Vida* nos cuenta que, estando ya enclaustrada,

... hacía cuanta penitencia alcanzaban mis fuerzas y despedazaba mi cuerpo hasta bañar el suelo y ver correr la sangre...

Y más adelante, en el capítulo XIX, se encuentra esta confesión, cuyo patetismo es ciertamente conmovedor:

Despedazaba mi carne con cadenas de hierro; hacíame azotar por manos de una criada; pasaba las noches llorando; tenía por alivio las ortigas y cilicios; hería mi rostro con bofetadas; y luego me parecía que quedaba vencida a manos de mis enemigos. Andaba llena de pavor y horror de mí misma, sin atreverme a alzar los ojos a Dios ni a su Santísima Madre, y en ella me faltaba el consuelo y la vida. Consultaba continuamente a mi confesor, y ponía esfuerzo en tomar los medios que me daba; mas yo conocía que el altísimo y limpiísimo Dios quería así humillar mi soberbia y que me aborreciera a mí misma como a un costal de estiércol; así no daba paso en que no hallara un lazo. No sé si a este propósito me había Nuestro Señor mostrado, algún tiempo antes que empezara a pasar esto, a mi misma alma en forma de un caminante que subía a un monte, pobre y desnudo, y tan flaco, que parece se tenía y andaba en unas pajas o canillas delgadas, e iba encorvado, porque cargaba sobre sus hombros un costal de estiércol, entre el cual iban muchos animales inmundos. De un lado y otro de aquel monte le disparaban saetas, que hiriendo en aquellos animales, levantaban tal gritería y gruñían con tal fuerza, que el pobre trabajador se vía en grande trabajo y fatiga; no sé si a veces, por no oír aquel gruñido tan enfadoso, aparaba en sí mismo las saetas o si yo conocía que podría suceder esto así; lo que me acuerdo es que con aquellas heridas quedaban aquellos animales más débiles y flacos y daban menos trabajos, aunque gritaban...



Hasta el final fue la vida de la madre Francisca Josefa un duro y áspero modelo de ascetismo. Es muy posible que ya entrada en la vejez hubiera moderado el rigor de los azotes y cilicios, aunque cabe pensar que no lo abandonó jamás del todo. En el ocaso de sus años nada varió en la implacable severidad a que vivió siempre sometida por propia voluntad. Sólo cuando ya los achaques y dolamas de la senectud redujeron al mínimo sus movimientos, pidió que le abrieran en uno de los muros de su celda un ventanuco que diera sobre el altar de Santa Clara la Real, de modo que pudiera asistir desde allí a la misa. Y a esa celda le llegó el reposo de la muerte un día del que no se

tiene noticia en 1742. Al año siguiente, y por motivos que se ignoran, fue preciso exhumar el cadáver de la madre para trasladarlo a otra cripta. Los presentes apenas pudieron sofocar una exclamación de estupor y admiración.

El cuerpo de Francisca Josefa del Castillo se había conservado incorrupto.



ADVERSIDADES DE UN POETA FUGITIVO

Cuando llegamos a la escena final del *Julio César*; de Shakespeare, sin duda una de las cumbres del teatro trágico universal, nos toca vivir uno de los momentos más hermosos y sobrecogedores de esta obra maestra. Ya aproximándose el desenlace, el genial dramaturgo inglés vuelve a traer, como un personaje más, la conmovedora figura del espectro vengador; como el del padre de Hamlet en las lúgubres noches de Elsinor; como el de Banquo ensangrentado en el festín de Macbeth. En este caso, es el de Julio César que se aparece ante Bruto para darle cita en la llanura de Filipos frente a las huestes que dirigen Marco Antonio y Octavio. Y en efecto, Bruto, junto con Casio, sale en ese lugar al encuentro de los ejércitos vindicadores de César y sus legiones son diezmadas por las de Antonio y Octavio. Casio ordena a un esclavo suyo que le dé muerte con el mismo acero que él clavó en el cuerpo de César ante la estatua de Pompeyo. Poco después, Bruto se arroja sobre su propia espada, no sin antes increpar a César. Llegan, ya triunfantes, Antonio y Octavio, y el primero de ellos pronuncia ante el cadáver de su enemigo vencido estas palabras que son un paradigma inmortal de nobleza y de justicia:

This was the noblest Roman of them all. All the conspirators save only he did that they did in envy of great Caesar; he only, in a general honest thought and common good to all, made one of them. His life was gentle, and the elements so mixed in him, that Nature might stand up and say to all the World: «This was a man».

Siglos después, llegando tan alto y tan lejos como puede llegar un excelente traductor, Luis Astrana Marín vertió así este soberbio parlamento al castellano, teniendo la buena precaución de hacerlo en prosa:

¡Este fue el más noble de todos los romanos! ¡Todos los conspiradores, menos él, obraron por envidia del gran César! ¡Sólo él, al unirse a ellos, fue guiado por un motivo generoso y en interés del bien público! Su vida fue pura, y los elementos que la constituían se combinaron de tal modo, que la Naturaleza, irguiéndose, puede decir al mundo entero: «¡Este fue un hombre!».



Casi dos milenios habían transcurrido desde la batalla de Filipos, cuando en una remota villa de los Andes septentrionales, gélida los doce meses del año, y de muy difícil acceso, estuvo a punto de repetirse el proceso de los *idus* de marzo, sólo que

sin el desenlace cruento de la tragedia romana, pues en esta oportunidad el personaje que sería blanco de los conjurados, alcanzó a saltar por una ventana y correr hasta poner a salvo su maltrecha humanidad mientras los chiflones del páramo sembraban en los pulmones del fugitivo las últimas semillas letales. En efecto, los conjurados que en la noche del 25 de septiembre de 1828 penetraron en la recámara del Libertador Simón Bolívar para darle muerte, no lograron la consumación de sus designios gracias a la intrepidez de una mujer heroica que alertó a tiempo a Bolívar sobre la presencia de los conspiradores. Fracasado el complot, el Libertador, obedeciendo a un admirable impulso de magnanimidad, quiso indultar a todos los facciosos que habían caído en poder de las autoridades y retirarse del poder. Pero ante la generosidad de Bolívar se interpusieron los apremios vindicativos de los generales Córdova y Urdaneta. Fue entonces cuando el héroe, cuyo carácter ya estaba minado por el colapso de su obra americanista, por la cruel decepción de haber estado a punto de ser asesinado por sus compatriotas y por el avance implacable de su enfermedad, terminó cediendo, en uno de los peores momentos de su vida, a las presiones de sus «leales» y dando vía libre, por ende, a los muy cuestionables consejos de guerra entre cuyos crímenes sobresale, como imperdonable ante la historia, la ejecución del almirante José Prudencio Padilla, quien se hallaba en la cárcel la noche de la conspiración. Y tan inicuo como la muerte injusta de Padilla, fue el perdón del infame Pedro Carujo, oscuro maleante, uno de los cerebros de la conjura, cuyos embustes y delaciones insidiosas aprovechó Urdaneta para descargar todo su rigor homicida sobre granadinos inocentes, facilitando la evasión de este canalla, sin duda el que más méritos hizo entre todos para subir al patíbulo.



Las palabras de Marco Antonio ante el cadáver de Bruto habrían sido plenamente aplicables al caso de los septembrinos. Casi todos ellos, empezando por el abominable Carujo, conformaban una caterva de malsines. Eran los siniestros aventureros franceses Agustín Horment y Juan Francisco Arganil; el señor Mariano Ospina Rodríguez, quien logró escapar y años más tarde fue el cofundador de cierto partido político que desde entonces se proclama heredero de los ideales bolivarianos; el sórdido mercachifle Wenceslao Zuláibar, que de modo indecente y voraz se había lucrado con los «serruchos» del famoso empréstito inglés y que odiaba a muerte a Bolívar por haber sido el insobornable fiscal del turbio negociado. Y unos cuantos más. Pero esos tales no estuvieron ni actuaron solos. A ellos se sumaron hombres puros como Florentino González, y muy en especial el poeta Luis Vargas Tejada, quien actuó cegado por el mito romanticoide de la necesidad impostergable de eliminar al «tirano» y restablecer por ese medio las libertades aherrojadas. Vargas Tejada no perseguía miserables finalidades de beneficio personal, ni manos libres

para el latrocinio. Sólo estaba fanáticamente convencido de que la muerte de Bolívar era la salvación de una democracia que él creía pisoteada por el Libertador. Por eso se convirtió en uno de los miembros más diligentes y activos de ese grupo heterogéneo y por eso puso su casa del santafereño barrio de Santa Bárbara a disposición de los conspiradores para adelantar allí los preparativos del golpe. Y entre tanto, su quehacer de poeta no descansaba para dar ánimo y aliento a sus compañeros de conjura, como lo demuestra la siguiente estrofa, que circuló entre ellos como una especie de himno de combate:

Si a BOLÍVAR la letra con que empieza
y aquella con que acaba le quitamos,
OLIVA, de paz símbolo encontramos.
Esto quiere decir que la cabeza
del tirano y los pies cortar debemos
si es que sólida paz apetecemos.



Luis Vargas Tejada nació en Santafé de Bogotá en 1802. Este poeta y dramaturgo, y de adheala dirigente de conspiradores, apenas llegaba en ese año de 1828 a los veintiséis años de edad. Ya entonces era un profundo conocedor de los clásicos castellanos, leía a los griegos y latinos en sus lenguas originales y dominaba sin dificultades el italiano, el francés, el inglés y el alemán. También había escrito las verbosas tragedias de corte neoclásico *Sugamuxi*, *Aquimín*, *Doraminta*, *Sacresazipa* y *Witikindo*, cuya lectura exigiría hoy la paciencia de algunos pocos eruditos investigadores y maestros de literatura. Fue igualmente autor de un *Monólogo de Catón en Útica*, que es una belicosa requisitoria antibolivariana y que no tardó en ingresar a la antología de los más pesados plomos de nuestra literatura. De modo que el aristocrático y afamado dramaturgo estaba ya condenado a una prematura caducidad cuando una noche, a mediados de 1828, vale decir, faltando muy poco para la fatídica noche septembrina, hubo de cosechar los aplausos reiterados del público bogotano que había colmado nuestro incómodo coliseo para gozar hasta lo indecible con la deliciosa comedia *Las convulsiones*, que Vargas Tejada ofrecía a sus coterráneos como un regocijado paréntesis en medio de la rigidez ampulosa de las ya mencionadas tragedias. Acaso el poeta pensó, mientras su comedia seguía convocando masivamente a los bogotanos, que *Las convulsiones* no era más que una obrilla ligera y menor que había dado en el blanco divirtiendo y haciendo reír a los moradores de esta ciudad tediosa y monacal. Y si ello fue así, no llegó a saber cuán equivocado estaba. Hoy, más de siglo y medio después de su estreno, *Las convulsiones* conserva intactas su virtualidad y su frescura, mientras sus demás obras, como quedó dicho, no tardaron en convertirse en aburridoras piezas de museo

literario.



La temporada de estreno de *Las convulsiones* fue un éxito sin precedentes, pero el dramaturgo no tenía tiempo que perder. En el orden de sus prioridades estaban ante todo los preparativos del «tiranicidio» redentor. Vino el insuceso de la conspiración y la fuga del poeta quien, pensando en la buena estrella que había acompañado a tantos patriotas durante la guerra de la independencia en la ruta del oriente, la siguió sin vacilar. En primera instancia, un amigo suyo le ofreció asilo en su finca, situada en ese rumbo. Pero poco más tarde, sintiendo los pasos de sus perseguidores, Vargas Tejada siguió huyendo, no sin llevar consigo abundante recado de escribir. En el camino halló una caverna donde se sintió más seguro y allí, como los eremitas de la antigüedad, sobrevivió un año en las más duras y penosas circunstancias. Aquel hombre esencialmente urbano en sus hábitos y usos de toda índole, hubo de acostumbrarse a comer amargos frutos silvestres y toda guisa de alimañas, y a ir viendo cómo sus trajes elegantes de ciudad se convertían en un miserable conjunto de andrajos cochambrosos. Y en esas condiciones precarias, casi insostenibles, siguió escribiendo. Y sobrevivió un año. Ya en 1829, sintiéndose más seguro, decidió tomar el rumbo de Cáqueza hacia los Llanos Orientales, con la esperanza de llegar a Venezuela. Se había procurado los servicios de un fiel baquiano que lo guió en las primeras jornadas a través de la llanura y que le agenció cabalgaduras. Pero los ásperos y azarosos senderos de esas inmensidades no son, y menos eran entonces, propicios para hombres de la ciudad, especialmente en cuanto a sus largos trayectos fluviales en las súbitas crecientes, en los rápidos y los feroces ejemplares de su fauna, que no cesan de amenazar sin clemencia aun a los más avezados moradores de aquellas salvajes soledades. No sabemos cuántas leguas alcanzaron a recorrer el poeta y su baquiano. Pero por el aflictivo testimonio de este último, que fue más tarde conocido por don José Joaquín Ortiz, se supo que los viajeros llegaron a las orillas de cierto río que se había tornado particularmente impetuoso por las recientes lluvias. Vargas Tejada, desoyendo las advertencias de su guía, quiso ganar la otra ribera a lomos de su caballo. Pero en la mitad del torrente, este se hizo tan violento que separó al corcel de su jinete. El poeta logró alcanzar una roca que se levantaba en la mitad de la corriente y allí lo vio el atribulado acompañante orando por su salvación. Pero la embestida de las aguas arreció, el río cubrió la piedra y se llevó a la eternidad a este hombre limpio que sólo había llegado a los veintisiete años de su edad y que así moría huyendo de quienes seguramente ya no lo perseguían por haber atentado contra la vida del Libertador.



Luis Vargas Tejada no halló la muerte digna y heroica que puso fin a la vida de Marco Bruto en los campos de Filipos, sino la de un pobre fugitivo inexperto en el difícil arte de vadear ríos traicioneros. Y en vez de la noble y generosa apología de Antonio ante los despojos de Bruto, sólo tal vez alcanzaron a llegarle los gemidos y lamentos de un rústico baquiano.



EL MARISCAL AVANZA TRANQUILO HACIA LA MUERTE

Narra Plutarco en su vida de Cayo Julio César, llegando ya a las postrimerías del grande hombre cuando, en la cumbre de su poder sin límites y su prestigio sin precedentes, se veía rodeado de las asechanzas de malvados y envidiosos y, por lo tanto, de gravísimos peligros y fatídicos augurios:

Instábanle los amigos para que tuviera una guardia, y algunos se ofrecían a ser de ella; pero jamás convino en tal pensamiento, diciendo que más vale morir de una vez que estarlo temiendo siempre.

Encontramos también en Plutarco esta anécdota sobrecogedora:

El día antes [de los *idus* de marzo] lo tuvo a cenar Marco Lépidio, y estando escribiendo unas cartas, como lo tenía de costumbre, recayó la conversación sobre cuál era la mejor muerte; y César, anticipándose a todos, dijo: «La no esperada».

Cuenta también el autor de *Vidas paralelas* que, habiendo César dispuesto el sacrificio de un ave por mano de uno de sus arúspices, «... desapareció el corazón de la víctima, cosa que se tuvo a terrible agüero, porque por naturaleza ningún animal puede existir sin corazón». Ya el propio César había aludido a sus inevitables relaciones con los mensajes que le llegaban por conducto de oráculos y augures con aquellas palabras inmortales: «Yo, que señoreo el Mundo, soy vil esclavo de pájaros y truenos».

Según los relatos de Suetonio y Plutarco, la noche que antecedió al día terrible, Calpurnia, mujer de Julio César, tuvo terroríficos sueños premonitorios sobre la muerte de su esposo. Se dijo también que un cometa raudo había cruzado los cielos de Roma, lo cual puso pavor en el ánimo de la fiel Calpurnia. Quince siglos más tarde, William Shakespeare, apoyándose principalmente en Plutarco, recrearía estos momentos desgarradores en una de las primeras escenas de su soberbio *Julio César*. Calpurnia se opone, apoyada en el cúmulo de presagios, a que César vaya al Senado. Este expresa su decisión irrevocable de marchar. Y viene un dramático cruce de razones entre la mujer y su marido, en los versos soberanos de Shakespeare:

Calpurnia. —When beggars die, there are no comets seen; the heavens themselves blaze forth the death of princes.

Caesar. —Cowards die many times before their deaths; the valiant never taste of death but once.

Así traduce Astrana Marín este diálogo sin par:

Calpurnia. —Cuando muere un mendigo no aparecen cometas. La muerte de los príncipes inflama a los propios cielos.

César. —¡Los cobardes mueren muchas veces antes de expirar! ¡El valiente nunca saborea la muerte sino una sola vez!

Y parte el hombre más poderoso de la antigüedad, desguarnecido e inerme, hacia su cita con la muerte, que parecería estar ejerciendo sobre él una atracción magnética e irresistible. Ya a esta sazón, han abundado los pronósticos mortales sobre los *idus* de marzo. Y en camino hacia el Capitolio, César hace burla de uno de los agoreros, que aparece frente a él, diciéndole: «Ya llegaron los idus de marzo». A lo que el arúspice responde sin vacilar: «Han llegado, sí, pero no han pasado». Hace más de dos mil años que la humanidad conoce y llora el resto de esta historia: la tormenta de puñales sobre este cuerpo al que solamente protegía una toga, poniendo fin a la vida del valiente que sólo en ese momento paladeaba el gusto acre de la muerte.



Profusamente circularon en el siglo XVI español los versos que en diferentes formas hacían referencia a la muerte alevosa y traicionera que dio un grupo de malandrines a don Juan de Vivero, hidalgo de nobles ejecutorias oriundo de Olmedo, cuando se dirigía hacia su villa natal desde Medina del Campo en horas de la noche. La caterva de asesinos estaba inspirada por un tal Miguel Ruiz, también olmedano, que odiaba a don Juan por ruines motivos de envidia. Dice una crónica de la época, fechada en 1521, que «... el dicho Miguel Ruiz le dio una gran lanzada al dicho don Juan, de que le quedó el hierro en el cuerpo y murió de ello casi súbitamente». Pero más que las relaciones de archivo, fue la poesía anónima y popular el medio por el cual se perpetuó la historia, luego saturada de leyenda, de la trágica muerte del caballero de Olmedo:

Y en el camino de Olmedo
seis envidiosos le aguardan;
salen de un bosque embozados
y atraviésanle una lanza.
Vuelve el escudero triste,
lleno de mortales ansias,
a Medina con la nueva
y así le dice a su dama:
«Esta noche le mataron
al Caballero
la gala de Medina,
la flor de Olmedo».

Ecos le avisaron
que no saliese
y le aconsejaron

que no se fuese,
al Caballero,
para que entre las sombras
no se perdiese
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.



Un siglo más tarde, el genio de Lope de Vega tomó la leyenda del Caballero de Olmedo para crear una de las obras maestras de su vasta producción dramática. Pero lo que más importa destacar en este capítulo es la impavidez con que el Caballero emprendió su último viaje desoyendo avisos, advertencias y sombrías premoniciones que le indicaban la magnitud de los peligros que se cernían sobre él a lo largo del camino entre las dos villas mencionadas. Como Cayo Julio César, acaso había renunciado a experimentar las mil muertes del cobarde para padecer la única y definitiva que espera a los valientes. Por eso marchó a su encuentro casi alegremente.



Damos ahora un largo salto al siglo xx y al México azaroso de los años revolucionarios. Exactamente al año de 1919. Estamos en el sur del país, al lado del legendario general Emiliano Zapata, sin duda posible el personaje más puro, diáfano y valeroso que produjo la Revolución Mexicana. Ocupaba la presidencia Venustiano Carranza, que aborrecía a Zapata y había traicionado los ideales agraristas del caudillo morelense. El vil expediente de ponerle precio a su cabeza fue un fracaso rotundo, pues no había en todo el estado de Morelos y sus contornos un solo campesino capaz de vender a su adalid por todo el oro del Universo. Entonces, la imaginación de los asesinos se vio precisada a urdir toda una cadena de estratagemas mucho más pérfidas y refinadas que condujeron a ponerle una cita al héroe en una hacienda, donde el coronel Jesús Guajardo se pasaría a sus filas con un fuerte contingente de soldados. Zapata hubiera podido concurrir al encuentro provisto de una poderosa escolta de leales. Varios de sus amigos le rogaron hacerlo. Se negó enfáticamente por juzgarlo un acto de cobardía. Otros le insistieron en que no acudiera a la cita por parecerles sospechosa en grado sumo. A ellos se unió su esposa, quien se lo suplicó bañada en lágrimas como siglos antes lo hiciera Calpurnia ante César. Pero él a nadie oyó, y despreciando tanto las admoniciones de sus fieles compañeros como los lloros de su mujer, partió al galope de su caballo Relámpago y llegó a la hacienda donde lo esperaba Guajardo, que lo recibió con el beso de

Iscariote en ambas mejillas. Pasaron dos o tres minutos que fueron como siglos. Guajardo y sus compinches se pusieron velozmente a salvo, y más de treinta matarifes que estaban parapetados en los techos vecinos, abrieron fuego sobre Zapata. La primera ráfaga hubiera bastado y sobrado para aniquilarlo. Pero los sicarios quisieron asegurarse, y mientras el cuerpo del héroe ya difunto se contorsionaba por la fuerza de los proyectiles, ellos siguieron disparando hasta agotar las cargas. El general Emiliano Zapata había marchado al encuentro de la muerte virtualmente inerme. En su orfandad irremediable, Relámpago se dio a trotar sin consuelo por los campos de Morelos. Pero en las noches de luna, durante años, fueron muchos los campesinos de Morelos que lo vieron correr con el garbo y la altivez de siempre, y con su inseparable jinete firme y enhiesto sobre el lomo.



Vamos ahora a avanzar unos años más en el siglo xx, y a dejar por un momento la compañía de hombres grandes y de héroes para entrar en la de uno de los personajes más abominables que es posible conocer e imaginar, pero que curiosamente cabe en este recuento por haber sido de aquellos que han marchado con la frente en alto hacia el fin de su vida. La muerte del sátrapa dominicano, conocido en su tiempo como el Generalísimo, Benefactor y Padre de la Nueva Patria Dominicana, tendría que haber sido la que toca a las ratas o a las cucarachas. Pero no fue así.

Llegado al trigésimo primer año de su crudelísima dictadura, Rafael Leonidas Trujillo y Molina había llegado a convertirse en el leproso de la comunidad internacional. Sus patrocinadores de Washington le habían retirado todo apoyo, especialmente por su intento de asesinar al presidente venezolano Rómulo Betancur, y lo urgían para que abandonase el poder. Había dejado de ser *our son of a bitch*. Ante este cúmulo de circunstancias adversas, sus validos y palaciegos comenzaron a darle voces de alerta. Le insistían especialmente para que extremara las precauciones y multiplicara su guardia personal. A nadie quiso oír. A unos respondía que ningún dominicano alzaría jamás la mano contra él. A otros, que cuando la muerte llegara, sería inútil tratar de eludirla. Y no modificó su conducta. Ya había alcanzado los setenta años y seguía siendo el gran chingón. En San Cristóbal, población vecina a la capital, tenía una casa —la Casa de los Caobos— donde solía citar a sus barraganas para ayuntarse con ellas mostrando los bríos y el ímpetu de un semental. Y en la noche del 30 de abril de 1961, a bordo de un automóvil sin blindaje emprendió viaje hacia San Cristóbal por el malecón de la entonces aún llamada Ciudad Trujillo. Llevaba por sola compañía un chofer que portaba una pistola. Él llevaba consigo otra. Y en un recodo de la vía, el auto de Trujillo fue bloqueado por otros dos de donde descendieron por lo menos diez hombres armados de metralletas. El dictador y su chofer se bajaron a dar la batalla

pero no tardaron en sucumbir. La CIA sabe cómo hace sus cosas.

El Generalísimo Trujillo había acudido puntualmente a su cita con la muerte. Quince años más tarde, en humildes chozas del campo dominicano, se veían fotos, dibujos e iconos de Trujillo iluminados por cirios y velones que nunca se apagaban. Los rústicos juraban que el «Jefe» se había ido de viaje, pero que pronto regresaría para vengarse de sus enemigos.



El trágico final del «Benefactor» Trujillo es una extrañísima, una increíble paradoja. Acudió a su cita con la muerte como un valiente. Trujillo fue uno de los más repulsivos chacales que han asumido la morfología humana a través de los siglos y como tal habría debido sufrir la muerte que suelen tener las fieras de su especie. Pero por un soberano designio de su voluntad protagonizó su propio fin con nobleza y dignidad. Inverosímil pero cierto. Sin embargo, mal haríamos en cerrar este inventario de hombres que han marchado al encuentro de su propia muerte con la de este vituperable carnicero, y más si se tiene en cuenta que todo este repertorio es el prefacio a la muerte de uno de los varones más puros y egregios que registra la historia americana. En consecuencia, vamos a dar un salto sobre el Atlántico y otro hacia atrás en el tiempo para rememorar las vidas de dos hombres grandes que estuvieron entrañablemente ligados por una amistad fraterna y por trágicos destinos muy similares entre sí en la España agónica de los años treinta. Nos referimos a Ignacio Sánchez Mejías y a su amigo e incomparable cantor elegíaco Federico García Lorca.



Ignacio Sánchez Mejías nació en Sevilla en 1891. Fue un torero atípico, pues era de clase alta y llegó a poseer una extraordinaria cultura intelectual que le valió la amistad de muchos de los grandes poetas y escritores de ese nuevo siglo de oro español que segó de un tajo la barbarie franquista. Jorge Guillén, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Ramón del Valle-Inclán y, por su puesto, Federico García Lorca, se contaron entre sus más íntimos amigos. Pero no por atípico en su linaje y su cultura intelectual, puede decirse que Sánchez Mejías fue un matador mediano. Por el contrario, figura con plena justicia entre los grandes de la tauromaquia en este siglo, al lado de Joselito, de Belmonte, de Bienvenida, de Gaona, de Ortega y de tantos otros. Pero en 1927, aquel año cenital del centenario de Góngora, el extraordinario

lidiador de toros decidió imprimirle un viraje radical a su vida y quehaceres. Habiendo ya cosechado glorias y triunfos a manos llenas en todos los ruedos de España, sintió que la vocación literaria lo llamaba con fuerza inexorable. Ya entonces frisaba los treinta y seis años y además, aunque se hallaba en la plenitud de sus facultades taurinas, comprendía que tal vez no estaba lejano el día en que comenzaría a declinar la perfección de la agilidad y los reflejos que, si bien no garantizan del todo, sí disminuyen sensiblemente los graves riesgos que acechan a los matadores desde que se enfrentan a sus enemigos. Su ingreso al mundo de las letras fue apoteósico gracias al estreno de *La sin razón*, un drama que venía cocinando y sazizando desde años atrás y que al llegar al público en los teatros españoles fue un éxito arrollador. Pasó, sin embargo, algún tiempo, y luego de doblar la esquina de los cuarenta años, Sánchez Mejías anunció al más cercano grupo de sus amigos que había tomado la decisión de vestir de nuevo el traje de luces y empuñar banderillas, capotes, muletas y estoques. El coro de súplicas para que desistiera de su resolución fue perentorio y unánime. Pero a la vez fue inútil. Ignacio les anunció que su determinación era irrevocable y que sólo esperaba perder los quince kilos que a la sazón lo distanciaban del traje de luces para volver a pisar las arenas. García Lorca, con aquel mágico sentido de la premonición que fue uno de sus rasgos más asombrosos, dijo a su amiga Pura Ucelay:

—Ignacio acaba de anunciarme su propia muerte. Vuelve a los toros.

Era el año de 1934 y el diestro había llegado a los cuarenta y tres; a la edad en que todos los toreros comienzan a pensar seriamente en su retiro. Pero eso a Ignacio no lo preocupaba. Toda su atención obsesiva apuntaba hacia los toros que parecían haberse concertado para llamarlo con apremio desde todos los circos de España. Fue así como, ya perdido el lastre de los quince kilos a fuerza de ayunos inclementes, Sánchez Mejías volvió a su querencia fatal. La plaza de Santander fue el escenario de ese retorno que, por una paradoja cruel, resultó fatídico. El domingo 5 de agosto de 1934, el alguacil de rigor precedió en el ruedo al torero que regresaba, y que lo hacía junto con Victoriano de la Serna y Félix Colomo. Y decimos que este retorno fue fatídico porque esa tarde Sánchez Mejías lidió y mató como nunca, consagrando aquella fecha como inolvidable en los anales de la tauromaquia. Le tocaron en suerte dos toros monumentales, feroces y de excelente casta con los cuales realizó faenas que electrizaron al público. Ambos recibieron estocadas que los dejaron fulminados en el acto. Sonriendo ante el delirio de los aficionados y la lluvia de claveles, Ignacio acaso pensara en medio de la apoteosis y con algo o mucho de desdén en los negros presagios de sus amigos. Antes de concurrir a un banquete que se sirvió en su honor, el torero, que esa tarde había lidiado como nunca, anunció por teléfono a una querida amiga suya:

—Tengo todavía tres contratos: mañana en La Coruña, el 10 en Huesca y el 12 en

Pontevedra. En seguida renunciaré en forma definitiva a los toros.

Pero su destino fatal no tardó en atravesarse en medio de este programa. El 10 de agosto, luego de la corrida de Huesca, que también fue imponente, recibió un telegrama de Domingo Ortega en el que le solicitaba, por hallarse levemente herido, que lo remplazara en una lidia que tenía acordada en Manzanares el día siguiente. En principio, Ignacio se negó. Pero un aliado involuntario de su destino aciago lo puso en el camino de la muerte con estas palabras:

—La herida que recibió Ortega es casi un rasguño y por lo tanto no lo inhabilita para torear. ¡Lo que está haciendo es lanzándote un desafío!

Sánchez Mejías se sintió tocado en forma instantánea y dolorosa en lo más profundo y sensible de su honor de torero y de varón y sin vacilar anunció que viajaría a Manzanares a sustituir a Ortega. Sus compañeros en el paseíllo fueron Armillita y Corrochano II. Había participado en el sorteo y había sacado las papeletas de los toros que le corresponderían. El segundo se llamaba Granadino. Lidió y mató el primero con maestría. Luego salió Granadino, que era todo un coloso y con el cual Ignacio extremó sus prodigios de audacia y de valor, el más escalofriante de los cuales era el de citar a su enemigo con la muleta sentado en el estribo de la barrera. Y fue en uno de esos lances cuando Granadino lo empitonó por la ingle hasta llegar con la punta homicida al vientre. En Manzanares le brindaron los primeros auxilios y lo llevaron en ambulancia a Madrid, donde al cabo de dos días y noches de agonía tenaz, le llegó el sosiego de la muerte. Agobiado por el dolor que le causaba esta tragedia presentida, Federico García Lorca se sentaba a escribir su *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, sin duda la más grandiosa elegía compuesta en castellano después de las *Coplas* de Jorge Manrique:

Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura.
Los que doman caballos y dominan los ríos:
los hombres que les suena el esqueleto y cantan
con una boca llena de sol y pedernales.

Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra.
Delante de ese cuerpo con las riendas quebradas.
Yo quiero que me enseñen dónde está la salida
para este capitán atado por la muerte.

Yo quiero que me enseñen un llanto como un río
que tenga dulces nieblas y profundas orillas,
para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda
sin escuchar el doble resuello de los toros.

Que se pierda en la plaza redonda de la luna
que finge cuando niña doliente res inmóvil;
que se pierda en la noche sin canto de los peces
y en la maleza blanca del humo congelado.

No quiero que le tapen la cara con pañuelos
para que se acostumbre con la muerte que lleva.
Vete, Ignacio: no sientas el caliente bramido.
Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!

Y mientras el poeta genial tallaba en la soledad de alguna habitación esta elegía portentosa, las gentes anónimas, las mismas voces sin nombre que siglos atrás compusieron la sobrecogedora polifonía del Romancero español, lloraban al torero en coplas tan bellas como estas:

Estrellitas de la noche,
dejadme pasar el puente,
que quiero ver a mi Ignacio
que está de cuerpo presente.

Quizás «la apetencia de muerte» que condujo a Ignacio hacia su fin con los ojos bien abiertos y con la roja muleta en la diestra, lo libró de haberla encontrado, como le acaeció al poeta que lo lloró en versos inmortales, a manos de alguna sucia pandilla de sicarios fascistas.



La última reunión que tuvo Federico García Lorca con un grupo de amigos fue la que celebró en Madrid el 15 de julio de 1936 para leerles *La casa de Bernarda Alba*, su obra maestra y una de las cumbres del teatro español. Entre ellos se encontraban Pedro Salinas y Jorge Guillén. A esta sazón, la presencia inminente de las hordas salvajes procedentes de África se hacía sentir en forma cada minuto más aterradora. Al día siguiente, Federico hizo saber a sus amigos su determinación de viajar a Granada. Todos dieron un salto simultáneo para cerrarle el paso. Lo que iba a hacer era un acto de locura suicida. Los militares fascistas y sus esbirros lo conocían bien y tenían minuciosa noticia de sus actividades políticas que, aunque ocasionales, no habían dejado duda posible sobre su solidaridad irrestricta con la causa de los pobres y de los oprimidos y su repudio a la amenaza fascista en todas sus manifestaciones. Además, faltando casi horas para la insurrección franquista, que era un secreto a voces, no había quién no viera claro que la región que corría el mayor peligro era Andalucía. Sobre Federico cayó una amorosa borrasca de razones, consejos y, desde luego, súplicas. En esos momentos tenía en el bolsillo una invitación para viajar a México a dictar conferencias, leer sus poemas y dirigir la representación de algunos de sus dramas. Sólo tenía que confirmar la fecha del viaje. Podía marcharse a Argentina, a Cuba, a Francia, a Inglaterra. Su prestigio, ya universal, le abría todas las puertas de par en par. Nada valió. Mostrando una tozudez irracional, el poeta insistía en que ningún lugar del mundo le ofrecía la seguridad que le brindaba el

hogar paterno en su Granada nativa. Lo que sus amigos experimentaban no era una premonición mágica. Era la certidumbre lacerante de que Federico marchaba con los ojos abiertos hacia una muerte atroz. Por eso algunos de ellos fueron con él a la estación ferroviaria de Atocha, guardando aún la esperanza de disuadirlo de su viaje al reino de las sombras. Lo único que les faltó fue traerlo a Madrid por la fuerza. Cuentan algunos de los que vivieron esos momentos conmovedores que Federico, con los ojos extraviados, como si ya apuntaran hacia el más allá, parecía no escucharlos. Se subió a su vagón, arrancó el tren y las últimas palabras que le llegaron desde el andén fueron las de los amigos que le suplicaban devolverse de alguna de las estaciones próximas. La «apetencia de muerte» que había conducido a Ignacio hacia los pitones homicidas de Granadino empujaba ahora a Federico a enfrentarse, débil e inerte como siempre, a las armas de los carniceros fascistas. El resto de la historia es bien conocido. Es el vituperable, el cobarde asesinato de Federico cuando amanecía el 19 de agosto de 1936 en los campos de Viznar. Parfraseando al propio poeta, «así que pasen mil años», no hay ni habrá ser humano de alma limpia que no lo llore sin consuelo todas las veces que lo evoque.



Y ahora, a nuestro personaje. Pensamos que ha sido pertinente, y con seguridad conmovedora, esta relación de hombres de todos los tiempos que han avanzado con paso firme al encuentro con una muerte a la que habrían podido escapar pero que no eludieron, como si los atrajera con un magnetismo irresistible. Desde Julio César hasta nuestros días estos casos se siguen repitiendo con una regularidad que sobrecoge. Y uno de ellos, trágicamente ligado a nuestro fatal destino histórico, es el del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, cuando a mediados de 1830 se sintió llamado a cumplir la misión excelsa de salvar, al menos en parte, la integridad de la Gran Colombia, ya desgarrada en Venezuela por la felonía de Páez y próxima a sufrir otra fatal desmembración en el sur a manos del otro Judas, vale decir, del oscuro espadón Juan José Flores. Era el mes de mayo de ese año. El mismo mes cuyo octavo día había sido testigo de la triste partida del Libertador hacia el destierro en medio de los baldones de la canalla bogotana. Poco después organizó Sucre su partida hacia el sur. Tenía una prisa angustiosa de llegar cuanto antes a Quito y según sus cálculos la ruta más expedita era la de Neiva-Popayán-Pasto-Quito. Veía como irremediable el infame zarpazo de Páez pero albergaba esperanzas respecto a Quito. Sin embargo, tales esperanzas parecían alejarse y evaporarse en la medida en que se dilataba el viaje. El presidente Domingo Caicedo quiso prevenirlo sobre los peligros que ofrecía esta ruta y le insistió para que, partiendo del Valle del Cauca, se desviara hacia el puerto de Buenaventura y embarcase allí con destino a Guayaquil. Pero esta alternativa fue rechazada por Sucre dada la incertidumbre sobre

la fecha en que podría conseguir un navío disponible en Buenaventura con rumbo al sur. Y había otra que al mariscal pareció impensable. Era la de bajar por el Magdalena, embarcarse en Cartagena de Indias, llegar a Colón, atravesar el istmo en mulas, volver a embarcarse en Panamá, arribar a Guayaquil y emprender el ascenso a Quito. Esta ruta era, con amplia ventaja, muchas veces más larga que las anteriores. De modo que en cuanto a rapidez, era inobjetable que la más corta era la terrestre que había elegido Sucre. ¿Y los riesgos? Ya los historiadores coinciden en que los planes de los asesinos habían establecido sus ramificaciones a lo largo de las tres posibles rutas, sin excluir la de Panamá. De ahí la dramática conclusión del historiador Alfonso Rumazo González: «Sucre era un condenado a muerte, tomase la ruta que tomase». Sin embargo, una cosa es condenar a muerte a un hombre y otra que se ejecute la sentencia. Por ello tornamos a encontrar en este caso el espectro de la lorquiana «apetencia de muerte» que recorre nuestra crónica desde los *idus* de marzo hasta el siglo xx. El Mariscal de Ayacucho habría preferido morir antes que no emprender este viaje que lo conduciría a la más gloriosa y fecunda jornada de su vida: la salvación parcial de la Gran Colombia. Pero lo que omitió —y aquí entramos en el reino caliginoso del misterio— fue haberse procurado una fuerte guardia personal que lo hubiese rodeado y custodiado hasta dejarlo en su casa de Quito. Pero él ni contempló esa posibilidad. La caravana con que salió de Bogotá se componía de un inofensivo diputado por Cuenca, un sargento de caballería, un negro manumiso y dos arrieros que conducían las bestias de carga. Es claro que el mariscal Sucre habría podido contar con la cantidad de veteranos bien armados que hubiera querido tener a su disposición. Y no es menos claro que esos soldados habrían alejado hasta el máximo la posibilidad de un atentado criminal. Pero el héroe de Ayacucho marchaba hacia la muerte como los valientes de que hablaba César al despedirse para siempre de Calpurnia. Y la cita se cumplió en la negra espesura de Berruecos donde al lado del cuerpo inerte de Sucre quedaban tendidos los últimos jirones del sueño bolivariano de una Colombia grande, unida y poderosa. Más apercebidos contra sus enemigos habían estado César en el Senado romano o el Caballero de Olmedo en la noche tenebrosa de su fenecimiento, que el invicto debelador del Imperio español en Ayacucho abandonado a su suerte aciaga en el siniestro paraje en que los asesinos tuvieron manos libres porque no hubo un brazo armado para guarecer la vida de quien, hasta ese terrible 4 de junio de 1830, encarnaba la última esperanza para la Gran Colombia de Bolívar.



CAPÍTULO VI

UN POETA CON MALA PUNTERÍA

Finalizando la década de los setenta del siglo XIX Bogotá era una ciudad estrictamente biétnica, como lo había sido desde su fundación, y como siguió siéndolo hasta bien avanzado el siglo XX. Había una aristocracia reinante cuyo sello más destacado era la blancura láctea de la piel, ya que entonces se desconocían, y de conocerlos se habrían menospreciado, los encantos de la epidermis bronceada por la que suspiran las mujeres de hogaño. Era gente de estirpe española en su mayoría, con algunas contadas vertientes inglesas y francesas habidas de la guerra emancipadora. Hacia abajo venían los mestizos hispanomuscas y en la base de la pirámide estaban los indígenas puros, que desempeñaban los oficios más humildes en las casas urbanas y en las haciendas. Los negros no eran totalmente desconocidos, puesto que antes de la manumisión de 1851, hubo siempre en Bogotá una reducida población esclava compuesta casi en su totalidad por mujeres que ejercían quehaceres domésticos. Pero en verdad la raza negra era en estas alturas una especie exótica, hasta el punto de que el vulgo creía con firmeza que los negros desteñían con sólo pasarles un dedo por la epidermis.



Fue por esa época —es decir, hacia 1880— cuando hizo su aparición en Bogotá un personaje totalmente insólito. Era un negrazo membrudo y descomunal que llamó la atención, ante todo por su color, pero también por su casi impecable corrección en el vestir. En efecto, su atavío oscilaba entre el negro y el gris de los cachacos bogotanos y ostentaba siempre el sombrero de copa larga o el bombín, las levitas de corte perfecto, los cuellos de pajarita y los botines de charol. Pero además de sus modales de fina urbanidad, el negro, que correspondía al nombre de Candelario Obeso, traía consigo una credencial de incalculable valor para presentar en esta capital, a la que le faltaban más o menos cien años antes de convertirse en el horrendo monipodio de guaches y maleantes que vivimos hoy: era poeta y ello le abrió de inmediato las puertas de la Gruta Simbólica y de todas las tertulias y salones en que los temas literarios no habían cedido aún el terreno a las discusiones sobre las más eficaces estrategias del prevaricato y del cohecho.



Lamentablemente, el beneplácito de la cordialidad con que lo acogió la capital de Colombia en sus estratos más altos se vio pronto ensombrecido por la fatalidad. Acaeció que en alguna de las numerosas reuniones de escritores y poetas a que era invitado con frecuencia, Obeso conoció a una bellísima bogotana de cabellera muy rubia y ojos zarcos que lo dejó enloquecido de amor en el acto. A partir de esa noche, la febril imaginación del poeta momposino comenzó a trabajar sin reposo en torno a la fantasía obsesiva de revivir en Bogotá el amor apasionado de Otelo y Desdémona, por supuesto sin la escena del estrangulamiento final. Al principio lo invadió un optimismo desbordante: la fuerza incontrastable de sus poemas obraría a manera de mágico puente sobre el abismo de la diferencia racial. Y puso manos a la obra. La divina rubia empezó a recibir en su casa del barrio de la Catedral, uno tras otro, los sobres que contenían los madrigales, las endechas, las octavas reales y las décimas en que el poeta de altísima pigmentación celebraba su belleza y le declaraba su amor enloquecido. La respuesta de la beldad no pudo ser más cruel. Devolvió a Candelario los poemas hechos añicos y en una esquela de su puño y letra lo requirió para que dejara de importunarla con sus sandeces. La reacción del poeta fue inmediata y desesperada: se sumergió en el alcohol, dejó de asistir a las tertulias y sus amigos comenzaron a verlo deambular por las calles en los más deplorables extremos de embriaguez, sucio y desgredado y, como si fuera poco todo ello, provocando pendencias con los pacíficos viandantes, como consecuencia de lo cual hubo de ser encarcelado varias veces.



Un triste día las tribulaciones del negro llegaron al clímax cuando se enteró de que la bella, su Desdémona imposible, había celebrado esponsales con un apuesto y acaudalado cachaco y que, durante la ceremonia, la pareja había fijado la fecha de la boda, la cual tendría lugar en una tradicional hacienda sabanera. La congoja de Candelario llegó a extremos demenciales. Ya para entonces sólo suspendía las bebezonas cuando caía temporalmente abatido por las cataratas de aguardiente, que a veces mezclaba con chicha para lograr efectos más rápidos y contundentes. Por aquellos días se hizo inminente la proximidad de la tragedia. Llegó la fecha del compromiso y Candelario no pudo más con el peso de la vida. Tomó una pistola y se disparó un balazo en el pecho. No murió en el acto, lo cual dio tiempo a algunos fieles amigos de acudir llevándole un médico, quien luego de una somera revisión dictaminó que el fin estaba cerca. Fue requerida entonces la presencia de un

sacerdote, a quien los amigos de Obeso engañaron piadosamente, dada la circunstancia de que eran aquellos tiempos en que la absolución para un suicida era virtualmente inalcanzable. En consecuencia, los leales compañeros del poeta agonizante informaron al cura que Candelario se había disparado involuntariamente una bala mientras hacía prácticas de tiro en un solar cercano. Parece que el buen sacerdote no se tragó el cuento muy entero, puesto que al llegar al lecho del poeta le hizo preguntas muy concretas sobre las circunstancias del accidente. Y fue ese el momento grandioso en que este triste moribundo tuvo bríos para mamarle gallo a la muerte con estas palabras inmortales que con voz desfallecida y ya casi inaudible, dijo a su confesor:

—Es verdad lo que mis amigos le dijeron, padre. Lo que pasa es que yo tengo pésima puntería. Le tiré al blanco y le pegué al negro.

Segundos después, se hundió en el sosiego definitivo de la muerte.



EL GRAN GENERAL GANA EN COCONUCO SUS ÚLTIMAS BATALLAS

Había terminado la guerra civil de 1876-1877 con el triunfo del gobierno liberal sobre el alzamiento clerical-conservador. Mostrando una magnanimidad y una capacidad de perdón ciertamente ejemplares, el Gran General Tomás Cipriano de Mosquera olvidó la inicua felonía de los mandarines radicales que lo derrocaron en 1867 y lo desterraron de su patria, y les dio sabios consejos e indicaciones estratégicas que no poco contribuyeron a la victoria de la legitimidad sobre la insurrección de los carlistas criollos. Una vez consumado el triunfo, el invicto guerrero y avezado estadista, que ya llegaba a los ochenta años de su gloriosa vida, se sintió atraído por la querencia de su solar nativo, pensando sin duda alguna que el fin no estaba remoto y por lo tanto no debería sorprenderlo muy lejos de Popayán y de sus contornos paradisíacos. Pero tampoco tenía demasiada prisa. Viajó a Honda y allí abordó uno de aquellos vapores que eran una de las más valiosas herencias de su genio de gobernante. De Cartagena se trasladó a Panamá, donde pasó varios meses de descanso. Y no vaya a pensarse que esa temporada era el reposo obligado de un hombre valetudinario. Fue ante todo una jubilosa luna de miel, puesto que el viejo luchador no había mermado en sus arrestos viriles, hasta el punto de que durante ese período, en agosto de 1877, su esposa, doña María Ignacia Arboleda, concibió un nuevo hijo del Gran General, el que nacería el 2 de junio de 1878 en Popayán, y recibiría en la pila el nombre de José Bolívar, en homenaje al Libertador, hacia quien Mosquera profesó una lealtad que jamás conoció eclipses ni variaciones.



Era el mes de enero de 1878 cuando el Gran General llegó, junto con su señora que ya estaba grávida, a Buenaventura, de donde siguió a Cali para dirigirse a Popayán. Allí llegó en marzo y de inmediato se desplazó a su hacienda de Coconuco, situada en uno de los parajes más bellos y apacibles que es posible imaginar. Los meses que siguieron fueron tranquilos, pero ya la salud declinaba, tanto en el cuerpo como en la mente. En ocasiones vestía sus más brillantes uniformes militares: rojas casacas con pecheras bordadas en filigrana; pantalones blancos y botas negras y lustrosas. Se ceñía el tahalí con la espada de más refulgente empuñadura y hacía que sus peones y espoliques lo ayudasen a montar en alguno de sus caballos predilectos, no sin antes cubrir su cabeza ya blanca con el bicornio de Campo Amalia y de Cuaspud. Subía

entonces a cualquiera de las colinas que rodean la casona y desde allí dirigía combates encarnizados que hacían recordar el que libró el Ingenioso Hidalgo contra las huestes de carneros que una vez se le cruzaron por los caminos de La Mancha. Sus voces de mando eran perentorias y concretas; sus órdenes precisas. Acaso en alguna de aquellas oportunidades lanzó sus contingentes espectrales contra las legiones de godos a las que siempre derrotó; quizás en otra hizo frente con el mejor suceso a los invasores ecuatorianos; posiblemente en otra se remontó más en la corriente del tiempo y avanzó contra la horda realista del guerrillero Agualongo; a lo mejor unas cuantas de estas batallas intangibles fueron libradas contra aguerridos escuadrones de curas y prelados que, encabezados por el propio Pío Nono, se lanzaban a una guerra sin cuartel contra el hereje que había puesto sus manos sacrilegas sobre el patrimonio de la Santa Iglesia. Luego, concluidos los combates y vencidos y ya en desbandada sus adversarios, el invencible gladiador deponía transitoriamente las armas y tornaba al abrigo de la casa, donde departía cordialmente con arrendatarios y labriegos y jugaba largas partidas de tresillo con parientes y amigos que lo rodeaban con afecto.

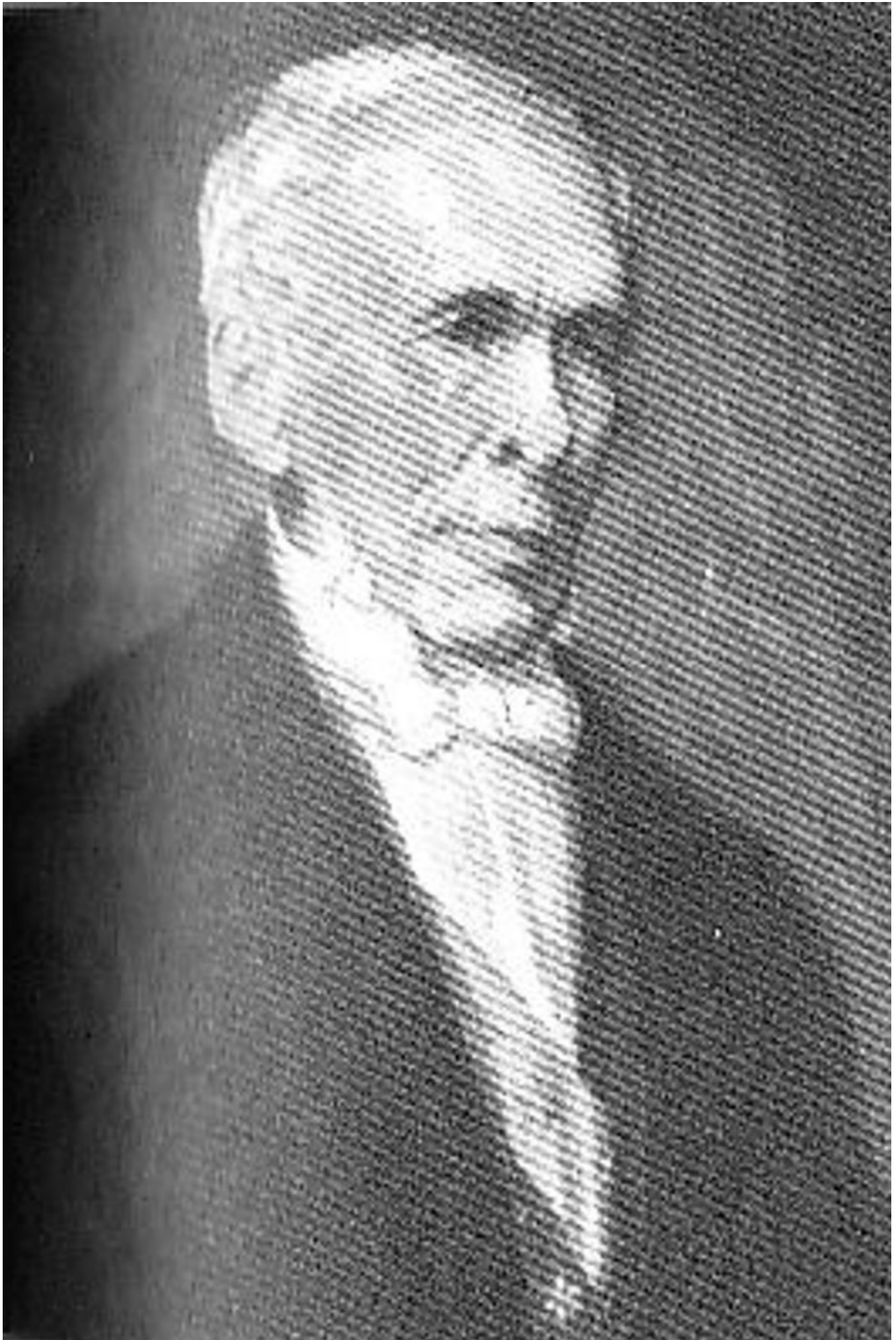


Un buen día fue ostensible que el bravo guerrero de las montañuelas de Coconuco había desistido de seguir dando batallas contra los fieros enemigos que había venido forjando sin reposo la fragua de su potente imaginación. De las colinas circundantes desaparecieron godos, obispos, curas e invasores extranjeros. No volvió a salir de la casa y el colapso de la salud se hizo patente. Entonces, el cristiano viejo que había descubierto la luz terrenal en la legendaria Calle de la Pamba, hizo las paces con el revolucionario de las manos muertas y, sin abdicar de sus principios medulares, seguramente convencido de que el reino de Cristo no es de este mundo, comenzó a ocuparse, como Carlos V en Yuste, «del grave negocio de la salvación del alma». Y fue esta situación la que dio lugar a la frase canallesca de algún encumbrado senescal conservador, que dijo entonces:

—Con tal de que se muera, aunque se salve.

Aproximándose el mes de octubre de 1878 el declive fue notorio. El día 6, los parientes, amigos y servidores que lo rodeaban se sintieron poseídos de una intensa congoja al ver cómo el glorioso octogenario mostraba en su rostro una melancolía desoladora. En la mañana del 7 le sobrevino un derrame cerebral. El médico José María Iragorri, que había estado asistiéndolo, declaró que ya nada había que hacer. En las horas de la tarde expiró apaciblemente. Había muerto el más grande de todos los colombianos de la era republicana, partiendo de esta vida sin tener tiempo —por

suerte para él— de ver cómo la teocracia cavernaria que él había derrocado se convertía en un superestado prepotente, cómo la Iglesia recuperaba, con la voracidad que viene después de los largos ayunos, todos los privilegios que él había arrebatado para bien de la Nación, y cómo el Nuncio Apostólico pasaba a asumir, con la anuencia del Estado, las funciones de un procónsul intransigente y tiránico.



EL INDOMABLE PRESIDENTE ZADÚA

Durante el bienio del presidente Julián Trujillo (1878-1880) el primer mandatario tuvo y expresó la idea de prorrogar el período presidencial absurdamente reducido a dos años por la Constitución de Rionegro. Lógicamente el más interesado en la realización de esta iniciativa fue el doctor Rafael Núñez, quien sucedió a Trujillo en la primera magistratura en 1880. Sin embargo, surgieron las inevitables dificultades por parte de la intransigencia radical y el proyecto se vio empantanado. Entonces Núñez, que en defecto de la prórroga presidencial, estaba aspirando a la reelección en 1884, creyó encontrar una amplia solución a sus designios moviendo todos sus resortes y palancas para conseguir la elección del doctor Francisco Javier Zaldúa en 1882. Zaldúa a estas alturas ya estaba octogenario y achacoso debido a lo cual Núñez estimó que el anciano sería un instrumento fácil de sus designios durante el período 1882-1884. Pero no bien se había posesionado el presidente Zaldúa cuando Núñez tuvo que empezar a tragarse la atrabilis de la derrota. Este diestro veterano jugador de ajedrez político se había equivocado en las jugadas decisivas. Fue entonces cuando Núñez emprendió la guerra a muerte contra el presidente valiéndose con evidente mala fe de todos los instrumentos que la Carta de Rionegro ponía en manos del Congreso para inmovilizar al jefe del poder ejecutivo y que él venía combatiendo con justas y brillantes razones desde que empezó a predicar la necesidad imperiosa de una reforma política. Mostrando su nunca desmentida habilidad en los más turbios juegos de la política, Núñez logró conformar en el Congreso un bloque capaz de reducir a la impotencia en cualquier momento al presidente Zaldúa. Para citar un solo ejemplo, la Constitución vigente ponía en manos del parlamento la potestad de aceptar o vetar los nombramientos que hiciera el Ejecutivo, de ministros o de agentes diplomáticos. Núñez y sus conmlitones no tardaron en abrir fuegos bloqueando la designación de varios ministros, entorpeciendo las iniciativas presidenciales tendientes a aliviar la crisis fiscal e inclusive sembrando pérfidas semillas de rebeldía en el ejército. Por supuesto, todo lo que perseguía Núñez con estas maniobras inicuas era lograr la renuncia presidencial con el fin de ocupar él mismo dicho cargo en su calidad de primer designado. Y llegó la culminación a la que estaba encaminada sin remedio esta cadena de iniquidades. Los continuos disgustos a que venía sometido el presidente Zaldúa con motivo de la guerra injusta y arbitraria que le había declarado Núñez, siguieron minando aceleradamente su salud hasta el punto de que el presidente se vio obligado a solicitar al Congreso licencia para ejercer el poder desde alguna población vecina a Bogotá cuyo clima y altura ayudaran al mejor funcionamiento de su fatigado corazón. Como era costumbre en Bogotá desde

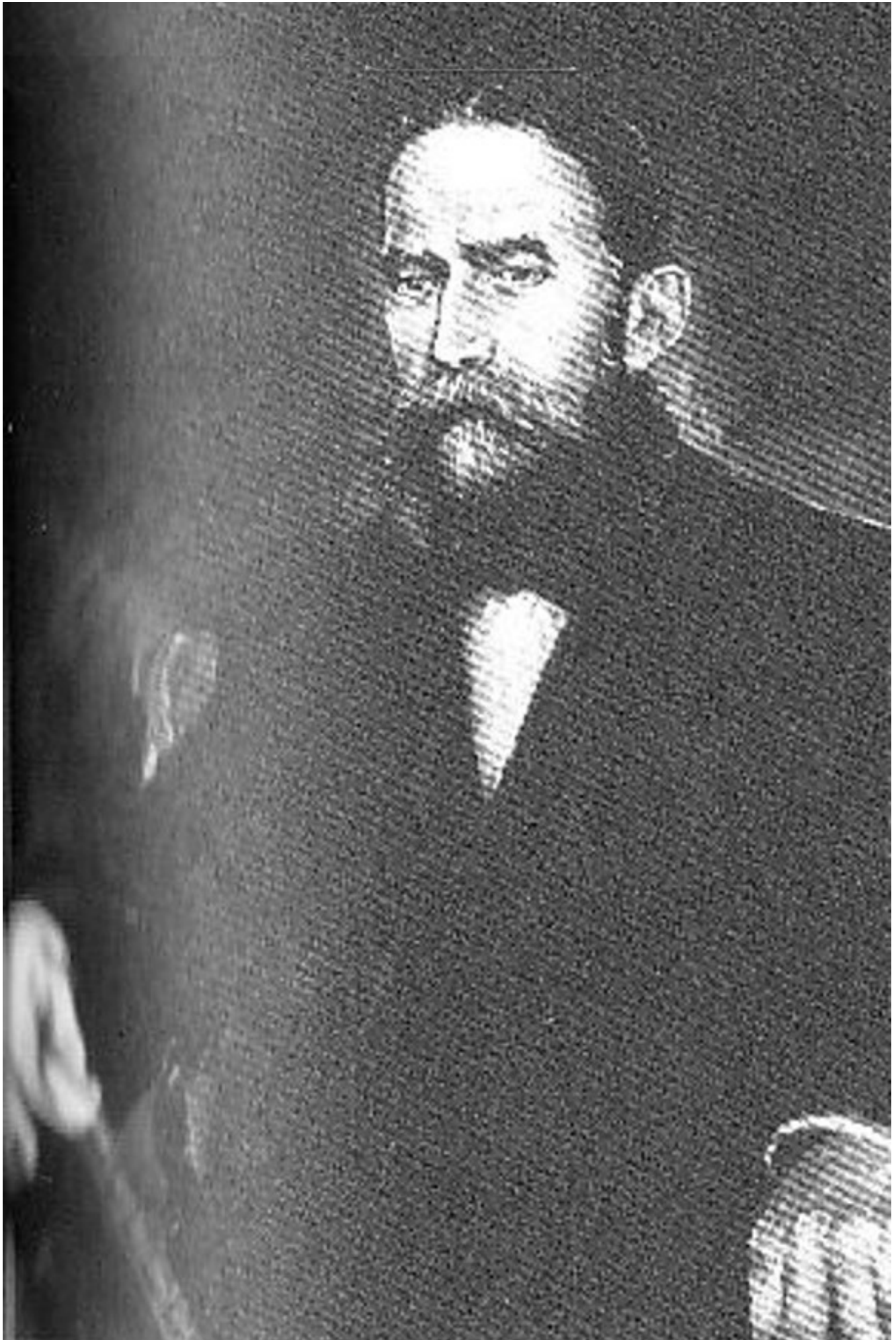
entonces y mucho antes, el doctor Zaldúa pensó en las dos clásicas alternativas de Villeta o Anapoima. Núñez saltó como un felino sobre su presa y ocurrió lo fatal: el Senado negó al presidente Zaldúa el permiso para ausentarse de Bogotá. Victorioso Núñez en la más innoble de todas sus batallas políticas, experimentó la mezquina sensación de que su venganza contra el indómito presidente estaba consumada. Nueva y dramática equivocación. El doctor Zaldúa alcanzó en esos momentos alturas inesperadas de grandeza. Simplemente, se negó a renunciar. A pesar de las distancias siderales de progreso que separan la medicina de hoy, de la de entonces, para los médicos de aquella época era tan claro como para los de hoy que los enfermos del corazón que abandonan los 2.600 metros de altura de la meseta bogotana para buscar niveles más próximos al mar, experimentan mejorías que a menudo llegan hasta a salvarles la vida. En consecuencia, los eminentes médicos que atendían al señor presidente, le insistieron en la urgencia de salir de Bogotá aun al elevado precio de su retiro. El doctor Zaldúa se mostró inflexible. Estaba decidido a morir en su puesto de combate antes que entregar a sus enemigos el triunfo vil que implicaría para ellos su renuncia a la primera magistratura. El forcejeo no duró mucho. No podía durar. En octubre de 1882, pasados seis meses desde su posesión, la condición física del presidente de Colombia se deterioró sensiblemente. Por supuesto, su altivez y dignidad a toda prueba le impidieron dirigirse nuevamente al Senado en procura del permiso salvador. Y a todas estas se intensificaban las súplicas siempre inútiles de los médicos. En noviembre el enfermo siguió decayendo pero en ningún momento dejó de asistir al despacho presidencial, donde las tareas que se cumplían ya eran puramente rutinarias en vista del bloqueo implacable que seguían manteniendo contra su gobierno los áulicos de Núñez en el Congreso. Finalizado el mes de noviembre la salud del primer mandatario se tomó crítica y se hizo manifiesta en una serie de progresivas dificultades respiratorias. En esa forma la lucha entre el político sin entrañas y el anciano invencible alcanzaba genuinos rasgos de tragedia. Por su parte, Núñez contaba con un numeroso y perverso séquito de áulicos incondicionales. Por la suya, el mandatario provento sólo contaba con el apoyo incommovible de su voluntad de hierro y una dignidad a toda prueba. La culminación de la iniquidad, que se esperaba de un momento a otro, llegó el 21 de diciembre de 1882, día en que estalló el corazón de este valeroso luchador inerme y solitario. No son muchas las muertes que registra nuestra historia más nobles y ejemplares que esta, que por ello se ha hecho virtualmente legendaria.



Cualquiera habría pensado que Núñez no tardaría en acudir, trazando círculos de buitre, a cobrar este triunfo abominable posesionándose cuanto antes de la presidencia. Pero no fue así. El victimario del presidente mártir pensó que huyendo

como Judas y dejando el poder al primer designado José Eusebio Otálora lavaría las manchas de su iniquidad dando a la opinión pública esta fraudulenta muestra de desprendimiento. Lógicamente nadie, ni aun sus más cercanos paniaguados, comulgó con esta burda especie.

En uno de estos días de luto y de ignominia escribía don Salvador Camacho Roldán a su hermano Miguel una carta memorable, en la que comparaba el sucio juego político de entonces con el espectáculo de las brujas de Macbeth.



MUERTE FRENTE AL MAR

Nada favorable ha sido para la figura de Rafael Núñez el destino que le ha tocado en manos de los historiadores. No ha habido personaje en la historia de Colombia que haya sido objeto de tan rabioso maniqueísmo como el doctor Rafael Núñez. A los cien años de su muerte sigue aún oscilando entre los extremos detestables del ditirambo y la diatriba, sin que haya aparecido todavía el biógrafo justiciero y objetivo que quiera y sepa moverse con pie firme y seguro en el terreno nada fácil de las luces y las sombras que conformaron la vida de Núñez. El capítulo antecedente parecería digno de alguno de los virulentos panfletarios radicales que no se dieron reposo en la tarea de execrar a Núñez sin concesiones de ninguna naturaleza. No hay tal. Lo que ocurre es que al evocar los años finales y la muerte —legendaria por su silencioso heroísmo— del presidente Francisco Javier Zaldúa, es inevitable traer a cuento la innoble sevicia que mostró Núñez en el proceso impiadoso de llevar a la tumba a este venerable anciano por el solo pecado de no haber querido plegarse incondicionalmente a sus dictados arbitrarios y despóticos. Rafael Núñez fue el más lúcido y el más brillante de los pensadores políticos colombianos en la era republicana. Ahí radican los máximos elementos positivos que ofrece el balance de su vida. Pero a la vez fue el más implacable y el más ruin de los adversarios. A diferencia del aguerrido anciano de Coconuco, cuya muerte ya evocamos en estas páginas, Núñez jamás conoció la magnanimidad. Todos los actos de su vida como batallador político parecerían indicar que cualquier leve conato de indulgencia, de olvido o de perdón a los agravios recibidos era rechazado por él como un acto deplorable de pusilanimidad y cobardía. De ahí la saña con que persiguió hasta la muerte al heroico anciano de nuestra historia precedente. Vino después su presidencia del año 1884 y la torpe obstinación con que los radicales le negaron su concurso para realizar con ellos la gran reforma, llegando hasta el extremo delirante de lanzarse a la insurrección armada en 1885. Bien sabido es cómo el vacío dejado por los radicales fue rápidamente llenado por los conservadores, quienes, a partir del triunfo del gobierno en la guerra civil, se convirtieron en el soporte vital para la continuidad de Núñez en el poder y en la implantación de las reformas. Pero lógicamente, los conservadores no dieron su apoyo a Núñez en forma gratuita y generosa. Por el contrario, lo cobraron caro. Y por conducto de Caro. Prueba de ello fue que en el Consejo Nacional de Delegatarios, convocado por Núñez para hacer la reforma constitucional, Miguel Antonio Caro ganó la gran batalla de su vida, imponiendo en el Consejo todos sus criterios y conceptos respecto a lo que debería ser en lo sucesivo la estructura del Estado. En este momento, quien aparentaba ser el gran vencedor, era

en realidad el gran derrotado. Don José María Samper fue la voz de Núñez en el Consejo Nacional de Delegatarios pero cayó vencido ante Caro, cuya misión dentro del mismo era la de pasar con intereses leoninos la cuenta del respaldo decisivo que los conservadores habían prestado a Núñez para alcanzar la victoria en la última contienda civil. En consecuencia, la Constitución de 1886 no fue la Constitución de Núñez y Caro, como lo han venido proclamando sin fatiga los grandes falsificadores y maquilladores de la historia. Fue la Constitución de Caro. Una Carta orgánica cesárea, antidemocrática y sólidamente apertrechada con instrumentos de una eficacia contundente para oprimir y aherrojar las libertades públicas. La verdad es que la idea básica e inicial de Núñez no era la de aplastar la democracia e implantar en su lugar una monarquía absoluta precariamente disfrazada. De ahí uno de los actos más significativos de su vida pública que tuvo lugar en el momento de promulgarse la nueva Constitución. Era claro que si la Carta del 86 hubiera sido en verdad el fruto de su inspiración, Núñez habría vivido el momento más jubiloso de su existencia al refrendarla como la obra suprema de su vida. Pero no lo hizo así. En medio del estupor de muchos de sus allegados, salió de Bogotá con cualquier pretexto anodino, como consecuencia de lo cual la grandiosa, la mil veces loada como incomparable Constitución de 1886 fue refrendada por el doctor José María Campo Serrano en su calidad de primer designado encargado del poder ejecutivo por ausencia del titular. Es este un episodio que ha desafiado invulnerable todas las maniobras de prestidigitadores con que han querido justificarlo los más enardecidos panegiristas del doctor Rafael Núñez.



A partir de ese momento pareció como si a Núñez le diera asco el ejercicio del poder. Quien había firmado como ministro del Gran General Mosquera el célebre decreto de desamortización, entregó el país a los curas convirtiéndolo en una agencia servil del Vaticano. Y se marchó lo antes posible a Cartagena, como el gran vencido que era, pero contento en el fondo de dejar en manos de Holguín y de Caro la persecución implacable de los jefes radicales y la abolición de todas las garantías y libertades públicas. Era insaciable e infatigable en el cultivo de sus amados rencores y a eso se retiró a su casa del Cabrero. Desde esa cómoda atalaya se regodeó durante sus últimos años observando la puntualidad con que sus albaceas conservadores clausuraban imprentas y encarcelaban y desterraban a los hombres dignos que aún se oponían a los excesos del despotismo reinante.



Sin embargo, ya aproximándose el año de 1894 comenzó a hacerse patente el gran misterio que rodeó la muerte de Núñez. Nadie sabrá jamás —porque sólo conjeturas hay al respecto— qué zozobras e inquietudes se agitaron en el espíritu de Núñez en las últimas jornadas de su existencia. Lo único cierto es que las energías que siempre puso en el ejercicio del odio no desfallecieron en ningún momento. Durante una visita que le hizo en el Cabrero monseñor Biffi, Núñez le manifestó el deseo que traía de tiempo atrás de hacer una confesión general. El prelado le respondió preguntándole si se hallaba cabalmente dispuesto para un acto de tanta trascendencia. Núñez le respondió que sí. No obstante, el obispo volvió al ataque manifestando a su interlocutor que la condición inexcusable para que el sacramento tuviera plena efectividad sería el sincero perdón para todos sus enemigos. Núñez fue enfático en la respuesta. No perdonaría a ninguno de ellos, así tuviera que alejarse de los beneficios de la confesión general. Monseñor Biffi se retiró atribulado no sin antes advertir al señor presidente que lo encomendaría a Dios en procura de lograr un cambio saludable de esta pecaminosa determinación.



Viene ahora el episodio que, por indescifrable, ha dado lugar a la mayor y más contradictoria muchedumbre de conjeturas. Promediaba el año de 1894 cuando el presidente titular anunció a su señora, doña Soledad Román de Núñez, sus intenciones de viajar cuanto antes a Bogotá para reasumir el mando que desde 1892 ejercía el vicepresidente Miguel Antonio Caro. Y aquí se abre el gran misterio. Ya vimos por qué Núñez vivía una existencia cómoda y sin sobresaltos en su retiro del Cabrero. Además detestaba a Bogotá, a la cual llamaba «la ciudad nefanda». Por todo ello han surgido desde entonces tal cantidad de conjeturas y especulaciones. Inclusive algunas de ellas apuntan hacia la posibilidad de que en un momento dado Núñez hubiera considerado excesivos los desmanes dictatoriales de Caro y, por lo tanto, hubiera querido reasumir la presidencia para ponerles cortapisa. Esta suposición no se aviene muy bien con el carácter de Núñez pero tampoco es totalmente descartable. El hecho es que cuando ya preparaba el equipaje para el largo y enfadoso viaje, lo inquietó un agudo dolor en el brazo derecho. Rápidamente vino a continuación la parálisis, llegaron los tardíos auxilios médicos, perdió el habla, luego la conciencia y finalmente la muerte clausuró la vida de este sin par cultivador de ideas y de rencores que fue Rafael Núñez. Y para que el misterio que rodeó sus años de retiro y su muerte fuera más impenetrable, doña Soledad Román, en un acto imperdonable de sumisión a la última voluntad del finado, sepultó para siempre en las aguas del mar exterior las enormes petacas que contenían los apuntes secretos y la copiosa correspondencia enviada y recibida por Núñez durante los años de su retiro en Cartagena. Por este motivo y otros similares en que se combinan la acción y la omisión, Colombia es,

especialmente en su último siglo de vida, el caliginoso reino de la amnesia y del no saber a dónde vamos por ignorar de dónde venimos.



LOS ACREEDORES TAMBIÉN COBRAN VIDAS

Cuando en 1865 nació en Bogotá el hijo mayor del matrimonio de don Ricardo Silva y doña Vicenta Gómez, pareció que hubiera ocurrido una de aquellas coincidencias o confabulaciones astrales con que los magos del zodíaco explican y predicen el destino de los seres humanos. En efecto, a los pocos años de su nacimiento, la realidad de los hechos parecía corroborar los resultados de esta imaginaria conjunción astral. El jovencito José Asunción Silva Gómez era una obra maestra de la naturaleza, tanto por su magnífica catadura física como por el talento precoz con que deslumbraba a parientes y amigos. Y como si todo esto fuera poco, estaba destinado a heredar una de las más sólidas fortunas conocidas en la ciudad y consolidada gracias a la pericia comercial de don Ricardo, cuya firma era una de las más respetables y bien acreditadas de Bogotá. Sin embargo, no eran aquellos tiempos especialmente propicios para el afianzamiento de fortunas perdurables. Entre los varios factores que conspiraban contra la estabilidad de la industria, el comercio y los negocios en general sobresalían la inestabilidad política, las frecuentes y calamitosas guerras civiles y las violentas fluctuaciones que nuestras materias primas de exportación sufrían en los mercados internacionales.

En tiempos que todavía eran de bonanza, cuando aún andaba por los veinte años de su edad, el joven José Asunción viajó a Europa. La mayor parte de su permanencia transcurrió en Francia. Allí Silva aprovechó hasta el máximo posible las oportunidades de toda índole que le brindaba esa gran nación y su capital que por entonces atravesaban la más brillante y fructífera etapa de su existencia cultural. Silva estuvo cerca de notabilísimos exponentes de la literatura francesa; adquirió libros de incalculable valor; asistió a memorables eventos culturales de diversa índole. Y en términos generales regresó a su lejana e inaccesible aldea andina cargando con un acervo cultural admirablemente bien asimilado. Desgraciadamente fue poco después cuando podría decirse que los astros se confabularon definitivamente en contra suya. Murió don Ricardo y, en pocas palabras, se destapó la cruda realidad. El poeta, el varón privilegiado que aspiraba a manejar sus negocios desde una aséptica distancia para poder seguir dedicado de lleno a los más nobles quehaceres del intelecto, no tuvo más remedio que meterse de lleno en la sórdida batalla en la que sólo son válidas como armas los pagarés, las letras de cambio, las escrituras de propiedad y de hipoteca, los oficios judiciales, los cheques y otros documentos por el estilo. De modo que, en forma brutal e inmisericorde, el poeta se veía obligado a librar una lucha desigual con armas que no eran ni podrían ser jamás las suyas. Naturalmente, la

derrota era previsible de antemano. Debemos al testimonio excepcional e insospechable de Camilo de Brigard Silva, sobrino del poeta, algunos de los pormenores más patéticos del acoso inclemente a que fue sometido Silva por parte de sus acreedores a partir del infortunio comercial de sus negocios. Fue un viacrucis largo y que no conoció reposo. Pero en el caso específico de Silva operaron factores que lo hicieron especialmente amargo. Tenía don Ricardo Silva un fraterno amigo de toda su vida que era el distinguido caballero bogotano Guillermo Uribe. Fallecido don Ricardo, el señor Uribe aceptó servir de fiador a José Asunción en algunas de sus obligaciones. Pero al percibir los primeros síntomas de que la situación se iba tornando difícil, don Guillermo abdicó de todo posible principio de conmiseración o de solidaridad con el hijo de su amigo, y no sólo comenzó a cobrarle el importe de las deudas con un apremio que no daba tregua, sino que descendió a la infamia de amenazarlo con una denuncia criminal por un supuesto delito de ocultación de mercancías. Esto, desde luego, era un infundio, pero tuvo el poder suficiente de atemorizar a Silva hasta llevarlo a extremos ciertamente deplorables de angustia. Fue entonces cuando la mala estrella del poeta le asestó el más cruel de los golpes con la muerte inesperada de la bellísima Elvira Silva, su hermana menor, quien a sus naturales encantos agregaba los de poseer una excepcional cultura artística e intelectual y que, por lo tanto, alcanzó a comprender como nadie la prodigiosa dimensión del mundo poético que, en medio de todos los embates de la adversidad, estaba forjando su hermano. La desaparición de Elvira fue para Silva, como bien es sabido, un verdadero cataclismo, agravado por la lastimosa circunstancia de carecer de los seiscientos pesos que costaba el sepelio. En tan aflictiva situación el poeta no tuvo alternativa distinta de pedírselos prestados al señor Uribe, quien se los facilitó en medio de agrias y humillantes advertencias. No había pasado mucho tiempo cuando el sórdido acreedor agregaba a sus cobros destemplados y a sus amenazas el requerimiento perentorio para que le fueran cancelados de inmediato los seiscientos pesos del entierro de Elvira.

Hay una carta cuyo patetismo es ciertamente conmovedor, en la que Silva presenta a Uribe una relación pormenorizada de todas las fases de su amargo proceso de bancarrota sin excluir la aflicción causada por la muerte de Elvira y su carencia de fondos para costearle unas exequias decentes. A esa carta pertenecen estos dos párrafos, que constituyen uno de los más conmovedores testimonios del calvario de Silva y de la vesania del más despiadado de sus verdugos:

Fuera de algunos volúmenes de mi biblioteca sin valor material (pues los que valían los entregué ya a mis acreedores), de seis vestidos negros muy usados, de 20 pares de botines ingleses, de mi reloj, de un anillo de oro, de un prendedor de corbata y de una cartera con \$50, no tengo nada, ABSOLUTAMENTE NADA, sino la cabeza y las manos para trabajar. Pueden perseguirme el juez del crimen y todas las autoridades civiles y judiciales de la República de Colombia, que se llevarán un chasco formidable. Yo no he puesto nada APARTE, como lo deja usted comprender en su carta del 8 de los corrientes.

¿Cree usted que no tengo interés en tener en mis manos los cuatro pliegos de papel sellado en que usted

escribió su nombre cerca del mío y que me han costado un año de angustias y de desengaño cruel respecto a una de mis mejores creencias; los cuatro pliegos de papel sellado que pueden echar a tierra mi porvenir y que han hecho que el mejor amigo de mi padre me amenace con un proceso criminal y que me han hecho escribir esta carta a mí, que desprecio profundamente las fortunas mal adquiridas y que puedo mirar de frente a cualquiera sin tener por qué humillarme?



Lo admirable hasta alcanzar extremos de inverosimilitud es que lo mejor de la breve y luminosa obra poética de Silva data de esos años atroces. Resulta ciertamente increíble que un hombre de la fina sensibilidad de Silva, uno de aquellos «desollados vivos» de que hablaba Jorge Zalamea, hubiera podido a la vez afrontar las arremetidas sórdidas del Shylock criollo que ya conocemos y disponer de corazón y mente despejados para hacer realidad los milagros líricos del «Nocturno» y de «Día de difuntos». Pero la verdad es que así ocurrió.

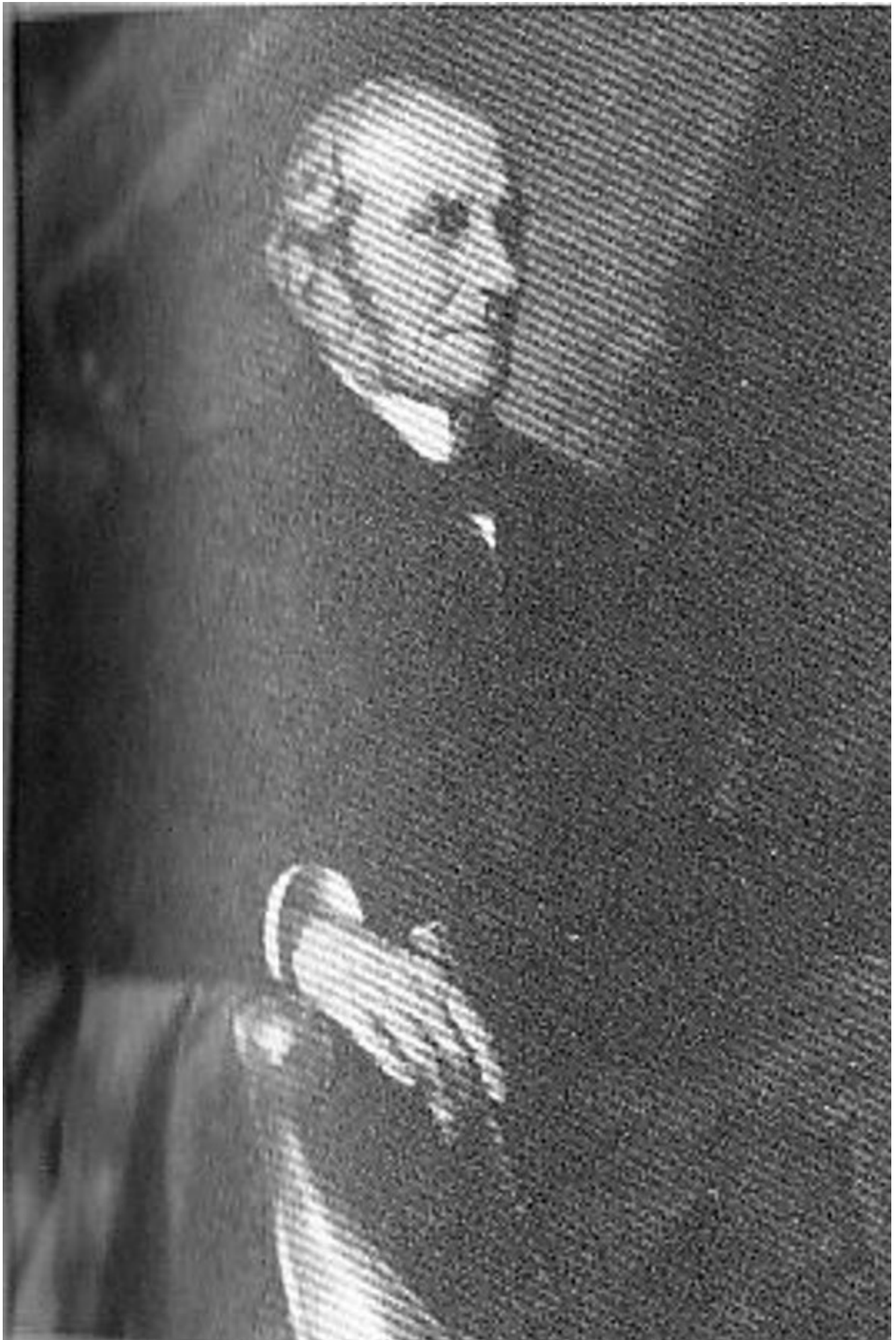


Gracias a la generosa intervención del presidente titular Rafael Núñez, Silva fue designado para un cargo subalterno en la legación de Colombia en Caracas, lo cual les permitió a él, a su madre doña Vicenta y a su hermana Julia, un mediano pero aceptable alivio para sus penurias económicas. Núñez, aunque pésimo poeta, mostró en diversas oportunidades una generosa simpatía hacia estos extraños ejemplares del género humano. Ya antes el nicaragüense Rubén Darío había recibido gracias a él la designación como cónsul de Colombia en Buenos Aires. Fue así como Silva tomó la ruta del río Magdalena y se detuvo en Cartagena con la finalidad primordial de expresar su gratitud al presidente Núñez y seguir viaje hacia Caracas. Sin embargo, tuvo que detenerse unos días en Cartagena donde no sólo Núñez sino los personajes más prominentes de la ciudad le tributaron todos los homenajes de reconocimiento que hasta entonces le había negado su ciudad nativa. El entusiasmo de los cartageneros con la presencia de Silva y el sincero fervor que les inspiraba su obra llegó hasta el punto de que la primera publicación que conoció el «Nocturno» se hizo en una modesta publicación literaria, casi una hoja, que se imprimía en Cartagena con el nombre de *La Lectura*.



Vino luego la breve época de Caracas y el triste regreso a Bogotá a hacer frente al

mismo cúmulo de problemas mezquinos y a las quiméricas soluciones que no llegaban. Con los medios de entonces, casi tan precarios como los de hoy para las dolencias del espíritu, el médico Juan Evangelista Manrique estuvo tratando a Silva. Hay una curiosa receta firmada por el doctor Manrique el 11 de mayo de 1896 en la que prescribe a su paciente tinturas de ipecacuana, colombo y genciana; gotas de cloroformo puro y polvo de belladona. Además, en la receta le prescribió a Silva una dieta a base de sopas espesas con consistencia de mazamorra, huevos tibios, leche y carnes blancas y frescas. No sabemos si el poeta siguió estas indicaciones pero dudamos de que, en caso de haberlo hecho, hubiera desistido del propósito que llevó a cabo en la noche del 24, de no seguir tolerando las afrentas y el asedio inclemente de la vida.



EL SEGUNDO PRESIDENTE MÁRTIR

Al aproximarse al año de 1898 el panorama de la política colombiana no podía ser más caótico y confuso. Bajo la dictadura «constitucional» de don Miguel Antonio Caro, el Liberalismo era un partido de proscritos y de metecos en su propia patria. Ilustres jefes liberales como el doctor Santiago Pérez, ex presidente de la República, el doctor César Conto, ex presidente del Estado Soberano del Cauca, y muchos otros, se hallaban desterrados por designio inapelable del ogro; de la libertad de expresión no quedaban más que nostálgicos recuerdos; las cárceles se llenaban de disidentes y el superpoder clerical perseguía con saña inquisitorial todo conato de pensamiento libre. Por otra parte, el talento rabulesco del señor Caro se las había arreglado para que el Liberalismo, por lo menos la mitad de la Nación, sólo contara con un representante en cada una de las cámaras legislativas: ellos eran el general Rafael Uribe Uribe y el doctor Luis A. Robles, quienes sólo dentro de esos recintos podían quitarse la mordaza, puesto que fuera de ellos les estaba vedada cualquier forma de crítica al régimen. Solamente los aguerridos panfletarios liberales, vale decir, Juan de Dios «El Indio» Uribe y José María Vargas Vila, disparaban desde las lejanías del exilio sus cargas de artillería pesada contra esta teocracia oscurantista y despótica. En suma, eran para Colombia los años finales del siglo XIX, «aquellos tiempos de godos en que Dios mandaba más que el Gobierno», en palabras del inolvidable patriarca de García Márquez.

Tuvo entonces Caro una serie de razones para no buscar su reelección en 1898 y por lo tanto prefirió seguir gobernando en el sexenio siguiente por mano de un presidente y un vicepresidente que le garantizaran un acatamiento incondicional a sus designios. Él era, como se recordará, la cabeza de la fracción nacionalista del Partido Conservador, a la cual se oponían a muerte los llamados históricos. Estos últimos postularon la candidatura del general Rafael Reyes que, de haberse impuesto y haber triunfado, no hay duda de que hubiera evitado la aterradora sangría de los Mil Días. Pero la presencia de un hombre conciliador en el alto gobierno asustaba a Caro como el mismo Demonio, puesto que su objetivo prioritario desde que metió al país en el cepo de la Constitución del 86 había sido el de extinguir a los liberales hasta el último sobreviviente, como se hizo siglos atrás con los cátaros y los albigenses. Movié entonces todas las palancas del poder contra Reyes hasta que este y sus partidarios retiraron la candidatura. Y le quedaron las manos libres para maniobrar. Hizo entonces la elección de candidatos que le pareció insuperable para conformar el tándem de monigotes que necesitaba para gobernar sin sobresaltos desde su casa,

echando sobre sus indefensos testaferos toda el agua sucia de las más graves responsabilidades mientras él perfeccionaba las normas para el buen uso de los participios pasado y presente. En apariencia, Caro no había podido acertar de manera más brillante. Para la presidencia, el doctor Manuel Antonio Sanclemente, respetabilísimo jurista bugueño que a nadie podía inspirar temor por su impecable trayectoria de patriotismo y ecuanimidad, y que a la sazón ya alcanzaba sus ochenta y cinco años de edad; y para la vicepresidencia, el doctor José Manuel Marroquín, distinguido «orejón» sabanero, tratadista de ortografía en verso, ingenioso poeta festivo, regular novelista, perito en adivinanzas y charadas y maestro sin par en la composición de palíndromos y escritos en bustrófedon. Jamás había intervenido en política y prefería mil veces la paz de su hacienda Yerbabuena en medio de libros, sementeras y caballos, a la vida, que él juzgaba sórdida, de la ciudad. Caro tenía, pues, razones muy sólidas para pensar que la Divina Providencia había hecho la elección por él. Hasta tal punto se ajustaba a sus planes y propósitos.



Cuando el doctor Sanclemente recibió en su hacienda de Pichichí, cerca de Buga, la noticia de su postulación, se inquietó. Presintió que vientos aciagos estaban próximos a abatirse sobre el sosiego de su apacible senectud. Y mayores fueron sus sobresaltos cuando supo que era presidente electo de la República, no porque quisiera evadir responsabilidades, sino porque, con muy fundados motivos, temía las consecuencias que podría traer sobre su ya precaria salud el ascenso hasta las alturas bogotanas en que sólo los cóndores, las cabras y el presidente Caro se sentían a gusto. Sanclemente habría podido renunciar a su alta investidura, pero sentía que un deber ineludible lo llamaba y acudió a su puesto. Desde luego, cuando llegó a Bogotá, su respiración se había hecho tan difícil que, no bien posesionado de la presidencia, hubo de bajar a Anapoima en procura de mejores aires. Claro está que esto, lejos de preocupar a Caro, lo dejó tranquilo, puesto que estaba previsto. Por otra parte Marroquín, cuyos antecedentes apolíticos no daban lugar a sospecha alguna, tampoco era un mancebo, puesto que ya entonces llegaba a sus setenta y un años. Poco después, el presidente titular fijó su residencia en Villeta mientras el vicepresidente ejercía, virtualmente sin cortapisas, las funciones presidenciales en Bogotá.



Llegado el año de 1899, la mayoría belicista del Partido Liberal pudo demostrar a los «civilistas» o «pacifistas» la inutilidad de seguir requiriendo por las vías jurídicas a la

dictadura de Caro el mínimo respeto por sus derechos básicos. La elección de Sanclemente y Marroquín había sido el producto de un fraude colosal. Como la elección presidencial era indirecta, según el informe oficial había triunfado la fórmula Sanclemente-Marroquín sobre el tándem liberal que formaban los candidatos Miguel Samper y Foción Soto en forma ciertamente grotesca, pues según dicho informe, las asambleas electorales daban más de 1.700 votos para los candidatos conservadores contra un poco más de 300 para los liberales. Jamás en la historia de los partidos políticos en Colombia se había visto en la realidad una desproporción igual. Y jamás gobierno alguno había aplicado con mayor desvergüenza aquel cínico principio según el cual «el que escruta elige», como entonces lo aplicaron el señor Caro y sus conmillones. Por supuesto, el pulcro e intachable doctor Sanclemente no tuvo en ningún momento la mínima conexión con esta inicua maniobra de burla a la voluntad democrática de la Nación. A él, como ya lo vimos, se le informó en Buga que había sido elegido presidente de Colombia y que, por lo tanto, debía emprender el ascenso al páramo. Eso fue todo. La revolución liberal estalló con extraordinario vigor en el departamento de Santander en octubre de 1899. De modo que al finalizar ese año el presidente Sanclemente, que ya había cumplido sus ochenta y seis años, gobernaba teóricamente desde Villeta un país que comenzaba a vivir la más cruenta y prolongada de sus guerras civiles. En esa forma las responsabilidades de la conducción del Estado recaían cada vez con más fuerza en el vicepresidente José Manuel Marroquín. Este momento histórico resulta en extremo pertinente para volver sobre este singular protagonista de la historia de Colombia. Tal vez si Sanclemente hubiera podido permanecer en Bogotá posiblemente habría sido útil a los intereses de Caro. Pero con quien sí se equivocó fatalmente don Miguel Antonio fue con el inofensivo hacendado sabanero que, no bien sintió que tenía firmemente asidas las riendas del poder, empezó a mostrar unas garras dignas de la más temible de las aves rapaces. Por otra parte, fue notorio que no tenía el mínimo interés en ser fiel a ninguno de sus juramentos y compromisos. Con la mayor claridad se vio desde muy pronto que para el señor Marroquín la lealtad no era cosa distinta del más embarazoso de los lastres imaginables. De esa manera el señor Caro comenzó bien pronto a percibir con creciente zozobra que el vicepresidente Marroquín no era ni iba a ser el títere incondicional que él había imaginado. Por el contrario, le resultó respondón hasta extremos que ni Caro ni el más veterano de los arúspices hubiera podido prever.



Desde su retiro de Villeta, el doctor Sanclemente, que jamás abdicó de sus normas y principios como ciudadano ejemplar y magistrado fiel a sus normas y principios fundamentales, siguió haciendo lo humanamente posible por cumplir en tan precarias circunstancias sus deberes como mandatario de un país incendiado por la guerra. En

estas dramáticas condiciones terminó el año de 1899 y amaneció el nuevo siglo. Es evidente que para efecto de sus negros designios como felón y Judas, a Marroquín le bastaba seguir ejerciendo el poder en Bogotá y conservando a la vez una liturgia de apariencias ordenadas a dar la impresión de un respeto inalterable por la autoridad presidencial. Pero las cosas no ocurrieron así. El vicepresidente Marroquín comenzó desde principios del nuevo año a organizar la estrategia de una de las más inicuas, y como si fuera poco, innecesarias traiciones que registra la historia de Colombia. Con paciencia y minuciosidad ejemplares fue alineando con él a una serie de personajes del sector llamado histórico del Conservatismo para asestar el golpe alevé contra el presidente valetudinario cuya única defensa radicaba en su investidura como tal. Ante todo los conspiradores echaron a andar todos los infundios que presuntamente les servirían de base para justificar la conjura. Fue así como propalaron la especie falaz de que el presidente titular se hallaba seriamente extraviado en sus facultades mentales, que no hacía uso de su voluntad para nada y que los emisarios del vicepresidente le hacían firmar decretos, circulares, mensajes, comunicados y resoluciones con un facsímil de caucho. De ese modo la perfidia fue produciendo rápidamente los efectos deseados, puesto que las gentes fueron creyendo cada vez más que el presidente de la República era un demente senil que por todas las razones derivadas de esta lamentable condición, debía ser removido cuanto antes. El terreno estaba abonado para la consumación de la infamia. Sólo faltaba dar el golpe. La fecha escogida por los conjurados fue el 31 de julio de 1900. Haciendo alarde de aprestos bélicos, como si se tratara de marchar contra un adversario poderosamente armado y apertrechado, los conspiradores se desplazaron a Villeta, notificaron al presidente sobre su destitución, le dieron su propia casa por cárcel y la rodearon de centinelas apercebidos con sus fusiles contra una posible insurrección del anciano inerme. El doctor Sanclemente que con sus actos y palabras desmentía las falacias de sus enemigos sobre su condición mental, comenzó en ese mismo instante a librar una batalla tan valiente y meritoria como inútil en defensa de la legitimidad representada en él. En el momento de consumarse el golpe, el doctor Sanclemente comenzó a emitir y suscribir testimonios de tanto valor como el que sigue:

Desconocida mi autoridad por el vicepresidente de la República en virtud del nefasto golpe de cuartel del 31 de julio, me encuentro hoy reducido a prisión en mi propio domicilio, con los miembros de mi familia que me acompañan, entre ellos débiles e inocentes seres, a quienes como a mí se mantiene en absoluto aislamiento, custodiados por fuerzas militares, y tratados sin ninguna consideración ni miramiento alguno al alto puesto de Jefe de la Nación que ocupó por el voto popular. Si el vicepresidente cree que hay Dios, y que, justo como es, castiga el perjurio y el gravísimo atentado de despojar violentamente de su empleo y de su libertad al Primer Magistrado de la Nación, ¿cómo lo invoca para que le preste su ayuda y alcanzar el dictamen de gobernante justo, imparcial y desinteresado?



El señor Marroquín, por supuesto, no cedió. Ensañarse contra un anciano indefenso era su manera predilecta de hacer gala de fuerza, de intrepidez y de valor ante sus adversarios. A estas alturas, el doctor Marco Fidel Suárez, que había sido designado ministro de instrucción pública, y estaba encargado de hacienda, hizo dejación inmediata de los dos cargos publicando a la vez este mensaje que lo honra y enaltece ante la historia:

El infrascrito, Ministro de Instrucción Pública, encargado del Despacho de Hacienda, consigna en este libro de posesiones una protesta formal contra el atentado que, según es notorio, cometieron anoche varios individuos armados y el señor don José Manuel Marroquín, usurpando la primera magistratura del Estado y desconociendo al Excelentísimo doctor Manuel Antonio Sanclemente, quien desde el 3 de noviembre de 1898 se hallaba ejerciendo constitucional y legalmente dicho cargo.

El suscrito protesta contra ese crimen político:

Porque es una usurpación de las más altas funciones del poder público; porque es una violación manifiesta de la Constitución y las leyes; porque es un golpe de muerte a las instituciones representativas que rigen en la Nación; porque es un flagrante perjuicio, una vez que muchos de los autores del hecho han jurado repetidas veces cumplir la Constitución y las leyes que han quebrantado; porque es una traición al Jefe del Estado, al gobierno legítimo y al pueblo cuyos derechos han sido arrebatados por sorpresa, a mansalva, y empleando para ello elementos al servicio de aquella persona y entidad; porque es un acto de bajeza, desde luego que erige como título de poder y autoridad la fuerza bruta ante la cual y por obra y aquiescencia de la cual arrebató el señor Marroquín el puesto de presidente; porque es un hecho contrario a todo sentimiento de patriotismo, si se consideran las consecuencias que puede producir en el caso de que la Nación no reconozca la usurpación; y si por lo mismo se desencadena una guerra civil, cuando aún no ha terminado la rebelión que hace diez meses arruina y ensangrienta al País; porque ese atentado será el baldón más ignominioso en la historia patria, supuesto que no puede parangonarse con el 23 de mayo de 1867, día en que algunos liberales desconocieron a un presidente que se había declarado superior a la Constitución y dictador del País; mientras que en la noche del 31 de julio de 1900 se desconoció al presidente constitucional y legítimo de la República; porque aquel hecho es incompatible con todo sentimiento de civismo y caridad, especialmente hacia las clases desgraciadas que gimen bajo el azote de la guerra y que debido a este atentado pueden ver prolongar sus padecimientos; porque asesta profunda herida a la moralidad pública y escandaliza la sociedad, especialmente si se tienen en cuenta los merecimientos y respetabilidad del presidente desconocido, y la devoción, posición social e ilustración del ciudadano que ha usurpado el poder; porque en vista de antecedentes notorios y de las circunstancias en que se inicia el régimen de la usurpación, es de temerse que sea tumultuario y agitador, que obre como juguete de la opinión pública, es decir, de las pasiones de las turbas, y que en vez de ser gobierno efectivo se reduzca a la negación práctica de las garantías, aun de niños que no han nacido o que se hallen en la cuna; porque aquel hecho deshonorará al País y menoscabará por lo mismo el concepto de nuestra soberanía ante el extranjero, donde tendrán que admirarse de que sin haber concluido una formidable rebelión contra el gobierno legítimo, haya militares que abandonen en momentos críticos el campo de batalla, y civiles que a última hora se improvisen soldados para desconocer al Primer Magistrado y arrebatarle proditoriamente sus derechos; porque inicia nueva faz, para que a los infortunios y dolores que presenta nuestro pasado se añada la calamidad de los golpes de cuartel, del régimen pretoriano, del poder deliberante de la fuerza pública, del malestar político; porque el atentado del 31 de julio constituirá, si la Nación lo acepta, una plena justificación de la rebelión que aún no ha terminado, siendo claro que sí ha habido razón y se ha obrado bien en desconocer por sorpresa y sobre seguro el gobierno legítimo, entonces la revolución ha obrado del modo más justo y loable al atacar este gobierno con heroísmo y franqueza en los campos de batalla; porque se ha roto el programa y se ha despedazado la bandera de un partido que, según dicen, ha representado aquí ideas de orden, legalidad y justicia; porque la traición del 31 de julio quebranta los principios religiosos que ese mismo partido suele ensalzar en relación con la política y la cosa pública, dado que el crimen de anoche socava el principio de autoridad y arruina toda noción de legalidad y derecho fundados en la justicia, poniendo en vez de ellos la doctrina de los hechos consumados; porque aquel atentado, además de injuriar al pueblo y al gobierno, concreta su agresión a un anciano enérgico, activo y varonil, de precedentes inmaculados y lleno de días ofrendados a la patria y florecientes desde el

principio hasta el fin por las persecuciones que le ha ocasionado su amor a la justicia.

No pudiendo consultar esta protesta con el Excelentísimo Señor Presidente ni con mis colegas, véome obligado a formularla solo, lo cual hago, no para solemnizar el papel de víctima ni para levantar la opinión en contra del atentado de anoche, ni por hacer mal a persona alguna, sino porque creo que un deber inexcusable me obliga a levantar mi voz, aunque sea débil, contra la interrupción del régimen constitucional y contra el desconocimiento del gobierno legítimo.

Bogotá, agosto 1.º de 1900
MARCO FIDEL SUÁREZ



Esta valerosa constancia histórica no generó repercusiones de ninguna naturaleza en su momento. La iniquidad estaba consumada y el doctor Sanclemente iniciaba su injusto cautiverio de Villeta. Igual que Zaldúa, hubiera podido presentar una renuncia protocolaria de su cargo, dando así la razón a los autores del atentado y tal vez librándose de la afrentosa situación de preso político. Ni por un instante lo pensó. Un hombre de la talla moral de Sanclemente jamás hubiera realizado acto alguno encaminado a contemporizar con el crimen. Don Miguel Antonio Caro, por su parte, rumiaba a solas su indignación y su rencor contra quien de tal manera lo traicionaba. De su pluma salió entonces un soneto demoledor que puso en evidencia mejor que cualquier otro gesto el tamaño de la felonía perpetrada por Marroquín y sus secuaces:

Traición ejecutada a salvamano;
quebrantados solemnes juramentos
y de la ley de Dios los mandamientos
todos, con faz piadosa y pecho insano;
cintica azul y proceder villano;
mozuelos educados en conventos,
y hoy de maldad perfectos instrumentos,
dando tortura a inmaculado anciano.

Monopolio de bestias y monturas,
honradez y billetes a montones,
mucho rejo, mucho ajo, y mucho muera;

este es el santo régimen, las puras
almas e incorruptibles corazones;
esta es ¡oh pueblos!, la «histórica bandera».



Por supuesto, Caro estaba siendo víctima de su propio invento. Se había equivocado con sus dos candidatos. La reciedumbre indeclinable que hasta el final mostró

Sanclemente en su amargo cautiverio probaba de manera incuestionable que, de no haber sido derrotado, el presidente titular no se habría plegado a las presiones de nadie, incluido el propio Caro. Y como ya lo vimos, más grave fue su error de apreciación respecto a Marroquín, quien detrás de toda su mansa apariencia de ratón de biblioteca y agricultor sabanero, ocultaba todas las mañas y las fullerías del más avezado de todos los tahúres políticos. Para Caro, Marroquín fue cuervo que le picoteó los ojos y presunta marioneta que se le convirtió de la noche a la mañana en adversario hipócrita y taimado como ninguno. Valga una muy divertida anécdota para ilustrar la magnitud del odio implacable que siempre profesó Caro contra Marroquín. Para este efecto hemos de tener en cuenta que Marroquín fue autor de la novela *El Moro*, que tiene lugar en la sabana de Bogotá y que es la imaginaria autobiografía de un corcel que respondía a este nombre. Conocida por sus amigos la mordacidad feroz que usaba Caro contra quienes eran objeto de su malquerencia, alguno de ellos le preguntó su concepto sobre las calidades literarias de *El Moro*. La respuesta de Caro fue devastadora:

—Para ser escrito por un caballo no está mal.

Mientras el país seguía desangrándose en la hecatombe de los Mil Días, en buena parte por el sectarismo feroz de Marroquín y su tenebroso ministro Aristides Fernández, el doctor Sanclemente vivía las últimas jornadas de su existencia con la misma dignidad y la misma altivez de siempre. Llegado el año de 1902, en el que don Manuel Antonio cumplió los ochenta y nueve de su edad, mostrando el buen juicio y la lucidez que sus enemigos trataron en vano de desconocerle, dictó su testamento político que es un arquetipo incomparable de generosidad y de nobleza. El presidente titular avizoraba ya la proximidad inexorable de su última hora. Tratando de atenuar en lo posible la afrenta de la vigilancia armada, sus allegados y servidores procuraban por todos los medios a su alcance hacerle cómoda y grata la vida al anciano que, aunque agradecía todas estas entrañables demostraciones de afecto, no podía dejar de experimentar la tribulación que le habían causado los traidores y los perjuros en forma tan injusta y alevosa. Tal vez de manera ocasional pudieron llegarle informes fragmentarios sobre las cruentas batallas que aún se libraban principalmente en las regiones cercanas al litoral atlántico y en el departamento de Panamá. Su condumio cotidiano se fue haciendo cada día más magro no por causas externas, sino porque el presidente ya se sentía más morador de la vida ultraterrena que de la que ya se acercaba aceleradamente a su fin. Tuvo entonces la precaución de dictar el conmovedor documento a que ya aludimos y que dice así:

Próxima a sonar la hora que me está señalada en el reloj del tiempo para rendir mi alma al Creador, a quien la encomiendo lleno de fe en sus promesas, me despido de mi patria infeliz, objeto de mi amor y de mi veneración durante mi larga vida, y hago fervientes votos por que Dios le conceda el inapreciable beneficio de la paz de que desgraciadamente carece, y evite que se consuma su ruina, tan avanzada ya; y los hago, además, por que Él perdone como yo perdono de todo corazón, a los que me han irrogado

gravísimas ofensas, hasta convertirme en mártir en los últimos días de mi existencia, sin otro motivo que el de haberme dispensado la Nación el honor de llamarme a regir sus destinos, dándome así una prueba de confianza que tengo la conciencia de haber sabido apreciar y corresponder. Quiera el Ser Supremo oír mis ruegos, salvar a Colombia de la anarquía que la está devorando y acaso de su disolución, que será el peor de los males que puede sobrevenirle. Digna como es de mejor suerte, yo se la deseo con toda mi alma, a tiempo de dejar la tierra en que tantos desengaños he sufrido, para pasar a otra mansión de positivo descanso en que sólo reina la justicia de Dios, redentor de los hombres.

De resto, encargo a mi hijo Sergio que, muerto yo, disponga que se haga de mi cadáver un entierro humilde, exento de toda vanidad humana, y que no ponga ni permita poner en mi sepultura inscripción o señal alguna que dé a conocer que en ella reposan mis huesos. Tal es mi postrimera voluntad.



La última voluntad del señor Sanclemente se cumplió y se ha seguido cumpliendo. Con la asistencia del mínimo número posible de testigos, fue sepultado en el templo parroquial de Villeta donde, desde entonces, no hay losa ni placa alguna que identifique ese lugar. El doctor Sanclemente fue sin duda alguna sincero en el acto de perdonar a sus enemigos. Pero aun desde el ángulo de la más rigurosa ortodoxia cristiana, hemos de reconocerle su justo derecho de poner a salvo y para siempre sus huesos contra la eventualidad de que los marroquines de todo pelambre pudieran llegar hasta el lugar de su sepultura para profanarlo con ofrendas farisaicas de discursos académicos y ostentosas coronas de flores. Lo único que esos tales pueden ver con sus ojos de chulos es lo que todos podemos ver: una placa al lado de la puerta principal del templo en la que se dice que en algún lugar dentro del mismo descansan los restos del presidente Manuel Antonio Sanclemente, fallecido en esa localidad el 19 de marzo de 1902. En esa forma ha quedado plenamente cumplida y ejecutada la postrera voluntad del segundo presidente mártir de Colombia: los zopilotes pueden revolotear pero les resulta imposible llegar a su objetivo.



CAPÍTULO XII

«SE LO TRAGÓ LA SELVA...»

A partir del extraordinario éxito inicial de *La Vorágine*, José Eustasio Rivera pensó con justa razón que su novela, aunque ya había traspasado los límites de Colombia y se había difundido por todos los ámbitos de la lengua española, podía y debería alcanzar una difusión aún mayor. Fue así como, al ser elegido delegado de Colombia al Congreso de Inmigración que tendría lugar en La Habana en 1928, concibió la idea de trasladarse de allí a los Estados Unidos, y específicamente a Nueva York, con la finalidad de gestionar la traducción de *La Vorágine* al inglés e inclusive negociar una versión cinematográfica de la novela. En los tiempos que corren, Rivera, por el solo hecho de tener en sus manos una obra maestra de la narrativa, no habría tenido necesidad de moverse de Bogotá, pues su agencia literaria se habría encargado de estas y otras muchas gestiones encaminadas a darle a este relato admirable la difusión universal a que desde el principio estaba destinado. Sin embargo, en aquellos tiempos era el propio autor quien tenía que ocuparse irremediamente de este tipo de gestiones. Pero Rivera fue más lejos. Cuando llegó a Nueva York en el verano de 1928, ya llevaba la idea de fundar una editorial para publicar en ella obras destacadas de autores hispanoamericanos que, teóricamente, una vez editadas allí, podrían ser más fácilmente situadas en el mercado norteamericano. La empresa se llamaría Editorial Andes, abriría fuegos con *La Vorágine*, y de ahí en adelante seguiría dando a conocer obras de gran aceptación en todo el hemisferio. Rivera tuvo como punto de enlace principal en Nueva York a ese notable periodista e infatigable impulsador de la cultura que fue Carlos Puyo Delgado. Pero además, conocida la noticia de su llegada a Nueva York en destacados círculos intelectuales de habla española e inglesa, el poeta y novelista colombiano fue objeto de un cálido recibimiento y de numerosos agasajos.



Por esa época —mediados de 1928—, Carlos Puyo Delgado se encontraba comprometido con otra iniciativa de notable trascendencia. Se trataba del patrocinio de lo que entonces prometía ser una hazaña deslumbrante: el vuelo Nueva York-Bogotá que efectuaría el piloto colombiano Benjamín Méndez Rey, que se había hecho posible gracias al apoyo de diversas entidades y personas, entre las cuales se destacaba la afamada revista *Mundo al Día* de Bogotá. Los cinco continentes hervían

de admiración por el piloto norteamericano Charles Lindbergh, que el año anterior se había cubierto de gloria con su legendario vuelo directo Nueva York-París. Con toda justicia y derecho el colombiano Méndez aspiraba a emular al norteamericano volando de Nueva York a Bogotá en un tiempo mínimo. Desgraciadamente, una serie de factores adversos ajenos al control del piloto prolongaron este viaje en demasía, hasta el extremo de que, habiendo partido de Nueva York en el amanecer del 24 de noviembre de 1928, Méndez sólo vino a aterrizar en Bogotá el segundo día de 1929. En todo caso, la gentil y muy espontánea atención de Puyo Delgado estaba bifurcada en dos nobles objetivos: uno era la publicación de *La Vorágine* en Editorial Andes y otro el satisfactorio despegue de Benjamín Méndez rumbo a Bogotá. La publicación de *La Vorágine* no se hizo esperar, lo cual llenó de contento y de ilusión a Rivera. El escritor colombiano fue uno de los invitados al banquete que se ofreció en el Hotel Astor a Benjamín Méndez dos días antes de su vuelo, que debería salir de la U.S. Rockway Naval Station, a unos treinta kilómetros de Nueva York. Rivera fue orador en el banquete y entregó al aviador Méndez dos ejemplares de la nueva edición de *La Vorágine* para ser entregados al presidente Miguel Abadía Méndez y a la Biblioteca Nacional de Colombia. El aviador recibió complacido los dos ejemplares y prometió entregarlos a su llegada a Bogotá.



Paradójicamente fue este el punto en que comenzó a gestarse el drama. José Eustasio Rivera había asistido al banquete sobreponiéndose a un terrible malestar. Dos días más tarde, de acuerdo con lo previsto, estaban citados en un hotel cercano a Rockway Carlos Puyo Delgado y José Eustasio Rivera, que eran los únicos que iban a despedir a Benjamín Méndez. Rivera tardó en llegar y cuando al fin apareció confesó a Carlos Puyo que había asistido haciendo un esfuerzo colosal, puesto que ya los síntomas de una misteriosa enfermedad lo agobiaban. Después de la partida de Méndez la salud del poeta siguió deteriorándose de manera alarmante. Era el 25 o 26 de noviembre de 1928. Pero a pesar de que siguió empeorando, creyó poder sobreponerse. El 29 de noviembre recibió en su apartamento la visita de dos damas colombianas a quienes relató los pormenores de la partida de Benjamín Méndez. De un momento a otro sintió un violento dolor de cabeza y cayó desfallecido. Las visitantes llamaron por teléfono al médico colombiano Eduardo Hurtado, a quien debemos el siguiente patético informe:

Este mismo día (29 de noviembre) como a eso de la una de la tarde, recibí en mi consultorio una llamada telefónica de urgencia; salí inmediatamente y en el término de la distancia llegué al apartamento del doctor Rivera, para encontrarme con un cuadro clínico verdaderamente alarmante. Noté en el acto parálisis de un lado de la cara; la boca completamente desviada; un ojo completamente cerrado; no podía hablar, no me reconocí y la respiración era estertorosa. Sin perder un minuto se llamó la ambulancia y el enfermo fue

conducido al Polyclinic Hospital de Nueva York. Se procedió en seguida a llamar una junta médica de especialistas en neurología y medicina interna; se hicieron exámenes clínicos y de laboratorio, incluso el examen de líquido cefalorraquídeo. Entre tanto el paciente no hablaba ni reconocía a nadie. La punción lumbar mostró un líquido cefalorraquídeo sanguinolento.



Sigamos ahora con el notable biógrafo de Rivera, el chileno Eduardo Neale-Silva:

Desde un principio se temió que Rivera agonizaba. Seguía el estado comatoso sin mejoría. El 30 de noviembre se inició una ligera reacción. La fiebre era más baja y el enfermo se quejaba, demostrando así estar conciente. Al día siguiente el poeta empeoró y pronto se vio que el desenlace final era cuestión de horas. Presa de una fiebre altísima, no hacía ya el menor movimiento. Su sola manifestación de vida era el ronquido que se le escapaba de la garganta en forma automática. A las 12:50 p.m. del 1.º de diciembre el poeta expiró atendido hasta el último momento por el doctor Hurtado.



Con la muerte de Rivera se abrió el misterio de sus posibles causas. Escribió en otro informe el doctor Hurtado:

Se hace el diagnóstico de un derrame cerebral, cuya causa no se puede elucidar; después de deliberaciones clínicas y gracias a la historia que yo únicamente poseía —la relación que él mismo me había hecho de sus ataques de malaria maligna sufridos en la selva— los médicos consultantes opinaron que muy probablemente se trataba de un coágulo malárico «Malaric Thrombus» o una hemorragia cerebral de origen malárico.



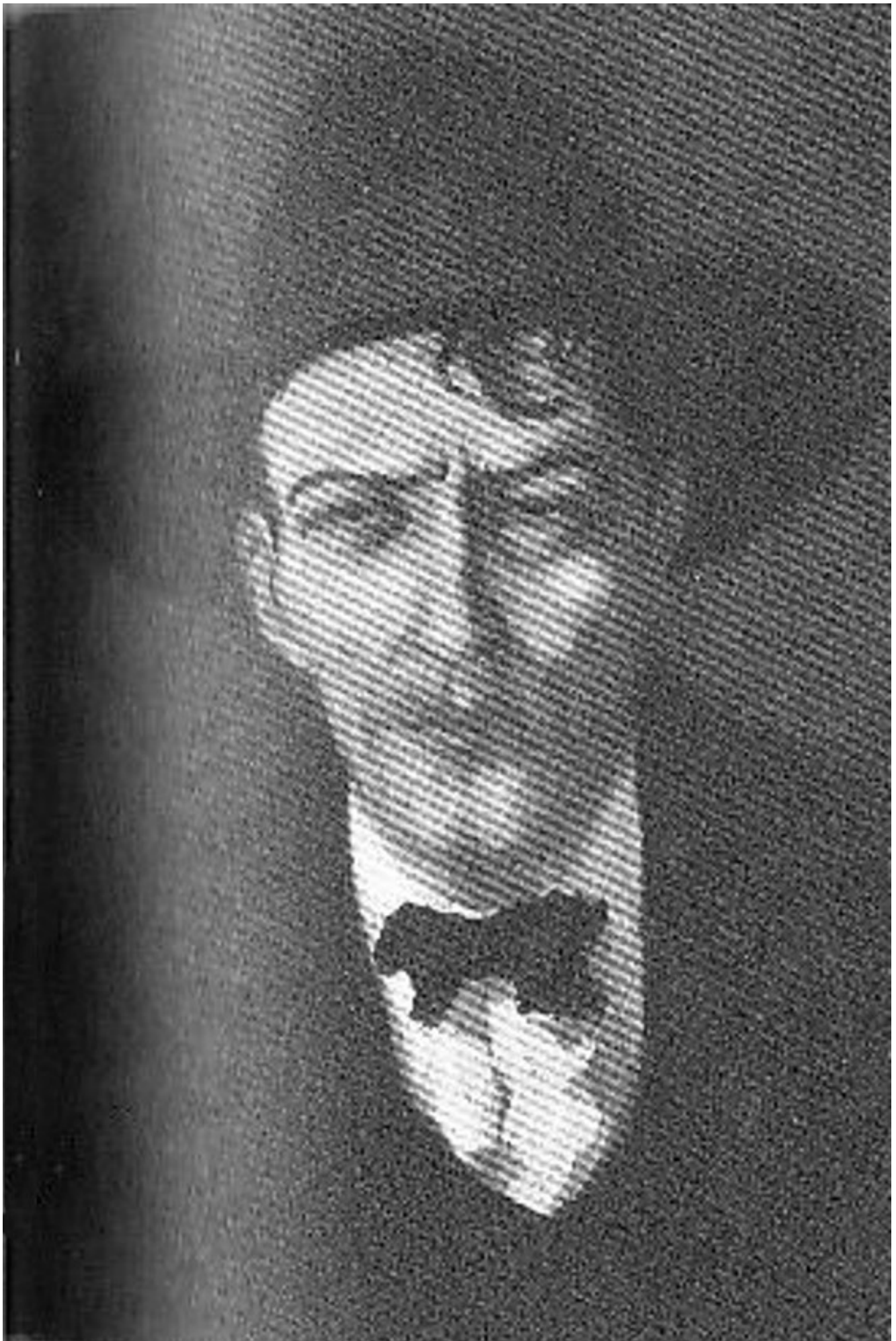
Crece la magnitud del misterio al observar cómo el primer informe del afamado hospital presenta como desconocida la causa del fallecimiento. Luego, en el certificado de defunción se especificó la hemiplejía como causa primaria y la malaria como causa secundaria. También se especuló en torno a la posibilidad de un absceso cerebral de diversos posibles orígenes. El hecho cierto fue que el novelista murió a los cuarenta años de su edad por una o varias causas que no pudieron ser establecidas con precisión, aunque todas las conjeturas apuntan hacia la posibilidad de que el novelista hubiera comenzado a incubar su propia muerte en sus largas andanzas por la selva amazónica.



La Vorágine es un relato extraordinario por muy variadas razones, una de las cuales es que su autor no vivió el infierno de la selva por referencias bibliográficas o testimonios ajenos muellemente instalado en un típico salón bogotano. Este libro sobrecogedor, bien calificado por algunos críticos y analistas como la gran alegoría moderna del descenso a los infiernos, fue vivido y experimentado en lo esencial y, por supuesto, antes de darle forma literaria por su autor en los aterradores escenarios que describe en sus páginas. Muy difícil, por no decir imposible, sería la forja de esta prosa jadeante si quien la elaboró no hubiera podido nutrirla con la savia de sus vivencias personales y directas. Y como Rivera no viajó por la manigua con una escolta de médicos y farmaceutas, sino con sus libretas de apuntes, sus lápices y las lámparas mortecinas que le daban luz de noche, era lógico que a lo largo de ese periplo infernal no sólo afrontara los riesgos mortales e inmediatos de la voracidad de las tambochas en la tierra y los caribes en el agua, sino el de contraer virus y gérmenes de aquellos que no por aplazar su acción destructora son menos inexorables y letales a la larga.



André Malraux y Ernest Hemingway se jugaron la vida y la ganaron allegando materiales para sus obras sobre la guerra civil española en las escuadrillas aéreas de combate, en el fragor de las trincheras y bajo las bombas enemigas en las ciudades asediadas. José Eustasio Rivera se jugó la suya para convertir en imperecedera materia literaria los horrores de las caucherías y de la selva misma, y la perdió, no por la acción de los artefactos explosivos, los obuses y las balas, sino frente a la arremetida de las frágiles legiones de mosquitos que él creía repeler a palmadas o golpes de abanico.



EL SILENCIO DE LOS ARTISTAS ES LA MUERTE

Finalizando la tercera década del siglo XX vivía y actuaba en Bogotá cierto personaje cuyo poder avasallante no radicaba en la autoridad que manejara con sus manos, puesto que no era presidente, arzobispo, ministro o general, sino en la efímera punta y el fuste quebradizo de su lápiz. Cuando el general Pedro Nel Ospina inició con su gobierno la penúltima administración de la larga y agobiante hegemonía conservadora, estaba haciendo su traslado a Bogotá el joven dibujante y caricaturista Ricardo Rendón, que dejaba su nativa Medellín para instalarse en la capital de la República. Con veintiocho años de edad o muy poco más, Rendón ya traía de Antioquia un sólido renombre por sus estupendas caricaturas políticas, por los insuperables dibujos de sus contemporáneos y por haber sido uno de los indiscutibles precursores de las gráficas publicitarias en Colombia. Muchos millones de cajetillas de cigarrillos Pielroja han ido a parar a las canecas de basura sin que los fumadores se hayan enterado jamás de que el creador del inolvidable logotipo del adusto pielroja de perfil fue Ricardo Rendón. El advenimiento de Rendón a Bogotá marcó la iniciación de una era memorable. A pesar de contar con el apoyo férreo de aquel omnipotente pontífice regional que fue monseñor Bernardo Herrera, la hegemonía conservadora empezaba a agrietarse. Monseñor Herrera ya había determinado por decisión de su arbitrio soberano la elección de los presidentes Concha, Suárez, Holguín y Ospina, y aún le quedarían vida y energías para llevar a la primera magistratura al doctor Miguel Abadía Méndez. Pero así como el arzobispo Herrera no era eterno, tampoco lo era el imperio conservador nacido en los playones de la Humareda. Rendón era liberal y, más que eso, hombre de ideas avanzadas y poseedor de una cultura intelectual sobresaliente. Y sobre todo, un dibujante y un caricaturista político que reunía con caracteres deslumbrantes una imaginación inagotable con una maestría sin par tanto en el trazo de las figuras como en el hallazgo de los textos que las ilustraban. La prensa liberal lo acogió con el mayor entusiasmo y Rendón no se concedió reposo en la preparación del ariete con que no tardaría en comenzar a asestar golpes mortíferos en la puerta de la vetusta fortaleza. A partir de ese momento no hubo altos mandarines del gobierno, ni encumbrados jefes militares y eclesiásticos que no experimentaran las estocadas que les clavaba a diario el lápiz de Rendón. La caricatura cotidiana del maestro, que *El Tiempo* publicaba siempre en primera página, era esperada todas las mañanas con avidez por millares de lectores sin excluir a los simpatizantes del régimen ni a las propias víctimas de las saetas de Rendón. Todo el descontento, todo el apremio que experimentaba el país por un

cambio radical encontraban a diario numerosos canales de expresión pero eran las geniales caricaturas de Rendón el foco en que todos los sentimientos, ideas, iniciativas y conceptos se sintetizaban en los cañonazos mortíferos que iban demoliendo inexorablemente los muros del baluarte cuya ruina definitiva veía cada día más inminente. Muerto monseñor Herrera Restrepo en 1928, el partido de gobierno quedó en la más desoladora orfandad; vinieron las fatales vacilaciones del arzobispo Perdomo («Monseñor Perdimos»), la inevitable división conservadora y el triunfo liberal con la candidatura de Enrique Olaya Herrera en 1930.



Después de la histórica jornada electoral de febrero de 1930, se perfilaban en el panorama colombiano las figuras de los dos grandes héroes, claro está que en dos planos diferentes. Uno era el candidato vencedor del Partido Liberal que llegaba al poder después de cuarenta y cinco años de oscuridad. Pero la devoción casi idolátrica que suscitó en su contorno el presidente electo Olaya Herrera en nada oscureció la cumbre de prestigio a que llegaba en ese momento el caricaturista Ricardo Rendón, como el más aguerrido y eficaz entre todos los combatientes de esta lucha cívica de años. Por supuesto, estas circunstancias no imprimieron cambio alguno en su personalidad, su estilo de vida y su trato con las gentes. Siguió siendo Rendón el mismo personaje retraído, frugal en sus expresiones verbales como ninguno, enemigo inconciliable de todo tipo de eventos tumultuarios y amigo leal y entrañable de sus allegados. Siguió dibujando sus caricaturas magistrales, asistiendo hasta muy altas horas de la noche a la tertulia ya recogida por la historia del café Windsor y muy a menudo tomando apuntes y trazando bocetos en su libreta mientras escuchaba con genuina atención las intervenciones de todos aquellos personajes que consagraron para la inmortalidad las tertulias de aquel típico café bogotano. Ocasionalmente sonreía más que reía y muy pocos son los rasgos de humor verbal que se recuerdan de él, pues dicha corriente le fluía en forma torrencial mucho más por la punta de su lápiz que en el juego y en los malabares de las palabras.



Su fama no se detuvo en las fronteras de Colombia. De prestigiosos periódicos hispanoamericanos y europeos recibió atractivas ofertas que él declinó con tanta gratitud y amabilidad como firmeza. En los mejores tiempos de la lucha contra la hegemonía conservadora, residió en Bogotá un embajador norteamericano algo atípico. Era el señor Samuel H. Piles, hombre culto y refinado que desde su llegada a

Colombia se convirtió en un fervoroso admirador de Rendón, a pesar de que muchas de sus caricaturas, como bien lo recordamos, eran virulentas acusaciones y requisitorias contra los atropellos e intervenciones yanquis en Hispanoamérica. Al cabo de algún tiempo el embajador Piles quiso conocer personalmente a Rendón para hacerle una oferta sensacional. El diplomático gringo había enviado al *New York Times* un cartapacio antológico de caricaturas de Rendón recortadas de *El Tiempo*, sin excluir algunas de las más beligerantes composiciones antiimperialistas. Junto con este envío el embajador decía al director del célebre periódico estadounidense que jamás en mucho tiempo podría ese diario hacer una adquisición más valiosa que la de Ricardo Rendón como caricaturista de planta del mismo. La respuesta no se hizo esperar. Mr. Piles recibió una carta detallada y entusiasta del director del *Times* en que le manifestaba su aceptación incondicional de la propuesta y lo autorizaba para ofrecer al maestro colombiano un salario de mil dólares mensuales reajutable periódicamente. Es claro que esa suma, con la cual difícilmente subsiste un mendigo norteamericano en la actualidad, era entonces un ingreso ciertamente privilegiado. En cuanto Rendón oyó la propuesta tomó instantáneamente la decisión de no aceptarla. Pero como era un hombre cortés y bien nacido, expuso al embajador un pretexto que creyó contundente. «Yo agradezco infinitamente este ofrecimiento, pero tal vez usted no sabe, señor embajador, que mi conocimiento del inglés es muy limitado, lo cual de entrada inhabilita para trabajar como caricaturista del *New York Times*, puesto que es obvio que el complemento indispensable de cualquier caricatura es una adecuada leyenda». Tal fue la respuesta con la cual Rendón estaba seguro de dar por terminado el diálogo. Sin embargo, el embajador iba bien preparado puesto que de inmediato hizo saber a Rendón que el periódico le prestaría con la frecuencia que fuera necesaria el servicio de traducirle al inglés las leyendas de sus caricaturas. Siguió entonces la puja en términos tan cordiales como perentorios por parte y parte. En un momento dado el diplomático concentró toda la fuerza de su argumentación en el aspecto económico. Efectivamente, en ese momento el caricaturista recibía de *El Tiempo* la astronómica suma de trescientos pesos mensuales. Al cambio de la época, mil dólares equivalían a mil quinientos pesos colombianos. De ahí el énfasis con que el señor Piles insistía ante Rendón para que tuviera en cuenta lo que representaría para él quintuplicar de la noche a la mañana sus ingresos. A todas estas, el caricaturista ya estaba un poco impaciente con la porfía del embajador en el tema económico. Así que resolvió cortar de un solo tajo la discusión con esta declaración que, aunque formulada en términos de la mayor cortesía, no pudo haber dejado especialmente contento a Mr. Piles:

—Lo que ocurre, señor embajador, es que, además de los problemas de idioma, tengo otro adicional. Mil dólares son la suma aproximada que yo necesitaría para pagar mensualmente con la mayor puntualidad a cambio del placer de no vivir en los Estados Unidos.

La despedida de los dos interlocutores fue amable pero fría y, por supuesto, definitiva.

Nunca había estado Ricardo Rendón más convencido de una resolución de su voluntad. En Nueva York no había café Windsor, ni estarían a su alrededor León de Greiff, Luis Vidales, Jorge Zalamea, Rafael Maya, Alberto Lleras, Germán Arciniegas, Eduardo Castillo, César Uribe Piedrahíta... Ni había presidentes godos, ni curas reaccionarios, ni militares despóticos a quienes ridiculizar y fustigar con su lápiz magistral. Y no había dinero suficiente capaz de compensar esas ausencias.



Pasada la posesión del presidente Olaya Herrera y algo aplacada la euforia que mantenía a gran parte de los colombianos en un estado de constante efervescencia desde febrero de ese 1930, comenzó a gestarse la tormenta dentro de la poderosa mente creadora de Rendón. Para el genial caricaturista había un principio que no dejaba lugar a la mínima vacilación. Su irrenunciable destino era, y no podría dejar de serlo, el constante ejercicio de un menester iconoclasta. Si algo veía Rendón con claridad inequívoca era que las manos de un caricaturista político no están diseñadas para menear el incensario. Cuando y dondequiera que se celebra una fiesta el caricaturista, igual que el escritor, lejos de poder convertirse en el risueño animador del festejo, ha de ser el invariable aguafiestas. En consecuencia, contra lo que posiblemente algunos esperaban, Ricardo Rendón no asumió el papel de corifeo de las alabanzas y las loas con que a diario se ensalzaba al señor presidente. Fue así como entre fines de 1930 y comienzos de 1931, los colombianos empezaron a desayunar con unas caricaturas estupendas en las que Rendón criticaba acerbamente al primer mandatario y su gestión administrativa. Pero era claro que eso no podía durar mucho. El unanimismo asfixiante que rodeaba a Olaya conspiraba cada día con más fuerza contra esta libre práctica de la disidencia, teóricamente amparada y protegida en todo régimen democrático, pero que en la realidad cotidiana no opera con tanta perfección a veces. De modo que llegó el dramático momento en que Rendón se vio brutalmente enfrentado a la evidencia de que no tenía otro camino distinto de abdicar de su combativa función crítica, dedicándose en su defecto a hacer caricaturas sobre la situación política en Alemania, en España o en la Unión Soviética, o bien dedicarse a retratar a las señoras de la sociedad bogotana en magníficos óleos y acuarelas. También se abrían ante él otros caminos: reanudar conversaciones con el *New York Times*; dibujar y publicar efigies caricaturescas de los personajes importantes del momento; realizar trabajos de dibujo publicitario volviendo así al campo en que, como ya lo vimos, había sido un brillante precursor. Todo esto demuestra que el conflicto que se planteaba ante Rendón no era de índole

económica. El pan de cada día en la casa y la libación de cada noche en el Windsor no sufrían amenaza alguna de merma o detrimento. El conflicto era mucho más grave y profundo. Era de conciencia. Y estaba golpeando y lacerando una estructura psíquica sensitiva hasta extremos posiblemente patológicos. El trágico resultado de esta crisis fue el que todos conocemos y que estremeció a Colombia sin exceptuar a quienes durante largo tiempo padecieron los impactos de sus dardos implacables. Una mañana se levantó no muy temprano y se dirigió a La Gran Vía, en la carrera 7.^a entre las calles 17 y 18. Se sentó en la trastienda y pidió una cerveza. Una vez que se la sirvieron tomó la bandeja de peltre en que se la habían traído y escribió en ella con un lápiz grueso estas palabras: «No le avisen a mi madre». A continuación extrajo del bolsillo un revólver y se pegó un tiro en la sien. No murió al instante. Trasladado a la Clínica Peña, agonizó hasta que expiró al día siguiente. Era el 28 de octubre de 1931. En su mesa de trabajo fue hallada una caricatura inconclusa que luego se publicó. En ella aparecía el presidente Olaya Herrera en actitud de conversar con un interlocutor cuya cabeza Rendón no alcanzó a dibujar. Tampoco había leyenda.



El país, desgarrado por la noticia, lloró a Rendón con un dolor entrañable y sincero y preguntándose, sin hallar todavía la única respuesta posible. Proliferaron las conjeturas que, no bien enunciadas, se caían solas. Que Rendón podía estar afrontando por aquellos días alguna grave crisis afectiva y sentimental. Sus más íntimos allegados desmintieron la especie. Que tenía problemas económicos. Más falso aún. Y aparecieron y circularon otras conjeturas que resultaron tan deleznable y efímeras como las antedichas. El único que se aproximó seriamente y con rigor científico a las causas del suicidio de Rendón fue el profesor Edmundo Rico, uno de los grandes pioneros de la ciencia psiquiátrica en Colombia, quien publicó algún tiempo después un sesudo análisis que bien vale ser transcrito en este capítulo para que los lectores aprecien cuánto logró aproximarse a la esencia de este misterio el profesor Rico quien sin embargo, como queda dicho, sólo llegó cerca sin dar en el objetivo central de sus indagaciones. Dice así el texto:

La liturgia ortodoxa que hasta no hace mucho exhibía la más trepidante severidad con quienes violan el inestable instinto de conservación, hoy permite —apoyada en las raíces científicas de la climatología emocional— que la envoltura orgánica que sirvió de prisión a la angustia humana, reciba, junto con los postreros ritos divinos, la suave clemencia de la sepultura eclesiástica.

La religión católica —al menos la del Viejo Mundo— amoldándose de esta manera al control rigurosamente positivista de la medicina experimental, da así, no solo prueba de bondadosa elasticidad sino que, identificando sus diagnósticos y sus confesionarios con los del psiquiatra, considera el suicidio apenas como «una impulsión morbosa irresistible».

¿Por qué se mató Rendón? ¿Por qué se mató Silva? ¿Quién sabrá decir nunca los secretos de estos cerebros

privilegiados, tocados por el genio, ni cuál pudo ser en determinado momento la visión desencantada de esta vida prosaica, cruel y cotidiana que los hizo apartarse de ella con un gesto de discreto fastidio?

Este interrogante ya lo descifró Ernesto Dupré en sus *Estudios de psicología mórbida*, y posteriormente los doctores Devaux y Logre en *Los ansiosos*, libro patético y sugestivo.

En *Los ansiosos* se leen estos apartes de un laconismo algo más que absolutorio: «Siendo el refugio en la muerte el medio de defensa habitual del melancólico, el gran peligro de la melancolía es el suicidio. Generalmente es un raptus ansioso, sobrevenido generalmente por la mañana, en la hora de los paroxismos constitucionales cuando el enfermo, bajo un aura impulsiva se precipita, por así decirlo, hacia la muerte; arrójase por la ventana, o se abre las venas, o se dispara un tiro sobre el corazón».

Poseía Ricardo Rendón un temperamento emotivo francamente engastado dentro de la constitución ciclotímica o lo que es lo mismo, cierta manera de ser consistente en alternativas periódicas, en ciclos alternos de excitación o depresión psíquicas que tras el correr del tiempo iban perfilándose en duración e intensidad con mayores relieves. Las horas de actividad del Maestro Rendón resultaban exiguas comparadas con los días y hasta con los meses en que todo su organismo se doblegó bajo el doble acicate del spleen y de la depresión más fúnebre. La «cenestesia», es decir, la suma de sensaciones internas emanadas de la trepidación funcional de sus vísceras, era en extremo penosa, era en demasía psicopática. Para equilibrar este abatimiento que con tan tenaz cronicidad dislocaba sus nervios, obligada y fatalmente Rendón hubo de acudir al alcohol que si de manera transitoria traía la euforia apetecida, se trocaba luego en crisis hondas pero cada vez más prolongadas de ansiedad melancólica.

La prueba de su temperamento ciclotímico, de su bipolaridad constitucional, se traslucía íntegra a través de las oscilaciones cotidianas de su carácter. En sus bellas épocas de dinamismo, cuando el fermento de la acción lo invadía briosamente, sartaes de ingeniosas y seguidas caricaturas reflejaban su excitación al paso que largos trozos de silencio, de nihilismo gráfico, simbolizaron la rúbrica nostálgica del sedimento amargo, de la crisis depresiva. Y hasta en la indumentaria y en el lento caminar de Rendón veíase el sello de sus ritmos de alma. Siempre ataviado de negro, el cuello del gabán en displicente desorden, este gran cenestópata, en sus meses de tedio se pasaba larguísimas e interminables horas acodado sobre una mesa, sin pensar por asomo en aligerarse del abrigo ni del sombrero, insensible a la atmósfera densa y oleaginosa del cafetín, porque todo su ser estaba enfocado en auscultar el fértil pesimismo que a modo de beleño letal irrigaba quedamente los jardines interiores de los subsuelos del genio.

¿Qué aconteció después? Que el sistema nervioso cansado del fustazo artificial terminó por enfermar de apatía. Porque clarearon entonces —con desnudez portentosa— los primeros esbozos de un drama, de un desequilibrio psíquico que habría de tener por tinglado, no las circunvoluciones, avizoras de la inteligencia, sino aquella zona humana implacable, todopoderosa, en que gravita el determinismo de la afectividad innata.

Y Rendón, víctima de su constitución ciclo-emotiva, se ahogó dentro de la melancolía ansiosa. Al franquear las puertas de lo que Bergson y Mignard apellidan el principio superior de autoconducción cerebral, el automatismo se puso a flote bajo inmensas oleadas de angustia paroxística, oleadas que «comprimen el corazón como un papel que se arruga» al decir de ese otro desventurado ciclotímico que fue el mago de «Las Flores del Mal».

Por eso, en una mañana anémica, Rendón, víctima de un raptus ansioso sufrió algo así como un eclipse, como un vértigo mental.

Nuestra retina lo contempla allá en el histórico reservado de La Gran Vía, de codos, con el lívido mentón entre las manos, mientras su admirable silueta —encogida y plegada cual bandoneón marchito— en plena fuga ansiosa, se engolfa, cara a cara, con lo que los psiquiatras apellidan «la meditación de la muerte».

Sigámoslo hasta el fin. Un desdoblamiento de la personalidad se produce en Rendón: «Otro extranjero» enteramente distinto del humorista de antaño surge en él. Es el demonio de la angustia que en menos de un segundo lo domina, le desgarró el alma y destruye para siempre este cerebro genial.



Es evidente que, aunque profanos, hemos percibido en el texto que antecede un diagnóstico profundo y valedero de la constitución psíquica de Rendón y las motivaciones psicopatológicas de su muerte voluntaria. No se sabe ni se sabrá nunca si el profesor Rico tuvo conocimiento directo de las causas que motivaron esta fatal determinación. En todo caso, lo cierto es que el análisis de Edmundo Rico de ninguna manera contradice la posibilidad de que todos aquellos factores derivados de la ciclotimia, de la angustia, de la ansiedad, etcétera, hubieran recibido un violento estímulo a partir del momento en que fuerzas extrañas a la voluntad del artista y absolutamente incontrastables se confabularon para inmovilizarlo en el único oficio que era la razón determinante de su existencia y el sustento de la misma.



Seguramente ajeno al conocimiento y análisis de las causas del suicidio de Rendón, pero mortalmente lacerado por la eterna ausencia de su amigo, el poeta José Restrepo Rivera escribió esta sencilla y entrañable elegía en la que al llorar la fuga de Rendón, evoca al inolvidable cronista Luis Tejada, también muerto prematuramente unos años atrás:

¡Luis Tejada, Luis Tejada,
hoy Rendón se nos ha muerto!
Se nos fugó de la vida
de un salto funambulesco,
entre un viento de tragedia,
con un callar de misterio.
Y hay en Bogotá una angustia
y un estupor... el invierno
parece que está llorando
la partida del bohemio.
Del que lo llenaba todo
con su ingenio y con su genio,
con su ironía doliente
y con sus largos silencios;
con su risa y su sonrisa.
con su ensueño y con su sueño;
con su gabán descolgado
y su sombrío chambergo...

¡Luis Tejada, Luis Tejada,
ya Rendón se fue a tu reino!

De la iglesia del Hospicio
campanas tocan a muerto,

y están doblando en las almas
campanas del sentimiento.
Hoy es Bogotá una madre
envuelta en tocas de duelo,
porque entre la noche densa
—mientras solloza el recuerdo—
ya no va bajo las luces
de la ciudad el Maestro.
El de la figura magra
como don Alonso el Bueno;
el fiel caballero andante
de la noche y del silencio,
que de un puntapié a la vida,
como un adalid sin miedo,
rompiendo ámbitos de bruma
se abrió paso hacia el misterio.

¡Luis Tejada, Luis Tejada,
hoy Rendón se nos ha muerto!

Y mientras por lueñes rutas
hacia caminos que fueron
(jornadas a tiempos idos,
andanzas del sentimiento)
va deshaciendo los pasos,
nómada y triste, el recuerdo,
él duerme —libre por siglos
de las miserias del tiempo—
a la sombra de los pinos
en el jardín de los muertos,
entre las entrañas duras
de la tierra del silencio,
la diestra pálida y sabia
inerte sobre su pecho;
el pecho noble y cansado
del Rendón de carne y hueso
que por frágil no podía
con el Rendón del ensueño.

¡Luis Tejada, Luis Tejada,
dulce apóstol de lo bello:
a Rendón, el buen hermano,
el camarada, el maestro,
ábrele de par en par
los portales de tu reino!



Así lloraron y despidieron sus amigos y muchos miles de colombianos al querido y admirado maestro Ricardo Rendón, para cuya súbita fuga nadie estaba preparado. Pero dadas las impiadosas circunstancias adversas que lo asediaron en los meses precedentes a octubre de 1931, el lúgubre camino que este personaje sin par eligió en

la trastienda de La Gran Vía, era mil veces más noble y más digno que el de dedicarse a decorar salones bogotanos y medellinenses o a cultivar una linda parcela de fríjoles y de maíz en cualquiera de las comarcas rurales de su tierra nativa.



MUERTE DE UN SOLITARIO ACONGOJADO

En 1929 Gabriel Turbay era un joven médico nacido en Bucaramanga en 1901 en un hogar de respetables y acomodados inmigrantes libaneses. Una vez graduado en medicina, su ejercicio profesional fue virtualmente nulo en virtud del imperioso llamado de una vocación política definida hasta el punto de hacerse irrenunciable. Turbay entró en la política con la fuerza de un ciclón. El de 1929 fue uno de los años estelares de su carrera, puesto que dentro de esos doce meses protagonizó dos episodios capitales. Uno fue el debate arrollador que, junto con su futuro rival Jorge Eliécer Gaitán, adelantó en el Parlamento contra el gobierno del presidente Miguel Abadía Méndez y su ministro de guerra Ignacio Rengifo por la espantable Matanza de las Bananeras, perpetrada a sangre fría por destacamentos del Ejército Nacional al mando del general Carlos Cortés Vargas. Conoció entonces el país los rasgos admirables de la oratoria de Gabriel Turbay, que sin duda alguna fue una de las arremetidas más eficaces que entonces se produjeron desde diversos ángulos contra la tambaleante hegemonía conservadora. Los discursos de Turbay en el Congreso alcanzaron tal resonancia que fueron celebrados en una estupenda caricatura por el maestro Ricardo Rendón. Algo más tarde, Turbay, pese a su juventud, formó parte del grupo de patricios liberales que ofrecieron a Enrique Olaya Herrera la candidatura presidencial que saldría victoriosa en 1930.



Puede decirse, sin temor a la mínima equivocación, que entre estas jornadas de 1929 y el fatídico 5 de mayo de 1946 la vida pública de Gabriel Turbay fue una sucesión de éxitos y triunfos que no conoció el más leve tropiezo ni mucho menos un contratiempo de mediana gravedad. Los presidentes liberales Olaya, López y Santos percibieron las extraordinarias dotes de Turbay y lo llevaron a las más encumbradas posiciones del Estado en todas las cuales marcó la huella de su talento y de su poderosa creatividad. Era en consecuencia lógico que aproximándose el debate presidencial de 1946 Gabriel Turbay se perfilara como uno de los más prominentes y más legítimos aspirantes liberales a la primera magistratura de la Nación. Bien conocidas son las circunstancias difíciles y azarosas que precedieron esta trascendental elección. Y bien vale destacar aquí un hecho altamente significativo en la vida política de este personaje excepcional. Al ser presentada en julio de 1945 la

renuncia irrevocable del presidente Alfonso López Pumarejo, era claro que el primer designado que eligiera el Congreso sería automáticamente el primer mandatario entre el 7 de agosto de 1945 y la misma fecha de 1946. Era, pues, comprensible que en este caso la primera designatura, además de constituir un alto honor, fuera apetecida por no pocos dirigentes liberales por cuanto automáticamente traía consigo la presidencia de la República. Gabriel Turbay tenía el control indiscutible del bloque mayoritario del Congreso, por lo que bastaba una simple señal para que sus partidarios lo eligieran para sustituir al presidente López. Así se lo hicieron saber pero él rehusó con el argumento de que, teniendo asegurada la presidencia para 1946, era una tontería «quemarse» ejerciéndola durante sólo un año. Tal era la certidumbre que albergaba de que no habría fuerza capaz de atajar su carrera triunfal hacia el poder con el voto de los colombianos en 1946. En consecuencia, se reservó, en su condición de jefe de las mayorías, la facultad discrecional de señalar al candidato para la primera designatura. Como bien lo sabemos, las mayorías del Congreso acogieron por unanimidad el nombre de Alberto Lleras Camargo.



La campaña electoral no tardó en comenzar. Los conservadores observaron con la más prudente cautela el proceso de la división liberal. El presidente Lleras Camargo había anunciado en su discurso de posesión una rígida neutralidad en el debate. Los atributos éticos más loables se vuelven fariseísmo cuando se llevan a extremos de mojigatería. El presidente cumplió su promesa de dar garantías a todos los candidatos. Eso fue lo bueno y lo ético. Pero no movió un dedo para tratar de poner remedio a la fatal división de su partido. En ese punto radicó la beatería farisaica. Y el abismo se ahondó. Jorge Eliécer Gaitán lanzó su candidatura popular en la Plaza de Toros de Santamaría y Gabriel Turbay la suya, oficial, en el Teatro Colón. Y fue entonces cuando el candidato Gaitán, coreado por los conservadores, lanzó contra Turbay una de las campañas más ruines y villanas que registra nuestra azarosa historia política. Con base en un chovinismo mezquino y lugareño, y apoyándose demagógicamente en su recia catadura mestiza, Gaitán desplazó los ataques a Turbay del plano ideológico para concentrarlos en las más infames alusiones a su linaje extranjero. Claro está que el tono de esta campaña sucia habría cambiado sustancialmente si los ancestros de Turbay hubieran sido ingleses o alemanes. Pero su origen estaba en el cercano Oriente y, por lo tanto, el rival de Gaitán era «turco», de acuerdo con la denominación genérica que daba el vulgo en Colombia a todos aquellos que llegaban de cualquiera de los países de esas regiones occidentales de Asia. Nunca habían brillado de manera tan categórica por su ausencia de nuestras luchas políticas la gallardía y la caballeridad. Pero Turbay, por su lado, jamás rebajó su campaña a estos execrables niveles de plebeyez ni el lenguaje de sus

intervenciones públicas al de rufianes y perdularios de taberna. Mientras Gaitán en sus arengas pedía minutos de silencio en homenaje a los grandes jefes liberales del pasado, «hijos de los vientres de las madres colombianas», Gabriel Turbay adelantaba su campaña proselitista con una altura ejemplar y dentro de un idioma que jamás se mancilló con frases de pasquín.



Es pertinente anotar aquí que los golpes bajos de su contendor no afectaron en demasía a Turbay durante la brega preelectoral debido a que su seguridad en el triunfo era de dimensiones mesiánicas. Pero llegó el nefando 5 de mayo de 1946 y la división liberal abrió la amplia tronera por la cual llegaron cómodamente los conservadores al gobierno con el candidato Mariano Ospina Pérez. Y tal vez la total ausencia de contratiempos y reveses en su ya larga carrera política, o acaso ese factor unido a una complejión psíquica marcada por la hiperestesia, fueron decisivos para el patético derrumbamiento anímico que padeció Gabriel Turbay cuando las cifras electorales se hicieron categóricas e inexorables. Había obtenido una suma de votos superior a la de su contrincante liberal, pero había perdido las elecciones. Se sabe que en presencia de los íntimos amigos que lo rodeaban lloró sin consuelo dando, no la batalla, sino toda la guerra perdida sin remedio. Era un ganador crónico que, por los motivos anotados, y quizás muchos otros, no estaba preparado para afrontar serenamente una derrota. Por eso, en la noche de aquel triste 5 de mayo del 46, Gabriel Turbay sintió que bajo sus pies se abría una grieta abismal a la que ya jamás podría escapar.



Aparte de las calamitosas consecuencias que para Colombia tuvo la derrota liberal de 1946, el país perdió entonces la oportunidad de haber llevado a la presidencia a uno de sus más inteligentes, probos y experimentados estadistas del siglo xx. Años más tarde, por una de aquellas paradojas demenciales en que tanto abunda la historia de sufridas naciones iberoamericanas, el pueblo soberano, en su infinita sabiduría, eligió a un mandatario que, no por «turco», sino por inepto, represor, y de adehala, licencioso, cumplió una de las más vergonzosas gestiones administrativas que registra la historia de Colombia desde Tisquesusa hasta nuestros días.



Agobiado por el dolor de este colapso, que en buena parte se debió a la culposa indiferencia de los grandes prebostes liberales, Gabriel Turbay hizo maletas rápidamente y se marchó a París. Allí, y en otras ciudades de Europa buscó alivio a sus tribulaciones asistiendo febrilmente a exposiciones y conciertos; tomando cursos especiales relacionados con la profesión que había dejado por el ajeteo político; viviendo las emociones incomparables que sólo deparan los grandes museos. Con algunas excepciones, hizo una vida de asceta. Este caudillo aclamado sin reservas por media Colombia; este hombre adorado por las mujeres hasta el extremo de no haber encontrado tiempo para poner cimientos y muros a un sólido reducto matrimonial, fue a partir de mayo de 1946 un solitario taciturno al que infinidad de distraídos viandantes parisienses hubieron de ver acodado sobre las balaustradas del Puente Alejandro III con la mirada absorta en las aguas del Sena, alimentando palomas errabundas en el Bois de Boulogne o meditando ante las tumbas gloriosas de Père Lachaise. Con cierta frecuencia se desplazaba de París hacia otras urbes europeas, y fue en uno de sus viajes a Italia cuando tuvo un encuentro memorable en Venecia con Jorge Zalamea. Y fue algo más tarde cuando en su *Minerva en la rueca*, el extraordinario escritor colombiano incluyó, como uno de los capítulos del libro, las remembranzas de este encuentro mágico, que no sólo son un breve pero admirable perfil de Turbay, sino una evocación patética de la aflicción que lo acompañaba con la tenacidad de una sombra desde su desastre de mayo del 46. Volvamos sobre algunas de estas páginas maravillosas que Zalamea tituló «El viaje del *condottiero*»:

Es sorprendente su capacidad de invención y de entusiasmo. Su cultura es fragmentaria y escasa; como si la hubiera adquirido a salto de mata, hojeando libros y revistas en los momentos en que no lo embargaba su preocupación política. Ignora, generalmente, los antecedentes históricos, filosóficos, artísticos; pero basta que un hombre o un cuadro toquen su imaginación para que salte como un perro de caza sobre la pista olfativa —instinto puro— y se lance a disquisiciones e interpretaciones de mucha originalidad y acierto.

Es curioso ver cómo lo exalta el encontrarse de pronto ante un retrato de César Borgia, una efigie del magnífico Lorenzo o una escultura de Gattamelata. Deja entonces a un lado la obra de arte que los representa para hundirse con un visible y agudo placer sensual en la recordación de la vida del gobernante o del *condottiero*; la ambición del poder, la voluntad de mando, ese tremendo hormigueo de la sangre que se inicia tumultuosamente en el cerebro y en el corazón y baja a las manos para despertar en ellas el prurito de crear cosas, de manejar hombres como en una gran titeretada, se apoderan de nuevo de Gabriel Turbay. No importa que nos hallemos en la sala silenciosa de un museo; para él se abre mágicamente el concilio de gobierno o el ágora popular. Y comienza entonces a perorar con una gesticulación cada vez más aguda, precipitada y martilleante.

Más curioso ha sido para mí el cerciorarme de que la exaltación de Turbay, mantenida en alto grado durante todo el viaje, llegó a su clímax en Venecia. El esplendor oriental de San Marcos y todo cuanto hay de bizantino y asiático en la ciudad de las lagunas, llevaron al paroxismo su alacridad, casi diría su furor vital. Acostumbrado, a regañadientes, a la frialdad, la timidez o el exceso de autocontrol de los colombianos, ha sido para mí extremadamente interesante el espectáculo de esta permanente explosión de

sentimientos e ideas gratuitas que agitaba a Turbay. En otras ocasiones —especialmente en Washington— había vivido yo su intimidad. Pero siempre hubo entre nosotros una frontera invisible, acaso simplemente el muro de papel periódico de nuestro casi invariable desacuerdo en cuestiones políticas. Pero ahora, Turbay se entrega en la totalidad de su temperamento, sin regatear parcelas de imaginación, sin ocultar sus pasiones, sin procurar que sus ideas o sus palabras vayan más allá de su verdadero sentido. Y me ha parecido que esta súbita espontaneidad suya, tenía mucho qué ver con el ambiente oriental de Venecia. Como si el paso por una de las ciudades en que la sangre recorre la llamada remota de la raza, lo libertase de todo íntimo sentimiento de incomodidad o de recelo.



Después de deletrear la incomparable crónica del *trecento*, Gabriel y yo nos paseamos por la plaza, bajo una luna color de incendio lejano. Durante horas, todo se ha confabulado para hacernos sentir la vida más intensamente, para proponer a nuestra ambición metas puras y más altas, para enderezar nuestros sentimientos y sentidos hacia empresas un tanto insólitas en la biografía de los colombianos.



Turbay habla entonces impetuosamente de sus ensueños políticos: él hubiese querido un pueblo capaz de grandes obras de creación bajo la guía de un grupo de hombres desprendidos de toda consideración que no fuese el acrecentamiento de la riqueza material y espiritual de la Patria. Se rebelaba contra las almas tibias, escépticas o roídas por el complejo de inferioridad que oponían invariablemente a cualquier empresa apasionada su fuerza de inercia, o su cobardía, o su envidia...



Ha surgido aquí de nuevo el hombre de violentas pasiones y de incontrolables ambiciones. De pie en la mitad de la Plaza de San Marcos, manotea y grita como si se pasara por la plaza de Bucaramanga. Un corro de italianos se ha formado poco a poco en torno nuestro y contempla con regocijado respeto al inesperado orador. No le entienden las palabras pero, como eternos aficionados al teatro y grandes parlanchines que son, admiran la gesticulación viril y las altas notas metálicas que seguramente todavía llegan vibrando hasta el remate mismo del *campanile*. Indiferente a la curiosidad pública, todo embargado por el entusiasmo o por la ira, Turbay continúa su discurso que yo, menos habituado a los raptos del político, escucho entre cohibido y molesto.



Ya cerca de la medianoche, antes de retirarnos al hotel, me dice Turbay:

—Todavía no hemos visto el Colleone a la luz de la luna. ¡Vamos a verlo!

Ya he perdido la cuenta de las visitas que hemos hecho al espléndido *condottiero*. Lo hemos contemplado en las primeras horas de la mañana, bajo la plenitud solar. Lo hemos visto en el crepúsculo; llegando hasta la plazoleta en que se levanta la estatua por una red laberíntica de callejuelas que desembocan sobre el costado izquierdo, o arribando, para verlo de frente, por los canales. Turbay ha sufrido una especie de enajenación ante la obra insuperable. Realmente, para un alma como la suya, para un temperamento como el suyo, el Colleone debía presentarse como el arquetipo humano. Implacable en su virilidad, inagotable en

su ambición, indiscutible en el mando, avanzando sorda y ciegamente hacia el propio destino como avanza la estatua en la alunada noche sobre la ciudad dormida.



Poco después de estas jornadas de intensa efervescencia emocional e intelectual, aquellos dos grandes hombres se despidieron para siempre. Gabriel Turbay regresó a París a seguir conviviendo con su amargura, única compañera suya pertinaz de todos los días y las noches. Jorge Zalamea tornó a Roma para escribir, con la memoria y el pulso aún vibrantes, la más hermosa y profunda semblanza conocida de su amigo, del esforzado gladiador vencido, del guerrero que sólo a estas alturas de su vida venía a experimentar el rigor y la acerbidad de la derrota.



Gabriel Turbay era asmático, y por lo tanto no era extraño que muchas de sus crisis tuvieran raíces psicosomáticas. Terminó el año de 1946 —el de su encuentro con Zalamea en Venecia— y salvo efímeras y muy restringidas visitas de amigos colombianos, su vida en París siguió siendo la de un solitario empeinado. Y es evidente que a partir de su regreso de Italia, jamás volvió a vivir una experiencia más saludable para sus congojas que aquellos gratificantes días venecianos en que su amigo, el inmenso escritor, el exquisito conocedor y catador de arte, lo sumergió en la magia de aquella urbe única donde palpitan, dentro de una espléndida mancomunidad, las huellas de Bizancio, del Renacimiento y sus tiempos precedentes, y las que marcó en ella su intenso contacto de siglos con el oriente musulmán. Y sin duda posible, mientras deambulaba por los bulevares parisinos, no dejaba de acompañarlo obsesivamente la presencia del arrogante *condottiero* que eternizó en bronce el genio de Verrocchio y con quien, de manera instintiva, había sentido la magia de la afinidad que sólo Zalamea había percibido en toda la plenitud de su misterio fascinante.



Turbay estaba habituado a la vida de hotel, debido a sus numerosos viajes y en buena parte a que su hogar en Bogotá fue por muchos años el inolvidable Granada. En consecuencia, no abrió apartamento en París, sino que fijó su residencia en el hotel Plaza Athenée. Allí pasó la mayor parte de 1947 y allí cumplió, acaso dentro de la

más absoluta soledad, sus cuarenta y seis años. ¡Dramáticas paradojas de la vida! Aquel hombre, que siempre había ejercido sobre las mujeres un magnetismo perturbador, estaba solo en los momentos más acres de su vida. Y, por supuesto, la ruin búsqueda de amores venales y efímeros jamás pudo contarse entre las opciones de este varón cuya vida y actos estuvieron siempre regidos por las más severas normas de la ética y la estética.



Y llegó el mes de noviembre de 1947. Ya los árboles habían comenzado a desnudarse de su follaje y las hojas tapizaban los puentes y las avenidas y navegaban lentamente por el Sena. Tal vez el asma arreció y con ella las nostalgias y tribulaciones. En la mañana del lunes 17 de noviembre, mientras las hojas otoñales de seguro golpeaban suavemente los cristales de su habitación, es muy posible que haya sido la camarera de turno quien antes que nadie se percató, acaso aterrada, de que el huésped de esa habitación no respiraba. Corrió la noticia del hotel a la Embajada de Colombia, se cumplieron los trámites de repatriación fúnebre y tan pronto como fue posible viajaron a Colombia los frágiles despojos de aquel hombre grande, quien fue más colombiano que cualquiera de sus viles detractores, muerto de dolor de vencimiento.



Poco después, mientras centenares de dolientes daban el último adiós a Gabriel Turbay en el centro de la rotonda del Cementerio Central, en Bogotá, un hombre taciturno, situado a cierta distancia de la muchedumbre, observaba esta escena dolorosa. En cuanto terminó la inhumación, salió sin cambiar una palabra con nadie. Era Jorge Eliécer Gaitán, ya a la sazón jefe único del Partido Liberal y seguro presidente de Colombia en 1950. Lo que aquel testigo distante del entierro de Gabriel Turbay no podía ni siquiera presentir era que le quedaban menos de cinco meses de vida, ya que antes de ese plazo caería abatido por quienes sabían que las balas tenían que remplazar los votos como único medio posible para impedir su elección presidencial.



CUANDO TODOS LOS CAMINOS SE TRANSFORMAN EN ABISMOS

Pocas agresiones a la inteligencia, a la lógica y a la razón hay más alevosas que aquellas aseveraciones burdas y simplistas que, abriendo a machetazo limpio atajos por entre la compleja y delicada maraña de los nervios y resortes que motivan los actos humanos, postulan con arrogancia dogmática definiciones tajantes y apodícticas. «Carlos Lozano y Lozano se quitó la vida porque estaba desquiciado», es una de ellas y, por supuesto, de las más irritantes y ofensivas que se han escuchado en Colombia, y que aún se repite de vez en cuando.



Carlos Lozano, uno de los más fervorosos y genuinos personeros de la democracia colombiana, tenía cuarenta y ocho años de edad en 1952. Sólo dentro de aquellos torpes esquemas que hemos denunciado atrás puede caber la sandez de tratar de juzgar y evaluar a todos los hombres con los mismos instrumentos de medición. Sabemos cómo en 1946, mientras Gabriel Turbay, en virtud de unos mecanismos emotivos que mal haríamos en juzgar, se marchaba del país abrumado por la derrota electoral, su émulo Jorge Eliécer Gaitán, con fiereza de toro de casta herido, iniciaba, no bien terminados los escrutinios, la lucha sin tregua por la reconquista del poder en la que finalmente caería vencido por mano de los asesinos. El caso de las postrimerías de Carlos Lozano, aunque obviamente distinto, presenta una serie de impresionantes afinidades con el de Gabriel Turbay, como ya lo veremos.



Lozano fue un jurisconsulto y estadista liberal formado por y para la democracia. A su capacidad de comprensión y aceptación escapaba por completo la vigencia de gobiernos organizados para el ejercicio despiadado de la violencia contra sus opositores. No es, por lo tanto, coincidencia fortuita que una de sus más admirables piezas oratorias fuera la que pronunció como canciller ante el Senado de la República cuando el gobierno de Colombia declaró el estado de beligerancia frente a las potencias del Eje a raíz del cobarde hundimiento de la goleta colombiana Ruby por

un submarino alemán. En dicho discurso, verdadera obra maestra de la elocuencia, Carlos Lozano denunció con una carga emocional explosiva, a la vez que con una lógica maciza y poderosa, las iniquidades del nazismo, su consagración de la barbarie como método supremo de gobierno, su desconocimiento criminal y alevoso de los derechos más esenciales del hombre como miembro de la sociedad civilizada, su exaltación vocinglera de la fuerza bruta puesta en práctica por las pandillas de matasietes al servicio de la dictadura.



Como estadista, Carlos Lozano fue desde 1930 uno de los supremos arquitectos de la armazón institucional que nació ese año y comenzó de inmediato a conformarse en función de la salvaguarda irreductible de los derechos básicos de los colombianos en todos los campos de su vida y actividades. En su condición de tal, a no ser por la demencia suicida que se enseñoreó del Liberalismo entre 1945 y 1946, Lozano habría sido más temprano que tarde uno de los llamados por las mayorías liberales a ocupar la primera magistratura de la Nación.



Ahora bien: es fácil caer en la funesta trampa de confundir una sensibilidad exacerbada con una personalidad débil y vacilante. En este punto hemos de volver forzosamente al caso de Gabriel Turbay, en quien se conjugaron una de las más recias y potentes personalidades que registra la historia política de Colombia, con una hiperesesia de «desollado vivo». En este aspecto, Lozano fue un alma gemela de Turbay y por esa causa sobrevino la tragedia que le costó la vida. Azotada la Nación por la borrasca de violencia política desatada desde las altas esferas del Estado para impedir brutalmente el retorno del Liberalismo al poder, Carlos Lozano comenzó a experimentar la angustia indecible de sentirse un meteco en su propia patria. Sin embargo, en principio se sobrepuso a la zozobra y siguió trabajando febrilmente, esta vez en el campo de su profesión de abogado, como resultado de lo cual apareció en 1951 su enjundioso tratado de derecho penal que en seguida se convirtió en instrumento inexcusable de consulta y de estudio para todos los especialistas en esta rama de la ciencia jurídica. En un país abozalado por una dictadura de corte inequívocamente fascista, este demócrata irreductible optó por el camino de repasar, analizar, codificar e interpretar las normas fundamentales de justicia que han ido acumulando las civilizaciones a través de los siglos para impedir que los hombres comparezcan ante los jueces como las reses ante el cuchillo del matarife. Pero lo

cierto era que «la procesión iba por dentro». Carlos Lozano no tenía la contextura de su tocayo y gran amigo Lleras Restrepo, que libró una lucha sostenida y temeraria contra la dictadura hasta que se vio obligado a abandonar el país para salvar la vida y la de los suyos. Lejos de nuestra intención incoar aquí un absurdo juicio comparativo. Lleras y Lozano eran dos personalidades diferentes. Eso era todo. Pero como ya lo hemos visto, la hipersensibilidad, que era rasgo predominante de este último, lo expuso, provisto de una muy precaria coraza defensiva, ante la crudelísima tormenta de salvajismo que se abatió sobre Colombia entre 1949 y 1953. Y como no usaba anteojeras de caballo, sencillamente porque no se avenían con el vuelo de su inteligencia, mal podía Lozano conformarse, a la usanza mezquina de los pequeños burgueses, con la realidad indudable de que ni a él ni a su familia les estaba acaeciando nada grave dentro del cascarón de su casa bogotana. Él fijaba su mirada mucho más lejos, y de ahí su desazón creciente. La fijaba en los campos asolados por el paso inclemente de los depredadores e incendiarios del régimen; en los cadáveres mutilados de indefensos campesinos, sus padres, mujeres y pequeños hijos; en las inabarcables mesnadas de labriegos que, por haber tenido la rara fortuna de escapar a la sevicia de los criminales, se hacinaban como parias en los arrabales de las ciudades en procura de un mendrugo, un abrigo mínimo y, sobre todo, de seguridad para sus vidas salvadas milagrosamente. Y eso fue lo que la corteza sensitiva de Carlos Lozano fue incapaz de soportar, debido a lo cual sobrevino el derrumbamiento interior. Sintió que la Patria se le estaba acabando; que se le estaba ahogando en sangre; que aquella democracia ejemplar de la que él había sido constructor se convertía en un sórdido coto de carniceros fascistas. Entonces fue abandonando sus actividades habituales y se le vio a menudo errar como un sonámbulo; cual si, como ya le había ocurrido a Colombia, hubiera perdido totalmente el norte. Algunos amigos solidarios y leales se dieron a la tarea de seguirlo a distancia presintiendo la inminencia de una tragedia. Todo fue inútil. Carlos Lozano y Lozano buscaba la muerte, no con prisa desbocada, mas sí con obstinación irrevocable. Y la buscaba porque, habiéndose convertido ya todos sus amplios y luminosos caminos de antaño en despeñaderos escabrosos que sólo conducían a las tinieblas del abismo, llegó a la certidumbre de que sólo en el reposo de la muerte hallaría el sosiego y la paz que le eran negados en su morada terrenal. Entonces, se dirigió a zonas extraurbanas, donde distraídos viandantes lo vieron caminar por las inmediaciones de la vía férrea. De un momento a otro pitó la locomotora dejando en los aires la huella fugaz de su potente combustión. Y fue ese el instante preciso en que la muerte atrajo al caminante con magnetismo irresistible para cumplirle la cita en medio de las paralelas y bajo los hierros de su mecanismo fragoroso.

Parecía como si Carlos Lozano hubiera decidido concurrir a este encuentro fatal impelido por la urgencia de no presenciar los incendios del 6 de septiembre de ese mismo 1952, cuya infernal crepitación ya se avizoraba de manera inexorable.